



José María Gutiérrez de Alba

Poemas y leyendas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José María Gutiérrez de Alba

Poemas y leyendas

El curita nuevo

Poema astronómico

Introducción

Cuando la incomprensible Omnipotencia
de ser dotó a sus múltiples creaciones,
dio a cada cual su peculiar esencia,
la órbita le trazó de sus acciones.

Para cumplir su voluntad suprema,
la flor da aroma, la avecilla canta,
como atrae el imán, el fuego quema
y la piedra a los golpes se quebranta.

Rige a todo una ley inexorable
a que el hombre también se halla sujeto;
ley que a su voluntad no es alterable
ni puede a la de Dios imponer veto.

El ojo mira o ve, crea la mente,
conoce el alma, juzga la conciencia,
mientras que el corazón, independiente,
odio o amor impone con vehemencia.

La ley de la creación ha de cumplirse
por la atracción constante y poderosa,
de la cual ningún ser puede eximirse
sin la mutilación más espantosa;

Poner junto al avaro un gran tesoro,
un claro manantial junto al sediento,
y pretender que aquél respete el oro
y éste muera de sed y de tormento;

Poner la nieve al lado de una hoguera

y demandar a Dios gracia infinita
para que se conserve de manera
que a pesar del calor no se derrita;

hacer del celibato monstruoso,
que los santos afectos aniquila,
una virtud, juzgando más hermoso
al que espontáneamente se mutila,

fruto es de la barbarie o la ignorancia,
y caber sólo en el cerebro pudo
del que atribuye a Dios la extravagancia
de hallar más bello al sordo, al ciego, al mudo.

Decir al corazón: calla y no ames,
es decir a las aves: no modules;
decir al fuego abrasador: no inflames
y decir a la sangre: no circules.

Es decir a la flor: guarda tu aroma,
al árbol fecundado: no des fruto,
y al astro bello que en oriente asoma:
párate y rinde a mi poder tributo.

Eso quieren decir los que, fundados
en un código absurdo, hacen la guerra
de Dios a los preceptos más sagrados,
llamándose su imagen en la tierra.

¡Cuánto crimen, Señor, se ha cometido
por el bárbaro afán que siente el hombre
de imprimir a tu ley giro torcido,
hablando siempre de tu amor en nombre!

Intérpretes de Dios: no hagáis ultraje
a su bondad con fútiles maniobras.
¡Qué lenguaje más claro que el lenguaje
con que nos hablan sus divinas obras!

La ley de Dios en el amor empieza
y sigue en el amor y en él acaba.
¿Quién la cumple mejor, Naturaleza:
el que tus santos fueros menoscaba?

La humanidad con el error se engríe,
y no saldrá de su infernal tortura,
mientras la ley humana contraríe,

la que Dios promulgó desde su altura.

Canto primero

Nebulosa

I

Don Casto era un bellissimo sugeto
de acendrada virtud y de alma pía,
sacerdote muy digno de respeto,
poseedor de una pingüe canongía.
La linfa en su organismo dominante,
su blanca tez, su abdomen abultado,
sus claros ojos de color de cielo,
su cráneo ya de pelos despoblado,
su sonrisa benévola y constante,
su amable sencillez y su cultura,
hacían del canónigo un modelo
del hombre inaccesible a la amargura.

II

Gracias a la bondad de su organismo,
dominó por completo sus pasiones
y en todas ocasiones
fue sin trabajo dueño de sí mismo.
Desde que cantó misa,
porque nadie su honor pusiese en duda,
llevó consigo y conservó a su lado
una hermana viuda
con un hijo pequeño
y un matrimonio en años bien entrado,
gente buena y sumisa,
que a su modesto hogar daba decoro
y que tenía con formal empeño
hecha siempre la casa un ascua de oro.

III

Su mesa era frugal en demasía,
no por ser el canónigo tacaño,
sino porque a los pobres repartía,
por medio de sus viejos y su hermana,
con mano generosa
y con mucho secreto,
la mitad de la renta de cada año,

buscando entre la gente laboriosa
de la clase artesana
los que se hallaban en mayor aprieto.

IV

Era su vida de su casa al coro
y del coro a su casa; sus amigos,
pocos y buenos, de su bien testigos,
envidiaban su plácida existencia;
y aunque sus dichas envidiaban tanto,
tal respeto inspiraba su decoro,
que la más suspicaz maledicencia
no mancilló jamás su ilustre nombre,
de lo cual rara vez se libra un hombre,
aunque ostente los méritos de un santo
y tenga inmaculada su conciencia.

V

Al principio, eran muchas las devotas
de ilustre gerarquía
empeñadas en que él las dirigiera;
pero al ver que regalos no admitía
y que era inútil el quitarle motas,
lo tuvieron por genio estrafalario,
y fuéronse a buscar quien las pusiera,
con más cuidado y con mayor anhelo,
desde el confesonario,
en el camino de ganar el cielo.

VI

Todas las afecciones
del buen señor se hallaban concentradas
en su hermana Teresa y su sobrino,
su sobrino Teodoro,
que apenas si contaba trece años
y era ya de virtudes un tesoro
apreciado de propios y de extraños.
La regularidad de sus facciones,
sus cejas arqueadas,
sus negros ojos, su color trigueño,
su cabello ondulado, espeso y fino,
su gallarda apostura
y su cuerpo flexible, alto y cenceño
hacían de él una hermosa criatura.

VII

Dócil, inteligente y aplicado,

la inspiración siguiendo de su tío,
entró en el Seminario de buen grado
para ser sacerdote;
pero no entró de interno,
porque del buen don Casto la pericia
quiso evitar que el joven adquiriera
la amistad de algún sandio monigote,
y con ella ese fondo de malicia,
aborto del infierno,
que suele pervertir el albedrío,
que no consiente la virtud austera
y que se inicia en torpes dicharachos,
destruyendo en su albor sencillo y tierno
el candor infantil de los muchachos.

VIII

Empezando se hallaba su carrera
el buen seminarista,
cuando se vio el canónigo elevado,
sin que él lo pretendiera,
a la alta dignidad de un obispado.
La gente de la Iglesia, que es muy lista,
redobló hacia el sobrino
sus más tiernos cuidados y atenciones,
por ganarse el afecto del prelado;
y hallando aquel ingenio peregrino
capaz de remontar su raudo vuelo
a las cumbres más altas de la ciencia,
se empeñaron con noble y digno celo
todos los profesores a porfía
en cultivar aquella inteligencia
y hacerlo un gran doctor en teología.

IX

Era el joven Teodoro de tal suerte
aplicado al estudio y tan severo
y grave en sus costumbres y en su trato,
que no juega jamás, ni se divierte;
el libro es su constante compañero,
y su ambición más noble el celibato.
De Tomás, de Agustín y de Isidoro,
y demás Santos Padres y Doctores
de la Iglesia cristiana
los textos sabe repetir de coro;
sus pasajes mejores
los tiene en la memoria,
y ningún condiscípulo le gana

en Sagrada Escritura ni en Historia.

X

Desde que era muy niño,
tuvo siempre por fútiles y vanos
los autores profanos,
guardando su entusiasmo y su cariño
para la santa y mística doctora
Teresa de Jesús, a quien adora
casi con peligrosa idolatría;
el Flox sanctorum era su embeleso,
y hallaba mil encantos
en leer cada día,
del sabio obispo por mandato expreso,
la vida singular de algunos santos.

XI

Es entre todas la que más le halaga
la del joven de Cosca, su modelo;
devoto ardiente de San Luis Gonzaga,
espera por su amor ganar el cielo.
En oración mental pasa las horas,
rebotando en su pecho la ternura,
pidiendo por las almas pecadoras
ante la imagen de la Virgen pura.
Como sendero que a la gloria guía,
le atrae de Jesús la Compañía
o ir a tierra de infieles,
de fortaleza y de piedad provisto,
a dar entre las penas más crueles
su propia sangre por la fe de Cristo.

XII

Pero D. Casto, cuyo amor sincero
al hijo de su hermana
alejarse de sí no permitía,
se opuso a que se hiciera misionero;
y aunque en todos los tonos aplaudía
(como hace mucha gente de sotana,
quizás por un exceso de prudencia),
la milicia de Ignacio de Loyola,
no quiso que en sus filas se alistase,
porque su pobre hermana, si él moría,
a la merced de Dios no se quedase
en la vejez desamparada y sola.

XIII

Teodoro prosiguió en su vida austera,
recibiendo las Órdenes mayores,
y muy querido y respetado era
aún de los más adustos profesores,
cuando con la licencia de su tío,
por mucho, a la voz solicitada,
demostró de su ciencia el poderío
ocupando la cátedra sagrada,
donde en tiempo muy breve hizo notorias
sus grandes facultades oratorias.

XIV

Los hombres de talento lo aplaudían;
los tontos, por costumbre, lo alababan;
las viejas a su madre bendecían;
las jóvenes, al verlo, se extasiaban.
Cuando llegó el momento
de recibir las Órdenes postreras
y la alta investidura
de ministro de Dios, al buen obispo
le rebosaba el alma de contento;
el placer de la madre era locura;
las señoras llevábanle banderas
para adornar en la primera misa
el templo; entre regalos y primores,
unas llevaban velas, otras flores;
y una señora rica y generosa
lo regaló preciosos ornamentos
y un buen cáliz de oro,
todo marcado en bellos lineamientos
con la inicial del nombre de Teodoro

XV

El obispo, en honor de su sobrino,
por la primera vez hizo un derroche,
como el gobernador, que fue el padrino.
Predicó un orador de nombradía;
hubo para el convite cien cubiertos,
mil banderas al aire por el día,
música y luminarias por la noche,
y limosna a los vivos y a los muertos...
mientras que de Teresa el alma pura
rebosaba de amor y de ventura.

XVI

Poco después de aquella ceremonia,
en la misma ciudad vacó un curato,

cuya renta era igual, si no excedía,
a la de una envidiable canongía.
Siendo el obispo recto y timorato,
el asunto trató con parsimonia,
y al clero convocó para proveerlo
en quien por su virtud, por su prudencia,
por su capacidad y por su ciencia,
demostrase entre todos merecerlo.

XVII

El recién ordenado
entró en la oposición, mas no llevado
del deseo de un lucro vergonzoso,
pues la torpe ambición no conocía;
sino por consagrarse con desvelo,
renunciando al sosiego y al reposo,
a su buena y leal feligresía
y a ganar muchas almas para el cielo.

XVIII

El tribunal, apenas reunido,
recibió un memorial, en que firmaban
todos los al curato opositores,
y en el cuál al obispo suplicaban
fuese el padre Teodoro el preferido;
pues de ellos el mejor de los mejores
no juzgaba tener merecimiento
para emular al que en fervor y en ciencia
compensaba la edad e inexperiencia
con su mucha virtud y gran talento.

XIX

Así, aunque no llegaba a veinticinco,
cual buen cura encargado de las almas,
a ellas se consagró con noble ahínco.
Al entrar, recibieronlo con palmas,
y hubo música y fiesta y voladores.
Entro el pueblo, de gozo alborotado,
fueron muchos doctores
a darle posesión con el prelado;
y al verle tan mancebo
y que un ángel hermoso parecía,
todos con alegría
diéronlo el nombre de El Curita Nuevo.

Canto II

Atracción

I

Al tomar posesión de su rebaño,
quiso el joven pastor dar una prueba
de ser el interés que lo animaba,
a todo medro personal, extraño.
La renta que el curato le dejaba,
completa la invertía
en dotar a su templo cada día
con una alhaja nueva,
dando al pueblo ilustrado y al inculto
idea relevante
de que es sobremanera edificante
y a Dios muy grato el esplendor del culto.

II

En poco tiempo se extendió la fama
por toda la ciudad de aquel portento;
y como el lujo la atención nos llama,
acudían allí que era un contento.
Pronto entre las mujeres se hizo moda
asistir a una iglesia tan bonita;
las muchachas más bellas
iban a misa allí, y ellos tras de ellas;
y no pudiendo entrar la gente toda,
lamentaban los últimos su cuita,
renegando a la par de su tardanza;
y entre el gentío inmenso
querían penetrar, con la esperanza
de oler siquiera el humo del incienso.

III

A la misa mayor de los domingos,
en que el padre Teodoro
cantaba como un ángel de los cielos,
y con voz persuasiva y elocuente
los Santos Evangelios explicaba,
iban dando respingos
y muy acicaladas las jamonas
por escuchar aquel piquito de oro
que era el pasmo y asombro de la gente.
Solían unas de otras tener celos,
y cada cuál trataba
de ocupar un lugar, donde pudiera

alcanzar la ventura
de rozarse siquiera
con la capa pluvial del señor cura.

IV

Pronto cundió entre todas la noticia
de ser el padre de los más discretos
en el confesonario;
que preguntaba siempre sin malicia,
y el más dulce consuelo derramaba
sobre los corazones afligidos;
que jamás se empeñaba
en descubrir secretos
de esos que a las doncellas ruborizan,
entrando en minuciosos pormenores,
que abren los ojos y que el fuego atizan,
y en las culpas mayores,
cuando eran los pecados repetidos,
no pasaba jamás la penitencia
de tres o cuatro partes de rosario
o salves a la Madre de clemencia.

V

Cuando estas cualidades se aplaudían
por las gentes honradas
que de santos de carne no se fían,
las beatas que viven en el templo
más que en su hogar, de buenas dando ejemplo
entre la hipocresía y la lisonja,
y por algunos clérigos mimadas,
andaban con escrúpulos de monja,
diciendo: que si el nuevo sacerdote,
por falta de experiencia,
o por echarla acaso de Quijote,
no clavaba hasta el fondo el escalpelo
en toda enfermedad de la conciencia
sin temor ni piedad rasgando el velo
para extirpar el cáncer por lo sano,
no obraba como un hábil cirujano.

VI

La Capilla en que el joven se sentaba,
después de decir misa,
a administrar el Santo Sacramento
que el crimen borra y que las culpas lava,
Se solía llenar en un momento
de pecadoras bellas,

casadas y viudas y doncellas,
que aguardaban allí, con faz sumisa,
a que el turno anhelado les llegase
o a que el padre Teodoro las llamase.

VII

Entre aquellas preciosas penitentes,
solía con frecuencia
ir una joven de color moreno,
de ojos incandescentes,
de gallarda presencia,
esbelto talle y abultado seno,
de delgada cintura,
boca pequeña y blanca dentadura,
cuya atmósfera suave y perfumada,
voz de timbre sonoro,
embriagador aliento
y palabra discreta y delicada,
formaban el encanto de Teodoro.

VIII

Desde la vez primera
que del virtuoso y cándido levita
se hincó a los pies la joven hechicera,
pesarosa y contrita,
empezó él a sentir desasosiego,
extrañas y agradables sensaciones,
que eran sin duda alguna
el principio de malas tentaciones;
pero tuvo, a Dios gracias, la fortuna
de serenarse luego,
invocando al divino San Antonio,
a quien tanto sufrir hizo el demonio.

IX

Cuando llegó a su casa,
llevaba el corazón hecho una brasa,
iba temblando y su cabeza ardía;
se sentó en un sillón muy fatigado,
arrojando el manto y la sotana.
Su madre, que acudió con gran cuidado,
se le acercó cual siempre cariñosa,
llamándole a almorzar, y él ¡rara cosa!
-Madre, le contestó, no tengo gana.

X

Con maternal anhelo
y un sobresalto ya casi invencible,

le replicó Teresa,
besándolo en la frente
y separando con cariño el pelo:
-Mira que tienes ya puesta la mesa.
¿Estás malo, hijo mío?
-No, señora: aunquc cabe en lo posible;
no se preocupe y por lo presente,
(el cura respondió, más sosegado).
Será... un poco de frío,
que al salir de la iglesia habré tomado,

XI

Pasó aquello cual ráfaga ligera,
gracias al ejercicio
de la santa oración y a un buen cilicio,
remedio de eficacia verdadera.
Fortalecida el alma, y ya seguro
de haber triunfado de la carne flaca
en el primer apuro,
que aunque mala y rebelde, al fin se aplaca,
se resolvió a afrontar, fuera cual fuera,
el peligro inminente, aunque sentía
de aquella voz el dulce martilleo,
aquel aliento tibio y regalado,
y las revelaciones del deseo
por el deber de esposa sofocado,
que en su interior vibrantes resonaban
y del veneno aquél lo contagiaban.

XII

Solo estuvo dos días
sin ir, cual de costumbre, al templo santo,
y entro las más sensibles y más pías,
alguna ya lo recibió con llanto,
Al entrar en la iglesia, lo primero
que hizo el padre Teodoro,
casi de una manera inconsciente,
fue tender con ahínco una mirada,
que del altar mayor llegó hasta el coro,
en busca de la humilde penitente
tan bella y desdichada,
que, a pesar del infierno y de la gloria,
no podía apartar de su memoria.

XIII

Y la encontró: bajo el tupido velo
con que su hermosa faz velaba el manto,

vio aquellos ojos, fijos en el suelo,
luego en los suyos, húmedos de llanto,
Formaban en su rostro tal contraste
el llanto y la sonrisa
de la bella Luisa,
(pues ya es forzoso descubrir su nombre),
que pronto dio con la entereza al traste
del pobre cura, que, aunque fuera un santo
se acordaba también de que era un hombre.

XIV

Celebró el incruento sacrificio
un poco a la ligera,
notando con asombro el ayudante
en el fiel desempeño de su oficio,
que la mano del cura temblorosa
no acertaba a tomar la vinajera,
y que siempre que al pueblo se volvía,
la vista a un sólo punto dirigía.
Después, con paso incierto y vacilante
y actitud indecisa y temerosa,
se sentó en donde siempre lo esperaban,
en el confesonario,
y allí fue despachando una por una,
sin hacer a sus culpas comentario,
a las que más ligeras se acercaban
al rico manantial de penitencia
que lava y purifica la conciencia.

XV

La última en acercarse fue Luisa,
y aproximando a la rejilla el labio,
con voz lenta, cortada e indecisa
empezó a relatar de tal manera
su angustia y sus dolores,
que tembló el sacerdote bueno y sabio,
y el eco de inflexiones muy extrañas
penetró en su interior, como si fuera
un puñal de dos filos cortadores
clavado sin piedad en sus entrañas.

XVI

-Padre: le dijo al fin, yo necesito
descargar este peso que me abrumba.
Yo no sé si es flaqueza o si es delito
ni si habré de dejar que me consuma
esta pena cruel que me devora.

De su padre a los pies, llorosa y triste,
una infeliz mujer piedad implora,
perdida ya la calma
y la fe y la esperanza en cuanto existe.
Yo necesito confesar de modo
que usted penetre el fondo de mi alma
y entrando en ella lo conozca todo.

XVII

-Para eso, contestó falto de aliento,
al ver el gran peligro que le amaga,
el tímido pastor, fuerza es que haga
confesión general. -Pues eso intento.
-Y para ello, tal vez, querida hija,
será bueno que elija
un sacerdote anciano y de experiencia,
que con mayor acierto y más cordura
le pueda aconsejar en su amargura
el rumbo que ha de dar a su conciencia.

XVIII

-Sólo tengo en usted mi confianza,
replicó la afligida pecadora;
usted sólo en el mundo es mi esperanza...
¡Por Dios no me abandone usted ahora!
.....
¿Qué pastor tan cruel pudiera hallarse,
que aun con peligro de su propia vida,
viendo a una pobre oveja despeñarse
o de voraces lobos perseguida,
la dejara a su suerte abandonada,
pudiendo a costa de cualquier trabajo,
echar por el atajo
y volverla ya libre a la majada?

XIX

Eso precisamente pensó el cura;
y, de Dios confiado en la clemencia,
endulzar se propuso la amargura
de aquella alma sencilla y candorosa
que el alivio a sus males
buscaba de la gracia en los raudales
que hace brotar de sí la penitencia.
Pero el pobre pastor no sospechaba
que se abría a sus pies profundo abismo,
y que el hambriento lobo amenazaba
al pastor y a la oveja a un tiempo mismo.

XX

Como era cerca ya del medio día,
convinieron los dos en que al siguiente
el cura muy temprano aguardaría
en la iglesia a la jóven penitente,
y que ella, haciendo examen
de su conciencia con prolijo esmero,
redactara una especie de memoria
o compendio ligero
de lo más importante de su historia,
para que el confesor, cual juez severo,
y estudiándola a solas con cuidado,
diera con más acierto su dictamen
en asunto tan serio y delicado.

XXI

El punto principal ya convenido,
el cura levantose de su asiento,
y ella se separó de la rejilla,
cuando ya el sacristán de un lado a otro
con las llaves andaba haciendo ruido,
y asomaba la cara de mastuerzo
de una en otra capilla,
anunciando a los fieles remolones
que era muy tarde ya para el almuerzo.
Luisa, a quien sus profundas emociones
tenían la cabeza trastornada,
pidió al cura la mano,
y a ella el labio aplicó con tanto ahínco,
que del levita el corazón dio un brinco,
y estuvo a desmayarse muy cercano.

Canto III

Órbita desconocida

I

Al llegar a su hogar, iba Teodoro
de tal manera trémulo y convulso,
que un buen médico amigo, que allí estaba,
y que por cortesía
en salud al obispo visitaba,
al cura examinó; le tomó el pulso,
y al fin manifestó a su señoría

con tecnicismo propio de la ciencia,
cual lección aprendida por un loro,
que son la causa de profundos males
los trabajos mentales,
según lo corrobora la experiencia,
y que era para el joven peligroso
ser en su ministerio tan celoso.

II

Cuando se fue el Galeno,
y el cura quedó a solas con su tío,
exclamó de emoción profunda lleno:
-Señor, como a un buen padre y buen prelado,
quien después de Dios mi alma confío,
voy a mostrarle mi angustioso estado.
Y cayendo a sus plantas de rodillas,
con palabras sencillas
refirió que una pobre pecadora,
tal vez ángel caído de los cielos,
tal vez arrepentida Magdalena,
su auxilio espiritual necesitaba;
que ante aquella mujer de encantos llena
eran hartos profundos sus recelos
y su alma entre temores vacilaba.

III

El obispo, que en varias ocasiones
había por sí mismo comprobado
que es muy fácil vencer las tentaciones,
a luchar lo exhortó con entereza
en la bondad divina confiado.
-¡No debe abandonar la fortaleza,
dijo, el soldado de la fe de Cristo!
Huir como un cobarde
aquel cuya sagrada investidura
le obliga a hacer de su valor alarde,
es cubrirse de oprobio y de vergüenza.
¡El alma que es de Dios sublime hechura
es necesario que a la carne venza!

IV

-¡A luchar! exclamó con energía,
alzándose de pronto el penitente.
Deber y abnegación serán mi guía;
Dios en la lucha inspirará mi mente,
-¡Ven! contestó el obispo conmovido,
al ver de su sobrino la entereza;

ven, pidamos al cielo que confunda
la astucia de Luzbel, y que abatido
Por la santa virtud de la pureza,
vaya a ocultar con su rencor eterno
su oprobio entre las llamas del infierno.

V

Esto dicho, los dos se encaminaron
del extenso edificio a la capilla,
donde llenos de fe se arrodillaron
ante el altar en que la Virgen pura
con vivo resplandor cual astro brilla.
Ambos a dos, su protección pidiendo
en plegaria sentida y fervorosa,
la victoria juzgaron ya segura;
y en santo amor su corazón ardiendo,
puestos bajo su egida poderosa,
vieron en su conciencia asegurado
el triunfo de la cruz sobre el pecado.

VI

Llegada la mañana,
entró el cura en la iglesia, decidido
a evitar su derrota
y a emplear el esfuerzo necesario,
con rostro grave y ademán muy serio,
contra el diablo encarnado en la devota
y confiado en la flaqueza humana.
Según lo convenido,
sin vacilar corrió al confesonario,
para ejercer su santo ministerio,
donde encontró a Luisa que rezaba
y con santa impaciencia lo aguardaba.

VII

Terminado el exordio de costumbre,
y antes de que llegara a interrumpirlos
y en profunda inquietud a sumergirlos
de hijas de confesión la muchedumbre,
ella alargó con mano temblorosa
un pliego perfumado
que Teodoró guardó con gran cuidado,
y con voz angustiosa
le dijo:-Padre mío, ahí lo entrego
el fruto de mi examen de conciencia;
todo va contenido en ese pliego.
Ya que es de Dios tan grande la clemencia,

de usted espero que el perdón me alcance
y la gracia divina me afiance.

VIII

Era tal el acento
de la humilde y contrita pecadora;
tan profundo el dolor con que lloraba,
y con tal abundancia de sus ojos
una tras de otra lágrima brotaba,
que el cura enternecido
y entregado ya inerme al sentimiento
de una piedad traidora,
tuvo que hacer esfuerzos y no flojos,
para no acompañarla en su quebranto,
mezclando al de ella su copioso llanto.

IX

Logró al fin consolarla como pudo,
ofreciendo aliviarla en sus pesares,
y con sus oraciones singulares
darle en sus penas protector escudo.
Después, como si espinas le clavaran
y por todo su cuerpo le punzaran:
-Suspendamos, le dijo, la tarea,
hasta que yo, con la atención prolija
que le debo prestar, su escrito lea.
Encomiéndese en tanto, amada hija,
a la Madre amorosa
que desde el alto cielo
a los tristes envía cariñosa
raudales de esperanza y de consuelo.

X

Y como ya las gentes acudían
al vibrante clamor de la campana,
y la iglesia en gran número invadían,
por ser ya bien entrada la mañana,
el cura fue corriendo a revestirse,
teniendo gran cuidado
de no darle la mano al despedirse,
para evitar que en otro beso ardiente
se infiltrase aquel fuego condenado,
que hirió su pecho y perturbó su mente.

XI

Después de decir misa,
se retiró Teodoro muy deprisa,

pretextando tener ocupaciones
perentorias y graves;
y ni rezó el rosario,
ni pareció observar que de ambas naves
acudían muchísimas mujeres,
corriendo y disputándose el terreno,
hacia el confesonario,
a tratar de vaciar en saco ajeno
las culpas que en el propio ya estorbaban
y lugar a otras nuevas no dejaban.

XII

La gran curiosidad, por una parte,
y por otra el demonio
que atizaba la hoguera con tal arte
que daba de su astucia testimonio,
hicieron que al momento
que llegó el sacerdote a su aposento,
se pusiese a pensar, si convendría
leer del sabio obispo en compañía
el papel que las manos le quemaba;
y al fin se convenció de que él no estaba
por Dios autorizado
a hacer revelaciones del pecado
que humilde el penitente confesaba.

XIII

Confiado en que Dios iba en su auxilio,
cerró la puerta y la cerró con llave,
diciendo para sí: -Vamos ¡quién sabe
si será una tragedia o un idilio!
El papel impregnado del aroma
que entre todos el de ella distinguía,
su cerebro inseguro
excitó con indómita energía,
hasta que al fin el socavado muro
cayó como lo frágil se desploma.
Abrió el papel, y con mirada ardiente
leyó muy conmovido lo siguiente:

Confesión de Luisa

Nací de padres ricos, poderosos;
mas la suerte cruel
los redujo más tarde a la indigencia
dándoles por dulzura amarga hiel.

Entre mimo, y regalos educada,
la pobreza me hirió

en mis más lisonjeras ilusiones,
pero mi noble orgullo no abatió.

Cuando contaba apenas quince años,
en un día fatal,
llegó a verme un amigo de mi padre,
título de Castilla y general.

Pidió mi mano sin contar conmigo;
mi padre la otorgó,
y del contrato aquel de compra y venta
el precio y aún la víctima fui yo.

Entregaron en brazos de aquel hombre
mi candor infantil,
y su contacto me causaba frío
cual si fuera el contacto de un reptil.

Yo juzgué que sus raptos de lascivia
lo eran de su pasión,
o eran ritos tal vez del matrimonio,
por más que me inspiraran aversión,

Mas cuando mis amigas me iniciaron
en el bien y en el mal,
tuve horror, tuve asco, tuve miedo
de aquel hombre tan cínico y brutal.

Aquel ser, degradado por el vicio,
era un viejo ruin,
que embriagado pasó la vida entera
en orgías y en crápulas sin fin.

Llámole viejo y no le llamo anciano,
porque comprendo yo,
que es el anciano el digno de respeto,
mientras que el viejo miserable, no.

A ese hombre que me han dado por esposo
no le puedo otorgar
ni respeto ni amor; a un miserable
sólo otro miserable puede honrar.

Vivir encadenada a un ser que inspira
tan sólo repulsión,
es un gran sacrificio a que no alcanzan
las fuerzas del humano corazón.

Yo soñaba en la dicha perdurable
que hace de dos un ser,
uniendo por un vínculo sagrado
dos almas: la del hombre y la mujer.

Como dos mariposas que se besan
con delirante amor,
eligiendo por tálamo y por tumba
el perfumado cáliz de una flor;
cual dos ríos que, en uno confundidos,

la llanura al cruzar,
con sus átomos todos en contacto
van a perderse en el inmenso mar;
o como dos tiernísimos suspiros
de dolor o placer,
en sólo un tono dulce y melodioso
van el eco dormido a conmovier,
así soñaba yo que el alma mía,
otra alma al encontrar,
con ella confundirse lograría
en la flor, en el eco o en el mar.

¡Vana esperanza! En alas del deseo
mi espíritu voló
a sublimes regiones; luego al fango
el de tino implacable lo arrojó.

Sólo conozco un hombre que pudiera
mi eterna dicha hacer;
y no puedo mirarlo como a un hombre
ni él a mí cual se mira a una mujer.

¡Ay! Si es verdad que Dios ha levantado
un muro entre los dos

¿por qué lo conocí? ¿Por qué lo adoro?

¿Qué daño, con amarlo, hice yo a Dios?

¡Perdón! Entre mis dudas y temores
tiemblo por mí y por él.

Si el diablo es quien me inspira y me arrastra,

¿Que daño, con amarlo, hice a Luzbel?

No es ni el diablo ni Dios. Es... Yo le siento
hablar dentro de mí;
pero no acierto a descifrar su nombre
ni por qué a sus mandatos me rendí.

Sólo sé que me dice: ama; y mi pecho
se abre al punto al amor;
y que, cuando me dice que aborrezca,
germinar siento el odio en mi interior.

No es mi carne; es mi espíritu el que ama,
y mi amado es también
espíritu en que brilla la pureza
del que ya mora en el divino Edén.

¡El que tiene en sus manos mi consuelo
tiene mi salvación,
o la sentencia horrible y despiadada
de mi eterna y fatal condenación!

Canto IV

Eclipse parcial

I

De aquel pliego acabada la lectura,
el sacerdote mísero temblaba,
y un gran placer con dejos de amargura
por todo su organismo circulaba.
Su sangre no era sangre: era un torrente
de lava abrasadora
que voraz sus entrañas consumía,
y a la vez en su pecho y en su frente,
como volcán de fuerza destructora,
estallar por momentos parecía.

II

Presa de una emoción inexplicable,
su razón y su fe vagando inciertas
cual vil despojo de la nave rota
que juguete del piélago insondable
a veces se sumerge, a veces flota;
las pasiones despiertas
por aquel huracán impetuoso
que hacia ignotas regiones lo empujaba,
fluctuando indeciso y temeroso
y a la vez arrastrado del deseo
que con feroz violencia lo excitaba;
viendo abierto a sus pies el hondo abismo,
con fundados temores de sí mismo
y presa del dolor de Prometeo,
hizo al fin un esfuerzo de gigante;
y arrojando el papel que le abrasaba,
anublados los ojos,
el pecho jadeante
y los brazos en cruz, cayó de hinojos
ante la santa imagen de María,
implorando el valor que le faltaba,
y -¡ampárame, exclamando, Madre mía!

III

En la batalla ruda
que dos fieros atletas desiguales
en su interior trababan con empeño,
y aunque con lengua muda,
por ser del alma el absoluto dueño

empleaban esfuerzos colosales;
entre esas dos tendencias que en el hombre
denuncian la grandeza y la miseria,
y que por darles nombre,
suelen llamar espíritu y materia,
Teodoro, ya aturdido,
y mientras resonaban en su oído
de aquel combate los profundos ecos,
buscó alivio a sus penas con el llanto,
pero aunque era muy grande su quebranto,
oró a la Virgen con los ojos secos.

IV

Y sin embargo, fue tan provechosa
la oración para aquella alma afligida,
que escuchó una voz dulce y misteriosa
que hablando a su interior dijo: -No temas;
la fe de esa mujer no está perdida
ni merece de Dios los anatemas.
Su amor no es un amor torpe y liviano:
cuando de su virtud están seguras,
bien se pueden amar dos almas puras
sin tocar en lo vil ni en lo profano.

V

Con aquellas palabras bienhechoras
vio el cura el cielo abierto,
y sintió como brisas salvadoras
capaces de llevar la nave al puerto.
Después, cual si estuviese ya en seguro,
exclamó con entera confianza:
no sé porqué me apuro
ni por qué en este lance, que no es nuevo,
a abandonarme a mi temor me atrevo
y a perder por completo la esperanza.

VI

Entonces, para huir las ocasiones
que el demonio tal vez explotaría,
determinó poner cuatro renglones
en que, cual padre cariñoso y tierno,
con graves y profundas reflexiones
aquel alma exaltada apartaría
del horrible camino del infierno.
Porque el pastor que a su cuidado tiene
las pobres ovejillas de un rebaño,
no debe, aunque por ellas sufra y pene,

permitir que entre el lobo a hacerles daño.

VII

Era un término medio,
y así evitaba el peligroso asedio
de su palabra dulce y elocuente,
de su mirada ardiente,
y lo que era aún mas grave, su contacto.
De ese modo, pensó, cuando ya en ella
haya borrado el tiempo hasta la huella
de toda sensación pecaminosa,
yo la dirigiré con mucho tacto
por la senda del alma virtuosa.
Y tomando papel tintero y pluma,
así descarga el peso que le abruma;

Carta de Teodoro a Luisa

Como amigo leal, justo y sincero,
lo escribo, hija del alma,
probándole lo mucho que la quiero;
y cual buen padre en quien usted confía,
por su dicha lo ruego y por la mía
que no se desespere y tenga calma.

Al que Dios dá en el mundo
más pesada la cruz, le da una prueba
de un amor más intenso y más profundo;
y el que con más valor la sobrelleva,
por premio de su celo
lugar más eminente halla en el cielo.

Sufra usted a su esposo con paciencia,
y encerrada en los límites que impone
a los seres humanos la decencia,
hágale comprender que no se opone
a todo aquello a que el deber la obliga;
pero como mujer digna y cristiana
no se debe prestar de buena gana
a actos que el mismo cielo no bendiga.

Esos brillantes y encantados sueños,
que acarició su mente,
tan poéticos, tan dulces, tan risueños,
son, hija muy amada,
como las ilusiones de un demente.

En esta vida triste y desgraciada
no hay más que sufrimientos y amarguras,
¡El deber ante todo!
yo lo cumplo también; y a Dios le pido
que me tienda piadoso su mirada;

Desde la oveja humilde a la gran dama,
todas para mostrar su buen deseo,
llevaban al enfermo algún regalo,
o reliquias que, puestas en la cama,
su virtud bien probada ejercerían,
y a Dios obligarían
a darle la salud, aunque estuviera
ya próxima a llegar su hora postrera.

III

El obispo y Teresa inconsolables,
como siempre el temor el riesgo abulta,
llamaron a tres médicos notables
a fin de celebrar una consulta,
sin perjuicio de pedir al cielo
con las ansias más vivas
y haciendo fervorosas rogativas,
que a él le diese salud y a ellos consuelo.

IV

En una detenida conferencia
los tres sabios Galenos,
fundándose en distintas teorías,
probaron ser los tres pozos de ciencia;
y de acuerdo opinaron,
(cosa que no se yo todos los días)
en las causas que el mal determinaron;
en que no era hasta entonces por fortuna
de carácter muy grave la dolencia,
y en la medicación más oportuna
por los síntomas todos indicada;
que era abstenerse, hasta ahuyentar los males,
de sus graves tareas parroquiales.

V

La desdichada Luisa,
aunque todos los días se informaba
diez veces por lo menos
del estado en que el cura se encontraba,
iba por las mañanas a oír misa,
con los ojos de lágrimas bien llenos,
y en cruz ante una imagen Dolorosa,
le imploraba temblando y angustiada,
poniendo en la oración el alma entera,
para que pronto la salud le diera.

VI

Encontrábase el cura
ya de su enfermedad convaleciente,
pero aún sin ejercer su ministerio,
cuando fue el sacristán con gran premura
y con cierto misterio,
de parte de una dama penitente,
a entregarle una carta bien lacrada,
sin decirle quién era la señora,
cosa que él mismo ignora,
porque iba con el manto muy tapada.

VII

Al tomar el papel, tembló Teodoro
y lanzó a su pesar hondo suspiro.
Era de su hija amada; por decoro,
no venía a buscarlo en su retiro.
El pobre a resolverse no acertaba
a abrir la carta ni arrojarla al fuego.
¡Su amor era tan puro,
y en Dios de tal manera confiaba...!
que como si saliera de un letargo,
entró en dulce y pueril desasosiego;
y ahuyentando a Luzbel con un conjuro;
y al sacristán haciéndole un encargo,
se encerró en su aposento presuroso
para leer el billete delicioso,
que mojado aún del llanto que vertiera,
hablaba al confesor de esta manera:

Carta de Luisa a Teodoro

Padre del alma mía muy amado:
no lo acierto a explicar, mas tengo miedo,
porque esta usted enfermo y yo no puedo
consagrarle mi afecto y mi cuidado.

Cuando voy a la iglesia siento frío;
más grave entonces el terror me asalta,
porque, faltando usted, todo allí falta
y se halla el templo lóbrego y vacío.

Mi hogar no es ya un hogar; es un infierno,
donde se hacen mis horas perdurables,
rodeada de seres despreciables,
condenada a sufrir martirio eterno,

No puede descender el alma mía
hasta el bajo nivel del hombre osado
que dentro de mi pecho ha asesinado
mi pobre corazón a sangre fría.

Son tan graves, tan hondos mis agravios,

y lo odio y lo desprecio de tal suerte,
que es preferible para mí la muerte
a una inmunda caricia de sus labios.

No es mi alma, no, la que a él está ligada,
es mi cuerpo infeliz lo que le dieron;
si mi carne y mi sangre le vendieron
libre es mi voluntad y esa es sagrada.

Mi alma tiene elegido ya su esposo;
y si no en esta vida miserable,
se unirán donde todo es inmutable,
donde todo es ya paz, dicha y reposo.

¡Qué delicia es morir, cuando muriendo
se rompen las cadenas que nos ligan
a este mundo ruín y nos obligan
a vivir sollozando y padeciendo!

Póngase bueno pronto, o Dios permita
que con usted comparta la dolencia;
hay días en que, falta de paciencia,
todo me es antipático y me irrita.

El papel va mojado con el llanto
que mis ojos tristísimos derraman.
¡Cuánto suelen llorar los que bien aman!
¡Cuánto sufren también los que aman tanto!

Mi pobre corazón es quien le escribe;
sólo un renglón en recompensa quiere.
¡Ay! Quisiera morir, si es que usted muere;
pero quiero vivir, si es que usted vive.

VIII

Iba el cura de nuevo a arrodillarse
para pedir al cielo fortaleza,
cuando sintió en el pecho
como un golpe interior intenso y rudo,
cuyo eco fue a perderse en su cabeza.
Quiso el pobre luchar para salvarse
y orar lleno de fe, pero no pudo;
y echándose de bruces en el lecho,
exclamó con acento dolorido:
¡Yo adoro a esa mujer!... ¡Esto es ya un hecho!
¡La adoro a mi pesar!... ¡Estoy perdido!

IX

Después, ya más sereno,
y su propia conciencia examinando,
vio que en aquel amor nada existía
del carnal y mortífero veneno
que atropella y quebranta los deberes;

vio que las ocasiones evitando,
sin perder la pureza, amar podría
a aquella desdichada pecadora,
y mucho más infeliz que otras mujeres,
e hay más de un ejemplo
de santos y de santas que en el templo
reciben culto y el cristiano implora,
que al amor consagraron su existencia
al par que a la oración y penitencia.

X

Contestar a la carta era preciso
porque así la infeliz se lo rogaba;
pero en la forma hallábase indeciso.
Temió, si con dureza la trataba,
que pudiese dejar el buen sendero;
y entregada al despecho impetuoso,
que es un mal consejero,
se perdiese aquel alma tan querida,
por los altos designios revestida
de un cuerpo tan perfecto y tan hermoso.

XI

Si al contrario, a sus ojos demostraba
debilidad y extrema complacencia,
y en la red peligrosa se enredaba,
de invencible virtud haciendo alarde
y escudado en la voz de su conciencia,
tal vez puesta la planta en mal camino,
pudiera empeorarse su destino,
y al quererlo enmendar, fuera ya tarde.

XII

Cuando tomó la pluma
con mano temblorosa,
siente un peso en las sienes que le abruma;
la sangre en sus arterias comprimida
late de una manera estrepitosa;
escribe algunas frases, las primeras,
y las borra enseguida
por no ser oportunas ni sinceras;
vuelve luego a escribir y a borrar vuelve,
hasta que, prescindiendo ya de todo,
la verdad a decirle se resuelve
y contesta a Luisa de este modo:

Carta segunda de Teodoro a Luisa

Mi amada en el Señor: ley ya me siento
de mi enojoso mal algo aliviado,
y su billete en lágrimas bañado
ha sido el principal medicamento.

¡Qué consuelo recibe el alma mía
de su gran caridad al ver la llama!
Dios nos paga en contento y alegría
lo que por Él al prójimo se ama.

Siempre es un eco del amor divino
el amor de las pobres criaturas,
aun cuando el alma encuentre en su camino
quien le cause dolores y amarguras.

Comprendo bien su hastío de la vida,
al mirarse tan joven y tan bella
con la esperanza ya casi perdida
y en su semblante del pesar la huella.

¡Qué tarde usted y yo nos encontramos
en este valle de tristeza y luto!
¡Cómo con nuestras lágrimas pagamos
a inexorables leyes el tributo!

Usted, a la cadena que la oprime
por lazos estrechísimos ligada,
entre tormentos horrorosos gime
siempre en sus afecciones contrariada.

Yo ¡miserable de mí! cual la avechilla
que en una estrecha jaula nace y muere,
apresté mi garganta a la cuchilla
pronunciando mis votos. ¡Dios lo quiere!

¡Suframos con paciencia la tortura,
por más que el corazón se haga pedazos,
al contemplar cuán grande la ventura
fuera sin estos votos y esos lazos.

Suframos con valor nuestra agonía,
y busquemos en Dios algún consuelo,
hasta que llegue el venturoso día
de unirse nuestras almas en el cielo.

XIII

La carta llegó bien a su destino,
sin hallar contratiempo ni embarazo,
y Luisa, que ansiosa la esperaba,
la abrió con desatino,
después de darle un beso y un abrazo.
Apenas comenzada la lectura,
observó que algo extraño le pasaba:
su pecho se oprimía;
la sangre en sus arterias mal segura,

a su frente ardorosa se agolpaba;
quiso hablar o llorar, mas no podía;
y en aquella congoja
que dominar no puede,
abre los brazos; el papel arroja;
al peso natural su cuerpo cede,
y de la vista y la razón privada,
cae sobre la alfombra desmayada.

XIV

Al oír aquel golpe de repente,
acude una sirvienta;
ve a su señora en tierra; lanza un grito,
y pone en conmoción toda la casa.
Al saber lo que pasa,
se presenta en la escena el señorito,
que alzando a su mujer con gran cuidado
la conduce a su lecho;
y mientras va un criado
a buscar al doctor con gran premura,
la pulsa a ver si tiene calentura;
luego se pone a andar de un lado a otro,
porque es la situación para él un potro;
al fin tropieza el pie con el billete
que a la infeliz esposa
de un modo tan horrible compromete;
lee con detención su contenido,
y después de leer, lo guarda airado,
exclamando entre dientes: -¡Deliciosa
es la revelación para un marido
que vive en la inocencia confiado!
Antes que pase el fervoroso anhelo
a cosas de la tierra desde el cielo,
procuraré evitar en lo posible
comunicación tierna y piadosa
que tiene con el clérigo sensible.
Y en su interior formando gran empeño
de ocultar ante todos su disgusto,
trémulo de emoción, fruncido el ceño,
abandonó la estancia de su esposa,
que era para él el lecho de Procusto.

XV

Cuando Luisa volvió de su desmayo
y se pudo enterar por su doncella
de cómo, entrando a verla su marido,
halló el billete y lo leyó con calma,

sintió oprimida el alma,
cual si de pronto un rayo,
descendiendo sobre ella,
con su llama voraz la hubiese herido;
y sus ojos, trocados en dos fuentes,
correr dejaron lágrimas ardientes.

XVI

Entre tanto, el placer y la alegría
en la casa del cura
para sus moradores no existía.
Cada vez iba a más la calentura;
una tos pertinaz lo molestaba,
sin dejarle ni un punto de sosiego;
abrasadora sed lo devoraba
cual si tuviese en sus entrañas fuego;
era la tos a veces convulsiva;
el médico observó con gran cuidado
y halló estrías de sangre en la saliva,
y por síntomas tales alarmado,
conoció claramente que
era el mal una tisis incipiente.

XVII

Teodoro, que su estado no ignoraba,
y que del fin de su existencia triste,
más bien que deplorarlo, se alegraba,
en no ver a los médicos insiste;
y aunque su madre llora inconsolable,
y el obispo de Dios la ayuda implora,
la enfermedad traidora
avanza más y más en su camino,
haciendo cada día más probable
el término fatal de su destino.

XVIII

Una noche... pensando en su deseo
y vagando en sus labios la sonrisa
que da a los desdichados la esperanza,
trazaba allá en su mente el mausoleo
en que sus restos colocar quisiera
con los de una mujer, si tal pudiera,
para doblar la bienaventuranza,
cuando entró el sacristán con mucha prisa,
astuto y recatado,
y con mucha reserva y gran cuidado
le entregó otro billete de Luisa.

Era el billete corto y expresivo;
leyolo el cura, y le llegó a lo vivo.
He aquí lo que en poquísimos renglones
decía, con sus propias expresiones:

Carta segunda de Luisa a Teodoro

De temor y de angustia estoy temblando.
Mi marido ¡ay de mí! todo lo sabe.
Él está su venganza meditando;
mayor desgracia que esta ya no cabe.

Salió para Madrid en el expreso
y me quiero llevar para Manila.
Mañana volverá. Mi alma vacila
de esta desgracia horrible bajo el peso.

Esta noche estará casi desierta
mi casa; echaré fuera a los criados.
La puerta del jardín... dos golpes dados...
yo por mi mano le abriré la puerta.

Si no es una ilusión que usted me ama
con el amor inmenso que me inspira,
venga, que preparada está la pira
para abrasarnos en la misma llama.

Los designios de Dios sumisa acato.
Él me inspira esta fe con que lo quiero.
Ser dichosa si en sus brazos muero;
si se niega a venir, sola me mato.

XIX

Quedose unos instantes reflexivo,
y después exclamó con sordo acento:
-¡El mismo amor violento
es el amor que en nuestros pechos arde!
Si ella perece y yo le sobrevivo,
¡seré un villano ruin, seré un cobarde!
Es nuestro amor de tal naturaleza,
que, por Dios inspirado,
conserva en nuestras almas la pureza,
¡Si salvarla y salvarme a un tiempo mismo
no puedo, es que las fuerzas me han faltado;
pero estando a su lado,
me es todo igual, el cielo y el abismo!

XX

Llegó la noche: en la tiniebla oscura
se desliza con paso presuroso
la figura de un hombre;
al llamar con dos golpes a una puerta,

se abre sin vacilar la cerradura,
y una voz de eco dulce y misterioso
pronuncia quedo de Teodoro el nombre.
La casa está desierta;
entran los dos, a oscuras, de la mano,
y andando con gran tiento,
llegan por fin de Luisa al aposento,
donde entre objetos mil indescifrables
y una atmósfera cálida y pesada,
veíase dispuesto de antemano
un montón de materias inflamables.
Ni una palabra entre los dos hablaron;
con los ojos no más se comprendieron;
con profundo delirio se abrazaron,
y en una sus dos almas se fundieron.

XXI

De allí a poco, el palacio
por las inmensas llamas circuido,
iluminaba el tenebroso espacio;
y sin que nadie detener pudiera
el furor insaciable de la hoguera,
se vio pronto en cenizas convertido;
y entre aquellos despojos humeantes
del dorado artesón que se derrumba
hallaron los tiernísimos amantes
a un mismo tiempo el tálamo y la tumba.

Epílogo

La mañana siguiente
con horror deteníase la gente
las ruinas a ver de aquel siniestro,
y más de una persona emocionada
rezó con devoción un Padre nuestro.
La prensa, a su decir, bien informada,
dijo que la catástrofe espantosa
fue por un gran descuido ocasionada,
y víctima infeliz, la que en el mundo
vivió cercada de placer profundo,
joven, rica, estimada y venturosa.

En cuanto al sacerdote desdichado,
dijeron los papeles
que aquella misma noche, acompañado
de varios misioneros,

salió lleno de ardor y santo brio
a convertir infieles,
a tierras muy remotas,
sin oír el clamor de las devotas
ni el ruego de su madre y de su tío.
Alcalá de Guadaira, Septiembre de 1889.

La monja

Poema ejemplar

I

En una población de Andalucía

un hidalgo vivía
esa vida holgazana
del que no debió al capricho de la suerte
nacer en noble cuna,
sin tener que pensar en el mañana
ni permitirse ocupación alguna.
Todo es bello para él; todo le advierte
que, aunque el hombre, después de su pecado,
fue por Dios condenado
a ganar el sustento con sudores
es decir con trabajo y con fatiga
esa pena no obliga
a los grandes señores,
que, viniendo, con títulos mejores,
ya ostentando el blasón de ajena gloria
en viejos pergaminos,
ya la obra meritoria
de haber su antecesor acumulado,
sin escoger para ello los caminos,
un caudal respetable y respetado,
pueden luego tenderse a la bartola,
dejando a su placer rodar la bola.

II

Llamábase don Bruno el tal sujeto
y era un hombre completo,
aunque nada estudió, porque era rico,
confiado en que el mundo considera
al hombre adinerado,
aunque tenga el talento de un borrico,

más que al sabio indigente que ha gastado
su tiempo en calentarse la mollera.
Contaba de él la historia
como cosa notoria,
que allá en sus mocedades
fue un hombre muy temible
y cometió dos mil barbaridades,
con escándalo inmenso de las gentes,
ganando a fuerza de oro lo imposible,
agraviando a doncellas inocentes,
y causando muy graves desazones
a padres y a maridos bonachones,
cuyas hijas o esposas
no pecaron jamás de melindrosas.

III

En pocos años, se encontró don Bruno
con que sus facultades naturales
negaban el concurso a sus deseos,
y que las Venus truécense en vestales
si los Adonis son viejos y feos.
Comprendió que era ya tiempo oportuno
de recordar que el hombre tiene un alma;
reflexionó con calma;
sondeó su conciencia,
y con santo terror pensó en la muerte.
Al abjurar sus locos devaneos,
le deparó la suerte
un confesor de ciencia y de experiencia,
hombre recto y maduro,
que lo apartó de todo lo profano,
haciéndole pensar en lo futuro.

IV

Metido ya de lleno a buen cristiano,
oyó en todas las fiestas misa entera,
practicó muy frecuentes comuniones,
cargó en las procesiones
con el pendón de alguna cofradía,
y para hacer más firme y valedera
la conversión que el cielo le pedía,
en las vigiliás observó el ayuno
como la Iglesia manda;
y echando en la demanda
del templo unas monedas resonantes,
y en la plaza a los pobres vergonzantes
dando de vez en cuando una peseta

a presencia del público asombrado,
pronto llegó a adquirir fama completa
de hombre por la virtud justificado.

V

Aunque don Bruno fue siempre soltero,
tuvo en una doncella,
de las muchas que él hizo desgraciadas,
una niña muy bella,
a quien dieron el nombre de María,
y fue luego criada con esmero,
a pesar de su humilde medianía,
por dos buenas mujeres, apiadadas
de la niña infeliz sola y sin madre,
(que murió al dar a luz a la inocente),
viéndola inicualemente
dejada en abandono por su padre.

VI

Contaba ya la niña doce años,
cuando el viejo Tenorio
se separó del mundo y sus engaños,
y allá en su fuero interno
pensaba en conquistar el purgatorio
y en eludir las penas del infierno.
En estas cosas tristes cavilando,
consultó al confesor si convendría
legitimar una hija que tenía,
para que fuese monja, calculando
que la niña, en el claustro o en el cielo,
rogando a Dios con fervoroso anhelo,
el perdón de su padre alcanzaría.

VII

Encontró el confesor muy acertada
la idea de aquel hombre;
al rescripto del príncipe acudieron;
quedó la niña al fin legitimada;
y al imponerle de su padre el nombre,
todos con gozo el parabién le dieron.
Hubiera ella, no obstante, preferido
la vida, aunque modesta, muy dichosa,
que al lado de las dos santas mujeres,
amada y amorosa,
pasó como la tórtola en su nido;
mas comprender le hicieron sus deberes,
y, a falta del regazo de una madre,

aceptó, dominando su disgusto,
el cariño tardío de su padre,
que, aunque ya casi santo, era algo adusto.

VIII

En los primeros días
estaba siempre pesarosa, inquieta,
sin hallar distracciones ni alegrías;
pero, mujer al fin, que en su organismo
lleva algo de voluble y de coqueta,
mezcla de idealismo y realismo,
al ver que su buen padre la mimaba
y juguetes y trajes le compraba;
al mirarse al espejo,
y ver su esbelto y primoroso talle
y su linda figura en el reflejo,
y al observar también que por la calle
iba de todos la atención llamando
y a las otras muchachas eclipsando,
su suerte encontró ya más llevadera
y al fin se conformó como cualquiera.

IX

No descubrió la niña el pensamiento
del bueno de don Bruno,
aunque éste un día la llevó al convento
de monjas Carmelitas,
a donde hizo después varias visitas.
Las madres, cariñosas,
le fueron regalando muchas cosas:
ya estampitas de santos, ya rosarios
con numerosos días de indulgencia;
ya bordados con sedas de colores
lindos escapularios
y medallas de santa procedencia;
unas, por el Pontífice benditas,
con gracias infinitas
para aliviar del alma los dolores;
otras, tocadas al Sepulcro Santo
que regó con su llanto
la Madre de los tristes pecadores.

X

Así se iban ganando cada día
el tierno y dulce afecto de María,
hasta que al fin y al cabo dispusieron
el padre y la abadesa,

(cuando de ella seguros estuvieron,
pues hizo por sí misma la demanda),
que entrase en el convento, con promesa
de estar en él en clase de educanda
sólo el tiempo preciso, indispensable,
para aprender allí ciertas labores,
perfiles y primores,
que hacen a la mujer más apreciable
en cualquiera camino
por donde la conduzca su destino.

XI

Como ningún afecto grande y puro,
en su infantil y candorosa calma,
sintió la niña, de esos que en el alma
echan honda raíz, como la hiedra
al estrechar el muro,
la vida del convento no la arredra.
Va allí a tener amigas cariñosas,
para jugar, las horas de recreo;
las buenas religiosas,
que ya la quieren tanto,
no se opondrán jamás a su deseo,
y si se aflige, enjugarán su llanto.
Y cuando crezca más y ya esté grande
y educada y bonita,
saldrá, si su papá la necesita,
luego que ella lo quiera y él lo mande.

XII

Con estas esperanzas e ilusiones
entró la niña bella
en la morada aquella,
sepulcro de inocentes corazones.
Todas la acariciaban a porfía,
y saltaba y corría
con sus tiernas y amables compañeras,
cual cervatillas, que al rayar el día
salen del bosque espeso a las praderas.
Tan satisfecha y tan feliz se hallaba
con aquella existencia deliciosa,
que, a pesar de la tétrica clausura,
para nada del siglo se acordaba,
siendo para ella la mayor ventura
no tener que pensar en otra cosa
que en dar gusto a las madres superiores
y jugar entre amigas y entre flores.

XIII

Don Bruno, cuyo cambio era notorio,
iba de vez en cuando al locutorio
a ver a la inocente corderilla,
que, cándida y sencilla,
aprestaba su cuello al sacrificio;
y como era la víctima inmolada
en el ara sagrada
del padre pecador en beneficio,
él, que en su fuero interno
la convicción tenía
de merecer las penas del infierno,
cuando a ver a la niña iba gozoso,
siempre con un acento lacrimoso,
al despedirse de ella, le decía:
por tu padre infeliz reza, hija mía.

XIV

Y la niña rezaba;
y entre el rezo y el juego
de la vida llegó la primavera.
Ya en los quince rayaba,
cuando sintió la ráfaga primera
de pensamientos que antes no abrigaba.
Ardió en su corazón extraño fuego;
su cabeza aturdida
soñó con otro mundo y otra vida;
y ya, considerándose en pecado,
consultó al confesor sobre lo grave
de su angustioso estado,
que ella conoce y dominar no sabe,
quizás presa en la red que el enemigo
tiende a los que llevar quiere consigo.

XV

El sabio confesor que con prudencia
aquella santa casa dirigía,
viendo llena de sombras la conciencia
de la sensible y cándida María,
trató de echar a un lado sus temores
y hacerle recobrar su antigua calma;
pero ya estaba de la niña el alma
tan llena de dolor y de amargura,
debido a la lectura
de ejemplos por desgracia aterradores,
donde por causa leve
deja un justo que el diablo se lo lleve,

que los sanos consejos olvidaba
y del diablo tan solo se acordaba.

XVI

La abadesa miró cual cosa sería
de la niña el escrúpulo extremado,
y encontró bien dispuesta la materia
para hacer una santa
de espíritu tan noble y exaltado,
hoy que tan raras son las ocasiones
de admirar tan extrañas perfecciones.
Se dio cuenta al prelado
de tan raro prodigio;
y él, para realzar más el prestigio
de aquellas santas hijas del Carmelo,
dispuso que a la niña dirigiera
un confesor de extraordinario celo,
que su conato en sazonar pusiera
flor de tanto perfume y esperanza,
destinada a la bienaventuranza.

XVII

El confesor, de celo en testimonio,
fue explicando a María
todas las asechanzas del demonio;
el peligro inminente
que su alma correría,
si a vivir en el siglo depravado
iba tan candorosa e inocente;
mientras que aquellas dignas religiosas,
con su constante ejemplo,
como santas y místicas esposas
del Esposo Divino,
elevando sus preces en el templo,
lograrían fijar su alto destino.

XVIII

Con un miedo profundo
la niña desde el claustro se acordaba
de las cosas del mundo,
y de pensar en él se horrorizaba.
¡Qué culpas de tan grave transcendencia
los que viven en él cometerían!
¡Qué peso en la conciencia,
¡qué sombras en el alma llevarían,
cuando ella, a cada instante,
del peligro distante,

era mísera esclava del pecado,
y digna de castigo y de escarmiento,
por tener al Señor siempre enojado
con obra o con palabra o pensamiento!...

XIX

Cierto día, después de una consulta,
el confesor, el padre y la abadesa
llamaron a la niña, temerosos
de hallar en ella alguna idea oculta,
y en términos sencillos y amistosos
dieron ya por cumplida su promesa,
haciéndole saber que, terminada
su educación, completa y esmerada,
salir le convenía
de aquella estrecha y lóbrega clausura,
y vivir de su padre en compañía,
luciendo su talento y su hermosura.
La niña entonces, con visible espanto,
de su padre a los pies cayó de hinojos,
y vertiendo sus ojos
en copioso raudal sincero llanto,
exclamó entre sollozos: -¡Padre mío,
sólo me inspira el mundo horror y hastío,
y morir quiero en este asilo santo!

XX

Con una mueca extraña, indescriptible,
quiso fingir don Bruno en su semblante
el profundo y amargo sentimiento
de un padre, aunque devoto, muy amante,
cariñoso y sensible;
pero ocultando su interior contento,
accedió a que quedase en el convento
aquella incomparable criatura,
que, según asegura
la abadesa, enemiga de lisonjas,
el sabio confesor que la dirige
y el testimonio de las madres monjas,
tiene virtudes ya tan singulares,
que encierra en su alma cuanto Dios exige
para ocupar un puesto en los altares.

XXI

Ya iba a tomar como novicia el velo,
y era fuerza buscarle una madrina;
y María mostró muy grande anhelo

de que fuese invitada
una joven llamada Carolina,
que en el mismo convento fue educada;
su amiga más constante y cariñosa,
a quien sus padres, gente de dinero
y de noble ambición, aunque profana,
sacaron de la noche a la mañana
para que fuera esposa
de un joven, primo suyo y artillero.

XXII

Carolina y su esposo y un hermano
de la joven madrina,
que, como su cuñado, militaba
en la misma brigada o regimiento,
y era ya capitán aunque contaba
sólo veintiséis años no cumplidos,
por mandato especial de Carolina,
con un coche llegaron muy temprano
a sacar a la niña del convento,
para que viera el mundo y lo apreciara,
así de refilón y en un momento,
antes de que sus votos pronunciara.
Y no fue acompañándolos don Bruno,
por dos buenas razones:
el no poder sufrir las impresiones
de aquel acto imponente,
y el consejo de un médico prudente,
a causa de un catarro inoportuno.

XXIII

La niña iba lindísima en extremo,
como elegida por el Ser Supremo,
vestida del color de la pureza,
de joyas adornada
y de azahar la frente coronada;
su cabellera, espléndida y sedosa,
caía por su espalda en luengos rizos,
formando su hermosura prodigiosa
el conjunto de todos los hechizos.
Mucha gente acudió, según costumbre,
y estaban todos con el ojo alerta.
Cuando salió a la puerta,
le abrió paso la absorta muchedumbre,
que se quedó extasiada
contemplando las gracias de María.
Al entrar en el coche,

con profundo entusiasmo uno decía
que llevaba en sus ojos,
además de la clara luz del día,
los dulcísimos sueños de la noche;
otro, que la alborada
tiñó con su carmín sus labios rojos;
y todos, exhalando algún lamento,
exclamaban con voz triste y penosa:
¡qué lástima de niña tan hermosa,
que vayan a encerrarla en un convento!

XXIV

Partió el coche de allí; los militares
sentados frente a frente
de aquellas dos bellezas singulares,
porque es fuerza decir que Carolina
era también una mujer divina.
Arturo, el capitán, que donde quiera
era un joven de chispa y elocuente,
iba triste y callado,
esperando con ansia verdadera
que el silencio rompiera
ya de una vez su hermana o su cuñado
y cuando en el vaivén del carruaje
tocaba su rodilla en la rodilla
de la niña preciosa,
él temblaba cual la hoja en el ramaje,
y ella, toda turbada y ruborosa,
ponía ya roja, ya amarilla,
y de ambos al oído
un extraño rumor llevaba el viento,
que, cual eco en la atmósfera escondido,
repetía esta frase dolorosa:
¡qué lástima de niña tan hermosa,
que vayan a encerrarla en un convento!

XXV

Ya en el campo (porque iban a una quinta
donde muchos amigos aguardaban),
ven las ligeras nubes que flotaban,
teñido el borde de dorada tinta;
los canoros y alegres pajarillos
saltando alborozados
de la espesa arboleda a los tomillos;
las flores de los prados
que con gran variedad y en abundancia
saturan el ambiente de fragancia;

los corderillos que en las verdes lomas
brincan enajenados de alegría;
las bandadas de candidas palomas,
el rumor vago de la selva umbría,
la cascada que en sierpes se dilata
o en tenues hilos de luciente plata;
el lago entre sus márgenes dormido
que el limpio cielo en su cristal retrata,
y el sol, que luz y vida derramando,
todas las creaciones va animando.
Al ver tanta belleza,
exclamó entusiasmada Carolina,
estrechando la mano de su esposo:
-¡Oh espectáculo hermoso!
¡Qué admirable salió Naturaleza
de la bondad divina!
¡Feliz el que con santa y dulce calma
sabe de ella gozar en cuerpo y alma!

XXVI

Al escuchar la niña candorosa
la ardiente exclamación de aquella esposa,
que, expresando tan noble pensamiento,
satisfecha y dichosa,
en una sola frase compendiaba
un mundo de ternura y sentimiento,
dejó escapar del pecho dolorido
un suspiro fugaz mal comprimido,
que al salir, sus entrañas desgarraba.
Al mismo tiempo alzose en su conciencia,
por horribles temores
envuelta entra zozobras y agonía,
una voz que con lúgubres clamores
y eco amenazador le repetía:
¡de tu fe en testimonio,
huye las asechanzas del demonio!
Y la niña cuitada,
por aquellos fantasmas de su mente
con intensa crueldad atormentada,
vio en todo aquello un lazo tremebundo
para arrastrarla al lodazal del mundo;
se llevó entrambas manos a la frente;
cerró los ojos; exhaló un gemido,
y cayó sin sentido,
cual tierna flor del huracán tronchada,
de su amiga en los brazos, desmayada,

XXVII

Llenos de sobresalto y de amargura
a la quinta llegaron con premura;
en sí volvió María,
y recobraron todos,
al verla ya repuesta, la alegría.
Propusieron allí de varios modos
animar a la pobre y distraerla;
pero nada lograba entretenerla.
Si se lo habla de lícitos placeres,
con frases cortas y palabra fría
su confesor recuerda y sus deberes;
triste siempre y llorosa,
hondos suspiros de su pecho exhala,
hasta que al fin con apagado acento
exclama: -¡Que me lleven al convento;
que me lleven, por Dios; me pongo mala!

XXVIII

Arturo, haciendo un gesto de disgusto,
montó a caballo y se alejó con pena,
mostrando la impresión de aquella escena
con silencio tenaz y ceño adusto.
En las pocas palabras que cambiaron,
breves, pero profundas ilusiones
por su mente cruzaron.
Al través de su cándida inocencia
creyó ver de la joven la conciencia
dominada por místicas visiones;
y para no luchar con lo imposible,
pues le inspiraba el caso repugnancia,
tuvo por preferible
buscar remedio al mal en la distancia,
confiado en que Dios a su destino
dirige al hombre por cualquier camino.
Y aquella misma noche, antes que hubiera
algo que sus proyectos trastornara,
escribió al director con firme mano
una instancia apremiante, de manera
que en el más breve plazo lo enviara
de servicio al ejercito cubano.

XXIX

Carolina y la niña, ya aliviada,
llegaron al convento,
donde fue de sus galas despojada.
Su linda cabellera

cayó al golpe fatal de la tijera;
bajo el tupido velo,
sus bellísimas formas se ocultaron,
y a admirarla bajaron desde el cielo,
según algunas monjas observaron,
ángeles del Señor y hasta querubes
del humo del incienso entre las nubes.

XXX

Carolina cumplió su cometido
con afable interés y bondad suma,
porque amaba a María tiernamente;
y ya la ceremonia terminada,
al tiempo de salir con su marido,
sospechando que acaso la inocente,
bajo la densa bruma
de una atmósfera mística embriagada,
pudiera ser más tarde desgraciada
con solo respirar en otro ambiente,
como una madre buena y compasiva
le habló de la estrechez de la clausura,
de los grandes deberes que se impone
quien de su libertad así dispone,
de la inmensa amargura
que halla después la que, engañada o ciega,
a una vaga ilusión quizás se entrega.
Pero ella, con voz grave y persuasiva,
le contestaba siempre: -Estoy segura
de que un inquebrantable y santo anhelo
me manda obedecer la voz del cielo.

XXXI

Como antes de empezar el noviciado,
siguió siendo María
un perfecto dechado
de extremada pureza.
Su virtud, cual ninguna edificante,
cada vez más y más resplandecía
en celo, en humildad y en fortaleza;
y era de tal manera escrupulosa,
que la más fútil y sencilla cosa
la juzgaba un pecado horripilante;
y llena de temor y de agonía,
cual si un áspid llevara en su conciencia,
hasta los pies del confesor corría
buscando absolución y penitencia.

XXXII

Don Bruno estaba loco de entusiasmo,
al saber que su hija idolatrada,
del mundo entero admiración y pasmo,
era hasta por las monjas venerada.
El obispo, que a veces iba a verla,
le decía: -Señor, es una perla.
¡Qué virtud! ¡qué talento tan profundo!
Hasta a su confesor tiene encantado,
y dice que el Señor nos la ha enviado
para probar que hay santos en el mundo.
Y como en el convento repetían,
y aún fuera de él, lo que al prelado oían,
él, pecador y padre, se alegraba
de ser sin merecerlo tan dichoso;
y aunque ya no pecaba,
gracias a sus achaques y a sus años,
lo tenían, no obstante, receloso
las culpas de los tiempos anteriores;
pero esperaba subsanar los daños
con los méritos que ella contraía,
confiado en que al fin alcanzaría
librarlo de las penas del infierno;
pues si Dios, en habiendo intercesores,
da su perdón a tantos pecadores,
¿cómo olvidarse de él, siendo su yerno?

XXXIII

Arturo, por su parte,
estaba de ir a Cuba arrepentido,
y en la lucha de Venus y de Marte
iba el sangriento dios casi vencido.
Echale Carolina un buen regaño
por no haber esperado con paciencia
la ocasión oportuna
de herir con clara luz la inexperiencia
de quien su propio ser no comprendía,
y con buenas razones le argüía
que era obrar en su daño
y despreciar acaso la fortuna,
huir tan lejos y con prisa tanta,
cuando estando más cerca de María,
tal vez se lograría
descubrir la mujer tras de la santa.

XXXIV

Pero ya era imposible: con premura,

según su voluntad, recibió luego
orden para embarcarse.
Iba a dejar el alma en la clausura,
cuando su corazón en vivo fuego
estaba aniquilado de abrasarse.
En su temor de verse despreciado,
no se atrevió a turbar la dulce calma
de la niña hechicera,
y prefirió tener dentro del alma
de su amor el secreto bien guardado,
hasta que otra ocasión propicia hubiera.

XXXV

Cuando ya iba a partir el artillero,
fue con su buena hermana al locutorio
para decir adiós a la novicia
mas llegó la noticia,
antes que a nadie, al confesor severo,
y éste, dictando un auto prohibitorio
bajo fútil excusa,
impidió que saliese la reclusa
a cumplir ceremonias mundanales,
hallándose ocupada
en la tarea mística y sagrada
de implorar los auxilios celestiales.

XXXVI

La niña se quedó muy pesarosa
por no ver a su amiga cariñosa
y también (ya que es fuerza que se diga)
por no ver de pasada al artillero,
a quien dio a su pesar tanto disgusto
cuando a la quinta fueron con su amiga;
el cual, para evitar un nuevo susto,
se alejó incomodado,
y quizás persuadido,
cosa muy natural en un soldado,
de que el soponcio aquel era fingido.
Pero ella, con el prójimo indulgente
perdonó aquella falta,
y aun sintió haber estado displicente,
lo cual alguna vez hasta la exalta.
Pero le fue imposible remediarlo,
porque a la exclamación de su madrina
estrechando la mano de su esposo,
sufrió una conmoción tan repentina,
que, sin ella quererlo ni pensarlo,

vio en todo aquello al enemigo eterno
que audaz y cauteloso
la quería ganar para el infierno.

XXXVII

Y aunque de todo se acusó llorando,
siempre olvidó una cosa muy sencilla,
cosa para la cual no encontró nombre,
aunque con interés lo iba buscando:
y fue la sensación grata y penosa
que tuvo, al encontrarse su rodilla
con la rodilla aquella de aquel hombre.
Tampoco se acusó de que en el sueño
otra mano su mano acariciaba,
y en la naturaleza embebecida,
con delicioso y pertinaz empeño
la frase de su amiga recordaba,
y su labio feliz la pronunciaba
con el alma de gozo enardecida.
Pero sí confesó con honda pena,
aunque en último caso
la culpa no era suya sino ajena,
aquella frase horrible que oyó al paso,
ya de subir al coche en el momento,
frase, además de impía, escandalosa:
¡qué lástima de niña tan hermosa,
que vayan a encerrarla en un convento!

XXXVIII

Arturo, que a despecho de su hermana,
salió para la Habana,
al tiempo de partir lo dejó escrita
una carta que, triste y reservado,
con mano temblorosa y faz contrita,
de parte suya le entregó un criado.
Carolina la abrió llena de susto,
y la vista pasó por los renglones
con gran asombro y con mortal disgusto.
He aquí lo que su hermano le decía:
«No por verme marchar te desazones,
»ni me llores ausente.
»He concebido una pasión ardiente
»por tu joven ahijada, por María.
»Pretendiendo luchar, no sé por dónde
»me ha asaltado una idea pavorosa
»que a mi inquietud y a mi temer respondo.
»Al verla tan sencilla y fervorosa,

»concebí este dilema que me espanta:
»no hay medio; es una imbécil o una santa.
»Si imbécil, no la quiero,
»porque indigna de mí la considero;
»y si es, cual juzgo, santa como bella,
»no hay en la tierra un hombre digno de ella.
»Por no morir de muerte extravagante,
»a impulsos de ese enigma que idolatro,
»como muere el amante
»héroe de la novela o del teatro,
»no encuentro más remedio
»que poner tierra o agua de por medio,
»Si la ausencia me ofrece un lenitivo
»contra este malestar desesperado
»que aumenta mi dolor cuando te escribo,
»volveré pronto, y volveré curado.»

XXXIX

Se fue Arturo. Después de varios meses,
algo más consolada Carolina,
estando en los Pedroches cordobeses,
participó a las monjas del convento
que, gracias al Señor era ya madre
de un niño de hermosura peregrina
que, según general convencimiento,
era vivo retrato de su padre.
Y enviando un regalo de importancia
a la comunidad, cuyos haberes
no eran para nadar en la abundancia,
las oraciones para sí pedía
de las santas mujeres,
y con más ansia y con mayor premura
para que el cielo su mirada pía
fijase en la inocente criatura.

XL

Con la noticia aquella, y el regalo,
se alegraron las monjas de manera,
que rogaron en tono compungido
por el recién nacido,
para que nunca el enemigo malo
lograra aproximársele siquiera.
Y fueron las sensibles religiosas
en rezar y en cantar tan extremosas,
que aunque Dios fuera sordo, las oyera.
Excusado es decir lo que María
en aquellos momentos

con nueva tan feliz disfrutaría,
dados sus generosos sentimientos.
Sin comprender por qué, lloró de gozo
y sonrió de pena;
siendo su amor al prójimo sin duda
quien le apuntó esta idea peliaguda:
con un marido joven y buen mozo,
y, además de eso, un niño
como firme eslabón de la cadena
que formaron los dos con su cariño,
¡cuánta dicha no habrá, cuántos placeres
en la vida feliz de esos dos seres.

XLI

Y a pesar de ser grave, nada de esto
le dijo al confesor, porque pensaba
que en sentir tales cosas no pecaba;
y aunque con este o con aquel pretexto
asediarla pudiera el enemigo,
su corazón estaba asegurado
bajo el precioso y celestial abrigo
del hábito sagrado.
¡Un esposo! también iba a tenerlo
ella en el mismo Dios. ¡Dicha inefable
que pronto iba a alcanzar sin merecerlo!
Y en cuanto al niño..., ¿cómo envidiaría
el de una criatura despreciable,
cuando en un altarito
un Niño Dios su celda embellecía,
colorado y rubito,
con el pelo anillado
y un vestido precioso de brocado?

XLII

Mas, cuando ya en su celda se encontraba,
y al niño y al esposo
con tierno afán su corazón buscaba,
veía a Cristo en estado lastimoso,
que, en lugar de placer y de alegría,
sólo santo respeto le infundía;
y aunque el Niño causaba su embeleso,
y gozaba en vestirlo y desnudarlo,
porque en la niña ya desde la escuela
la madre y aun la esposa se revela,
al ir a acariciarlo,
y al estampar en su mejilla un beso,
encontraba en la pasta o la madera

un objeto insensible, duro y frío,
y no lo que con loco desvarío
ella en sus brazos estrechar quisiera;
porque el Niño Jesús al fin no era
un niño de verdad, de carne y hueso.
En cuanto a las delicias conyugales,
que apenas pudo vislumbrar su instinto
al través de las sombras monacales,
cuando vio a su madrina
de su marido acariciar la mano,
sintió que aquel Esposo, aquella calma
y aquel claustro, a la tumba tan cercano,
no era el goce que dijo Carolina
de la Naturaleza en cuerpo y alma.

XLIII

Pero, aunque cada día
la pobre más y más formaba empeño
en rechazar la criminal idea
que le quitaba el sueño
como cosa mundana, torpe y fea,
desecharla del todo no podía;
y la felicidad del matrimonio
pasaba y repasaba por su mente
ya como una visión resplandeciente,
ya como sugerencias del demonio.
Y lo peor del caso
es que, en aquella confusión horrible
de lucha y de temores,
siempre solía ver como de paso,
pero de una manera perceptible,
aunque envuelta entre cálidos vapores,
con su semblante pálido y severo,
la figura marcial del artillero.

XLIV

Ya estaba ella resucita y decidida
de su angustia a salir de cualquier modo,
buscando al confesor arrepentida,
contándosele todo,
para ver si le daba algún remedio
que su alma libertara
de aquel continuo y pertinaz asedio;
pero, ¡cosa muy rara!
al tiempo de llegar y arrodillarse,
era tal la vergüenza que sentía,
que por más que quisiera dominarse,

iba ya a confesarlo, y no podía;
porque, ante todo, lo que más le espanta,
más que el pecado aquel, si era pecado,
es perder en un punto lo ganado,
y renunciar a su opinión de santa.

XLV

Entre esta lucha cada vez más fuerte,
que ella sufre en silencio y nadie advierte,
el año terminó del noviciado,
tiempo de incubación indispensable,
por los altos designios calculado,
para que la crisálida pudiera
convertirse en divina mariposa.
Antes de que la aurora apareciera
por los anchos balcones del Oriente
envuelta en gasas de ópalo y de rosa
(frase usual y corriente
del anticuado Apolo entre los hijos),
anunciárense ya los regocijos
de las gentes cristianas
con enormes cohetes voladores,
incesante repique de campanas
e infinitas banderas,
que como rico adorno del convento
por todas partes ondeaba el viento.
Una iluminación esplendorosa
la iglesia esclarecía,
cual si estuviese en su interior bañada
por los rayos del sol de mediodía;
todo en obsequio de la nueva esposa
al Esposo divino consagrada.
El obispo, con alto y bajo clero,
y las autoridades
que suelen adornar con su presencia
estas festividades,
formaban la apiñada concurrencia
donde casi se hallaba el pueblo entero.
Un orador de ciencia, y de pulmones,
con sublime elocuencia y maestría
y solemne aparato,
encomió la virtud del celibato,
y derrochó un tesoro
de citas en latín, de otros sermones,
llamándole las monjas pico de oro,
aunque ninguna de ellas lo entendía;
y dejó así la vocación probada

de un ángel que hacia Dios sus pasos guía,
de un alma de virtud acrisolada,
de una santa en agraz: la de María.

XLVI

Ya terminada la asombrosa fiesta
y pronunciados los solemnes votos,
la elegida de Dios a entrar se apresta,
para no salir más, en su clausura.
Sus oraciones rezan los devotos;
una gran muchedumbre la acompaña;
y al llegar a la puerta que se abría
ya por última vez para María,
ven allí cerca una figura extraña,
la figura de un hombre macilento
con el traje y el rostro polvoriento
como el de un viajero fatigado.
Junto al quicio arrimado,
los ojos fijos, pálido el semblante,
trémulo de emoción y de honda pena,
ve a la monja llegar, y en el instante,
con voz que de amargura el aire llena,
exclama:-¡Dios benigno! ¡Dios piadoso!
¡Tu santa ley de amor mira ultrajada!
¡Niña desventurada!
¡madre sin hijo! ¡esposa sin esposo!

XLVII

La monja y la madrina
los ojos levantaron,
y un grito de dolor ambas lanzaron.
-¡Mi hermano! exclamó ansiosa Carolina,
al ver al triste y desdichado Arturo
sosteniéndose apenas contra el nauro.
María iba a caer... ya vacilaba,
cuando dos religiosas, que salieron,
en el claustro fatal la introdujeron;
y cerrada la puerta, de allí a poco
disipó de los fieles el disgusto
el saber que el origen de aquel susto
fue el arranque no más de un pobre loco.

XLVIII

Era Arturo, que en vano pretendía
dominar de su amor la nostalgia,
y ya abrumado de mortal dolencia,
para volver a España

obtuvo de sus jefes la licencia.
No bien del patrio sol la luz lo baña,
nuevos bríos adquiere,
y corre desalado hacia el convento
con el formal intento
de hablar con la franqueza del soldado
a la niña infeliz que tanto quiere,
antes que haya sus votos pronunciado.
Llega a casa de Andrea,
una de las mujeres que la infancia
cuidaron de la niña en abandono...
Andrea fue de Arturo la nodriza,
y el porvenir de entrambos saborea.
Sale con él. La pobre calculaba
que, si a tiempo llegaba,
aun habiendo un escándalo seguro,
el triunfo era de Arturo.
Entre la muchedumbre se desliza,
resuelto a todo, el joven artillero,
de su amor y su audacia haciendo alarde...
pero, por más que quiso andar ligero,
cuando llegó al altar... ¡era ya tarde!

XLIX

Transido de dolor y de amargura,
no bien entró en la casa de su hermana,
lo acometió una horrible calentura
con pertinaz delirio,
ante el cual se estrelló la ciencia humana,
Andrea fue al convento presurosa,
pidiendo a voces que de aquel martirio
demandaran a Dios con fe piadosa
que al infeliz enfermo libertara
y el juicio y la salud le devolviera;
pues si Dios no lo ampara,
de salvarlo el doctor ya desespera,
y puede de su hermano en la ruina
correr igual peligro Carolina.

L

Como eran Carolina y su marido
dos de los principales bienhechores
de la comunidad, siempre apurada,
ordenó la abadesa que encendido
un cirio se pusiese y muchas flores
a la Madre de Dios inmaculada.
Y como de la torre se veía

la casa del enfermo, se pusiera
en ella una bandera
que pudiese anunciar durante el día,
si blanca, que su estado mejoraba;
si oscura, que aliviarse no lograba,
y negra, si moría;
reemplazando de noche las señales
con uno o más faroles encendidos,
a fin de que los ruegos y plegarias
fuesen en casos tales
elevados a Dios en formas varias
y con mayor empeño dirigidos,
para lo cual, al punto dispondría
que estuviese en la torre siempre en vela
una monja observando,
y que, por él rezando,
permaneciese allí de centinela.

LI

Como gracia especial pidió María
subir al elevado observatorio;
porque, si por desgracia se moría,
hallándose quizás el desdichado
sumido en un estado
poco satisfactorio,
se pudiese acudir en el momento
con todas las plegarias del convento
a encomendar a Dios el alma aquella,
antes de que pudiera el enemigo,
que todo lo atropella,
al infierno llevársela consigo.
Accedió la abadesa sin reparo
a colocar la salvación del loco
bajo tan noble y generoso amparo;
subió la niña a la empinada torre,
y viendo de allí a poco
una bandera blanca enarbolada,
exclamó de placer enajenada:
Sin duda está mejor, Dios lo socorre;
y bañadas de llanto las mejillas,
cayó, por él rezando, de rodillas.

LII

Llegó la noche fría y destemplada,
y, aunque mandó otra monja la abadesa,
María suplicó de llanto opresa
no ser aquella noche relevada;

y allí permaneció siempre de hinojos,
sin dejar de rezar con santo anhelo,
las manos elevadas hacia el cielo
y en la brillante luz fijos los ojos.
Dieron las doce en el reloj cercano...
Todo estaba en silencio sumergido,
apenas perturbado en ocasiones
por algún eco rápido y lejano...
la luna entre plomizos nubarrones
sus misteriosos rayos escondía...
la niña, sin dejar sus oraciones,
aplicaba el oído,
y por más que escuchaba nada oía.
De pronto... un grito horrible hirió los vientos...
en la casa de Arturo resonaba...
A los pocos momentos
alguien mató la luz que allí alumbraba...
María se oprimió con ambas manos
el corazón herido
por angustia mortal, y su latido
quiso ahogar entre esfuerzos sobrehumanos.
Después, como una loca,
coge la cuerda y la campana toca;
sube trepando a la mayor altura
entre la sombra oscura,
y con voz estridente,
-¡Arturo, esposo mío,
espera un poco! exclama sonriente;
y lanzando su cuerpo en el vacío,
cayó como la piedra desplomada,
donde cadáver frío
fue luego por las monjas encontrada.

Epílogo

Atribuyose el caso en el convento

a un ataque violento
de un mal desconocido en medicina.
La verdad se ocultó con gran cuidado
hasta al sabio prelado,
y a un mismo tiempo fueron a la tierra
la santa que al infierno hizo la guerra
y el hermano infeliz de Carolina.
A don Bruno sirvióse de consuelo
el tener a su hija ya en el cielo;
y en cuanto a las creencias populares,

hay quien guarda reliquias de María,
pensando que algún día
su imagen ha de ver el los altares.
Alcalá de Guadaira, Enero de 1889.

Colón en la rábida

Leyenda

I

A orillas de un manso río,
sobre una empinada loma
que inclina su abrupta falda
hacia la playa arenosa
donde mueren espumantes
del mar las hinchadas olas;
entre amarillos almendros
y pinos de espesa copa,
a cuyo pie las retamas
mecen sus pálidas hojas,
y el tomillo y el cantueso
esparcen gratos aromas,
sus viejos muros levanta
una mansión silenciosa
que a la paz del alma brinda
su soledad bienhechora.

Ante el vetusto edificio,
en cuyas paredes toscas
y ennegrecidos tejados,
que espeso musgo colora,
el jaramago silvestre
sus secos tallos asoma;
en una estrecha explanada,
sobre un pedestal de roca,
se alza una cruz, recordando
como insignia redentora,
que en ella empieza el camino
que abrió Jesús en el Gólgota.

Solemne y grave silencio
allí reina a todas horas,
silencio que sólo turba
el eco de la salmodia.

De tosco sayal vestidos
los que en su recinto moran,

a Dios elevan sus preces,
y contemplando sus obras,
profesan la humildad santa
y viven de la limosna.

El prelado que dirige
aquella hueste piadosa
es un venerable anciano
de virtudes tan notorias,
de ciencia tan eminente
y tan simpática historia,
que con amor y respeto
en los palacios y chozas
lo bendicen y lo aclaman,
porque en la comarca toda
con su palabra y su ejemplo
enseña, alivia y conforta,
inspirando al que vacila
la fe que en su alma atesora,
la esperanza, al que sucumbe,
y caridad generosa
al que practicarla debe
con los que su auxilio imploran.

Por sus méritos insignes,
en la corte rigurosa
de Isabel y de Fernando
fue elevado a la alta honra
de dirigir la conciencia
de la reina más heroica,
de la mujer más ilustre
y de virtudes más sólidas
que ha fatigado a la fama
y engrandecido la historia.

Fray Juan Pérez de Marchena,
que así el prelado se nombra,
las vanidades del mundo
con gran placer abandona,
y al convento de la Rábida
huye, a ocultar en sus sombras
las prendas que lo enaltecen,
las virtudes que lo adornan.

De entendimiento ilustrado
y alma pura y candorosa,
es su pasión el estudio,
y consagra muchas horas,
ya a contemplar de los astros
la multitud prodigiosa,
ya la extensión de los mares,

cuyos límites se ignoran,
ya las tiernas florecillas,
cuyas humildes corolas,
matizando el verde prado
y perfumando la atmósfera,
de Dios el poder revelan,
como la mar procelosa
en sus tremendas borrascas,
y los astros que tachonan
los espacios infinitos
y patentizan su gloria.

II

Mediado está el mes de Agosto,
empieza apenas la tarde;
del sol los ardientes rayos
reflejan los arenales;
como en la boca de un horno
vibra enrarecido el aire;
las plantas su tallo inclinan
lánguidas, mustias y exánimes,
y los ganados se agrupan,
temerosos de asfixiarse,
bajo la apacible sombra
de los corpulentos árboles.

Todo en la naturaleza
inmóvil y mudo yace;
ni una ráfaga de viento
agita el verde ramaje,
ni aquel silencio interrumpe,
en el monte ni en el valle,
sino el monótono canto
con que sus ocios distrae,
sus tenues alas batiendo,
la chicharra infatigable,
o el compasado murmullo
que produce el oleaje,
al chocar contra las rocas
que inútilmente combate

Súbito, el sordo ladrido
de un perro se oye distante;
luego, el rumor de unos pasos,
al crujir la arena frágil
o las agostadas yerbas
que el pie quebranta el posarse;
y por último aparecen,
como dos sombras errantes,

dos pobres seres humanos
a quienes a un tiempo abaten
el calor y las fatigas
quizás de un largo viaje.

El uno es de edad madura,
recio cuerpo, ojos brillantes,
rostro por el sol curtido;
y aunque es humilde su traje,
su actitud noble y gallarda,
su continente agradable
indican que no es un hombre
de condiciones vulgares.
En grueso bordón se apoya,
y su mezquino equipaje
es una bolsa de cuero
pendiente del talabarte.

El otro es un débil niño,
cuyo aspecto interesante
conmueve por su dulzura
y por su belleza atrae.
Rojas lleva las mejillas
casi hasta brotar la sangre,
y húmedo el blondo cabello,
sobre la espalda, flotante.
Aunque en edad muy temprana,
tantos fueron sus pesares
que ya en sus ojos azules
la mirada es fija y grave.
Pende de ellos una lágrima,
que ocultar procura en balde,
por no aumentar los dolores
de su desdichado padre.

Apenas a la explanada
subieron, ya jadeantes,
al pie de la cruz se acercan,
y ante ella rendidos caen,
pidiendo al cielo piadoso
que en su dolor los ampare.

Después de orar un momento
bajo aquel sol abrasante,
del dintel la sombra buscan
y en él van a refugiarse.
El hombre saca un pañuelo;
a su lado al niño atrae;
le enjuga el sudor del rostro,
y con amor entrañable
besa su frente y le dice:

-¡Hijo del alma: quién sabe
cuándo acabarán las penas
que nuestra suerte combaten!
El niño lágrimas vierte;
el padre vuelve a abrazarle,
y los dos a un tiempo lloran,
hasta que al fin, ¡pobre ángel!
con voz casi imperceptible,
de eco dulce y penetrante,
ahogada por los sollozos
que del tierno pecho salen,
-¡Padre, padre mío! exclama:
¡tengo sed... y tengo hambre!

III

Tigre por la flecha herido,
más veloz no se levanta
que aquel hombre vigoroso
a quien hiere en las entrañas
la voz del hijo que llora
y en sus brazos se desmaya.
Con él al cuello prendido,
sin soltar su dulce carga,
el aldabón de la puerta
con mano febril agarra;
suenan tres rápidos golpes,
que el eco interior propaga,
y adentro una voz pregunta.
-¿Quién es, que tan recio llama?
-Que la paz de Dios, hermano,
sea en esta santa casa,
responde el padre afligido:
Soy un pobre, que viaja
con un niño que se muere
si mucho en abrir se tarda.
No me neguéis vuestro amparo:
¡un poco de pan y agua
por amor de Dios os pido
para el hijo de mi alma!

Abre el lego presuroso;
profundo dolor le causa
aquel cuadro de infortunio,
y entrar al punto les manda.

Cuando el niño del letargo
vuelve, y de sus negras ansias
el padre, que en sus temores
perdido ya lo juzgaba,

en un corredor sombrío
al instante les preparan
asiento cómodo y blando,
mesa limpia y aseada,
donde alimentos les sirven,
vino puro y agua clara,
para que presto recobren
sus fuerzas casi agotadas.

Mientras los dos caminantes
el hambre y la sed apagan,
el lego al padre Marchena
da cuenta de lo que pasa.

Sale el guardián presuroso,
y, al ver aquella desgracia,
con noble y sincero afecto
y con sentidas palabras,
toma parte en sus dolores
y de consolarlos trata.

Con grande interés los mira;
y al par que el niño le encanta,
le inspira el hombre respeto,
en vez de inspirarle lástima;
y una impresión tan profunda
sus sentimientos embarga,
que, sin poder contenerse,
y sin tratar de ocultarla,
franco hospedaje les brinda,
por un día, una semana,
un mes, hasta que sus fuerzas
se encuentren ya restauradas,
y puedan, sin gran trabajo,
de nuevo emprender la marcha.

Con lágrimas en los ojos
da el caminante las gracias,
y el noble hospedaje acepta
que allí el cielo les depara.

En una celda apacible
el buen fraile los instala.
Ni una pregunta indiscreta
deja que a sus labios salga;
y aquella tarde y la noche
en el descanso empleadas,
a los cuitados viajeros
dan valor y confianza.

Aunque prudente reserva
el Padre con ellos guarda,
al cabo no les oculta

que mucho en saber se holgara
quiénes son, de dónde vienen
y de sus penas la causa,
por si estuviere en su mano
extinguirlas o aliviarlas.

Conmovido el caminante
por pruebas tan reiteradas
de interés y simpatía,
que su cariño obligaban,
con él, una tarde, a solas,
de esta manera le habla:
-«Señor: yo soy extranjero;
Cristóbal Colón me llaman;
nacé de familia noble,
tengo a Génova por patria,
y de profesión marino,
salí apenas de la infancia,
cuando a merced de las olas
bogué con fortuna varia,
y he recorrido los mares
sin temor a las borrascas.

Amante soy de las ciencias,
y empeñado en cultivarlas,
he preguntado a los libros
mucho de lo que ignoraba;
pero mi propia experiencia,
con vivo afán aplicada
al estudio de las obras
de la Omnipotencia sabia,
que una gran lección contienen
en cada una de sus páginas,
me ha abierto anchos horizontes
que en los libros no encontraba.

Portugal era el emporio
de la noble ciencia náutica,
y a Portugal llegué un día,
por mi suerte o mi desgracia,
buscando para ilustrarme
los consejos de la práctica.
Allí, en santo matrimonio
liguéme a una hermosa dama,
a quien Dios llamó a su seno,
acaso para premiarla,
dejándome como grato
consuelo en mi suerte amarga,
ese ángel que en mis dolores
y en mi excursión me acompaña...»

Calló Colón, cual si un nudo
oprimiera su garganta;
y tras de un corto silencio,
febril, como si evocara
algo extraño y misterioso;
fija la ardiente mirada,
la noble cabeza erguida
y con voz segura y clara,
siguió diciendo al buen fraile
que asombrado le escuchaba:
-«Llevo en mi mente una idea,
quizás por Dios inspirada,
pero es tan grande y profunda,
que, por su inmensa importancia,
cual sueño de un pobre loco
es por los hombres juzgada.

Llevo en mis manos un mundo,
que el cielo para mí guarda
tras de esos mares bravíos
que sus dominios dilatan,
hasta el remoto Occidente
donde el sol su disco baña,

La idea mi ser absorbe
Y en mi cerebro batalla;
pero la luz que despide,
cuando me atrevo a ostentarla,
con sus vivos resplandores
deslumbra y ciega, o espanta.

Las fuerzas de un hombre solo
son para mi empresa escasas,
y no encuentro en las naciones
el apoyo que me falta.

Génova no me comprende
y mis ofertas rechaza;
de mi fe no participan
en Inglaterra ni en Francia,
y Portugal me traiciona
cuando finge que me ampara.

Seguro de su existencia,
hoy vengo a ofrecer a España
ese mundo en que las gentes
ven sólo un vago fantasma;
pero, pobre y desvalido,
fundado temor me asalta
de que también me rechacen
los que a comprender no alcanzan
que Dios para sus prodigios

no busca grandeza humana,
sino humildes corazones
que obedientes lo complazcan.»

Dijo: y sacando unos pliegos
que con gran esmero guarda,
al padre guardián explica
con prolija y detallada
claridad, el pensamiento
que todo su ser embarga.

Escúchale el franciscano,
y con reflexiva calma
del genovés las razones
de la suya en la balanza
pesa; su saber profundo
el imposible no halla;
medita; y cual si un torrente
de luz la niebla rasgara,
con repentino entusiasmo
de su asiento se levanta,
y, abrazando al extranjero,
con voz profética exclama:

-¡Sí, sois vos el elegido
para una empresa tan alta!
¡El grito de mi conciencia
me lo afirma, y no me engaña!
Si a ignorantes pescadores
dejó Cristo encomendada
la expansión de su doctrina,
salvadora de las almas,
¿por qué ha de extrañar el mundo
que de vos también se valga
para llevar a otras gentes
su religión sacrosanta?
Desde hoy ya no estaréis solo;
mi propio deber me manda
prestar apoyo a una empresa
noble, sublime y cristiana.

Amigos tengo en la corte,
y hasta la reina magnánima
haré llegar vuestro acento,
y que por Dios impulsada,
asocie su nombre ilustre
al eco de vuestra fama.

Voy a escribir ahora mismo,
y heis de partiros mañana.»
-«¿Y mi hijo, señor?... -Él queda
bajo mi amparo y mi guarda.»

IV

Brilla la luz en Oriente
de fresca y plácida aurora;
entre cortinas de gualda
y ligeras nubes rojas,
el sol con rosadas tintas
las altas cumbres colora;
las golondrinas parleras
su alegre cántico entonan,
posadas sobre los brazos
de la santa cruz marmórea;
en la región de las nubes
se oye el trinar de la alondra,
y en la vecina enramada
el arrullo de las tórtolas,

Insólito movimiento
en la Rábida se nota.
Un labriego en la explanada
ensilla una mula torda,
que impaciente tasca el freno,
a emprender camino pronta,
cuando Colón y su hijo
por el ancha puerta asoman.
Fray Juan Pérez de Marchena
y todos los que allí moran
salen en su compañía
rezando oración devota.

El padre, al hijo abrazado,
su inmensa pena devora;
el niño con desconsuelo
tiembla, suspira y solloza.

Colón, triste y conmovido,
al fin separarse logra
del hijo de sus entrañas;
humilde a los pies se postra
del guardián, en cuyos ojos
una lágrima se asoma,
y exclama con voz solemne:
»-Es fuerza; llegó la hora...
¡La bendición, padre mío,
y que el cielo me socorra!

El anciano lo bendice,
y frases consoladoras
dirige al hijo y al padre,
sumidos en la congoja.

Pide el genovés a todos

que sus ruegos interpongan
para que Dios le conceda
favor, y sus votos oiga;
y, cabalgando en su mula,
la escarpada senda toma,
y emprende el largo camino
de la corte bulliciosa
con la esperanza en el alma
y la oración en la boca.

Lo que aconteció más tarde;
su lucha tenaz y heroica;
su inmenso y brillante triunfo;
la ingratitude rencorosa
con que pagó sus servicios
quien recibió hacienda y honra;
las espinas que incrustaron
en su esplendente corona;
el triste fin que tuvieron
sus venturas y sus glorias,
a un tiempo nos lo refieren
la tradición y la historia.

El desagravio a su nombre;
la apoteosis gloriosa
de aquella víctima ilustre,
y el culto de su memoria,
vengadores de su agravio,
hoy a nosotros nos toca.
Madrid, Mayo de 1886.

Ajataf

Último rey de Sevilla

(Leyenda tradicional)

A mis queridos paisanos y amigos.

I

A dos leguas de Sevilla,

por donde el sol se levanta,
entre arboledas frondosas
y en la más fértil comarca,
de un claro cielo cubierta,
de un sol brillante alumbrada,
un pueblo precioso oculta
sus bellas casitas blancas,

que Alcalá de Guadaira
tiene por nombre en el mapa,
y con orgullo lo nombro
porque es mi querida patria.

Ciñe esta comarca un río,
que en mansa corriente baña
jardines, que envidia dieran
a los jardines de Capua.

Junto a la orilla hay un monte,
y sobre el monte se alza
una antigua fortaleza,
en su arquitectura varia,
que se precia de haber sido
morisca, goda y romana.

Entre los cegados fosos
y carcomidas murallas
elévase algunas torres,
que ya están desmanteladas,
y que fueron algún día
regia y alegre morada.

Mirando hacia el Occidente,
que da vista a la Giralda,
se ve una plaza pequeña,
de cinco torres cercada,
cuyos nombres se refieren
a tradiciones lejanas.

La torre de los Jardines,
la menos desmoronada,
en el año mil doscientos
cuarenta y siete de gracia,
sus anchos muros cubría
de ricas telas bordadas
con arabescas labores
y recamos de oro y plata.

Era una noche tranquila,
noche en que apenas las auras
rizan con su aliento dulce
la superficie del agua.

Cuatro hermosos pebeteros
dan al aire la fragancia
del incienso y de la mirra
que se consume en sus brasas.

Del brillante artesonado
pende una preciosa lámpara,
que al través del vidrio esparce
una luz débil y grata.

Cubierto está el pavimento

de rica alfombra persiana,
y en medio un jarrón de flores
su grato perfume exhala.

Cogines de terciopelo
circundan la regia estancia,
y dorada celosía
cubre su única ventana.

En la ventana una mora
respira las dulces auras,
que en las noches del estío
el pecho oprimido ensanchan.

Quince abriles cuenta apenas,
y es de Sevilla la gala;
traje de color celeste
vela sus formas gallardas
revelando en que caídas
el contorno de sus gracias.

Rojo turbante, en que juegan
sus trenzas entrelazadas,
adorna su blanca frente
de ricas perlas ornada.

Desnudos están sus brazos,
que envidia al marfil causaran;
dos brazaletes los ciñen,
entrambos de filigrama.

Sus negros, rasgados ojos
quieren contener dos lágrimas,
y de su oprimido seno
tierno un suspiro se exhala.

-¿Quién eres? ¿qué es lo que esperas?
¿por qué ese llanto derramas?

-Soy la triste Alguadaira,
de regia sangre africana,
del rey Ajataf orgullo,
princesa de esta comarca.

Libre, entre cadenas lloro;
penas el placer me causa;
la luz del sol me entristece;
sólo la noche me es grata,
porque entre su sombra oscura
oigo desde esta ventana
el cantar de un nazareno
que me ha cautivado el alma.

II

En el rincón más oscuro
de una lóbrega mazmorra,

el bravo Garcí-Meléndez
su triste desgracia llora.

Veinte años cuenta el mancebo,
y veinte heridas lo abonan:
cada herida fue un combate,
cada lucha una victoria.

Seis moros lo cautivaron
en la vega de Carmona;
mas no por falta de aliento,
que esfuerzo y valor le sobran,
sino por haber caído
rendida su yegua torda.

Roto el casco y la armadura,
la lanza en pedazos roto,
cautivo no se entregara,
si menos fueran en contra;
pero el valor es inútil;
y, aunque la muerte ambiciona,
vivo a Alcalá lo conducen,
donde en oscura mazmorra
su negra estrella maldice,
su triste desgracia llora.

Al penetrar el recinto,
que el regio alcázar corona,
la vista el cautivo tiende,
y ve en la torre más próxima
abrirse una celosía
que el oro y azul adornan,
y una mujer hechicera
a la ventana se asoma.

Contéplala el nazareno;
mira al cautivo la mora,
y con los ojos se hablan,
porque no puede la boca.

Y en esto a Garcí-Meléndez
lo llevan a una mazmorra,
donde su estrella maldice,
su triste desgracia llora.

De duros hierros cargado,
noche eterna le acongoja;
y sin ver la luz del día,
cuenta un año en cada hora.

Mas, ya de sufrir cansado,
y cuando el dolor lo ahoga,
para divertir la pena,
con voz doliente y sonora
da al aire, entre mil suspiros,

esta enamorada trova:

Entre cadenas cautivo,
mi triste suerte no lloro,
porque aún alumbra mi alma
la clara luz de tus ojos.
Desde las rejas
de mi prisión,
hacia ti vuelan los tiernos suspiros
de mi corazón.

No por ver la luz del día
mi libertad ambiciono,
sino por ver más de cerca
la clara luz de tus ojos.
Desde el oscuro fondo
de mi prisión,
hacia ti vuelan los tiernos suspiros
de mi corazón.

III

Tres noches ha que el cautivo
en trova sentida canta;
tres noches ha que a la mora
le amanece en la ventana,
del trovador cautivo enamorada.

Pálida está su mejilla;
y ya las tintas de grana
no revelan en su rostro
la tranquilidad del alma.

Sus ojos ayer tenían
una brillantez diáfana;
hoy el llanto los nubla,
y son de fuego sus lágrimas,
porque está del cautivo enamorada.

Ya no divierte su oído
el eco de alegre zambra;
ya a la apacible ribera,
como otros tiempos, no baja;
sus dulces auras la ahogan;
la entristecen sus cascadas;
y de la selva el murmullo
duplica sus tristes ansias,
porque está del cautivo enamorada.

Ya de sus ojos el sueño,
y de su pecho la calma,
de sus labios la sonrisa
huyeron cual sombra vana.

Ya la cítara sonora
de sus tímidas esclavas

perdió el apacible encanto
que otras veces la extasiaba.

Sólo resuena en su oído
la voz melodiosa y grata
del Cautivo nazareno
que la tiene en su red aprisionada.

IV

Era la cuarta noche
que a la ventana ojiva
la enamorada mora
llena de afán salía.

La luna se ocultaba;
las sombras se extendían,
y el sepulcral silencio
tan solo interrumpía
el paso del soldado
que en la atalaya próxima vigila.

El abrasado aliento
suspende, y no respira;
de par en par abierta
está la celosía;
escucha y nada siente
la triste Alguadaira,
y en las confusas sombras
vaga errante su vista.
Espera, mas en vano,
que el aura fugitiva
hasta su oído traiga
la voz del nazareno tan querida.

Ya del reloj la arena
la media noche indica;
los astros en sus órbitas
al Occidente giran,
y el graznido del cárabo
los cabellos eriza.

Por los vapores húmedos
que exhala el Guadaíra,
el ambiente balsámico
tórname en aura fría;
pero la mora intrépida,
aunque el temblor la agita,
espera oír la cántiga,
abierta la dorada celosía.

Mas su esperanza viendo
casi desvanecida,
el arpa de oro pide

a su esclava Zulima;
y, agitando las cuerdas
con mano convulsiva,
este cantar entona,
que a las piedras el llanto arrancaría:
Adorado nazareno,
que mi seno
de amor supiste inflamar:
yo sabré, dulce tirano,
con mi mano
tus cadenas quebrantar.
Por escuchar tus querellas
las estrellas
miro nacer y morir;
y la aurora me sorprende
cuando tiende
su manto de oro y zafir.
Lanza tus quejas al viento;
que tu acento
penetre en mi corazón.
Lloraré, cuando tú llores;
tus dolores
también mis dolores son.
Si en la clara luz del cielo
un consuelo
puedes, cautivo, encontrar,
cese tu dolor tirano,
que mi mano
tu prisión va a quebrantar.

V

Aún el último acento resonaba,
que al aire dio la voz de Alguadaira,
cuando con ademán firme y resuelto
el arpa entrega en manos de Zulima.
Sígueme, dice a la confusa esclava,
que con asombro y con dolor la mira;
y, antes que replicar pueda a su orden,
entre la vaga oscuridad perdida,
por la escalera del jardín descende,
y en las confusas sombras se desliza.
Entra en la calle de apiñados olmos,
que el viento leve de la noche agita;
las ramas por el céfiro empujadas
con blando y suave movimiento oscilan,
y brazos de gigantes asemejan
y espectros y fantasmas fugitivas.

Ya el murciélago vil sus negras alas
bate, y en torno a la princesa gira,
y al perseguir al zumbador insecto
que busca entre el follaje su guarida;
de la mora detiene el firme paso,
su aliento embarga y su cabello eriza;
ya el siniestro graznar de la corneja
que en el antiguo murallón anida,
lanzado al aire con medroso espanto,
el pecho oprime, que el temblor agita.

Párase al fin la enamorada mora,
y espera la llegada de Zulima,
a quien la débil voz el susto embarga,
y apenas puede en su estupor seguirla.
-¡Es un delirio, un crimen espantoso!
exclama en su dolor Alguadaira,
y estrechando a la esclava entre sus brazos,
deja correr el llanto en sus mejillas.
-Volvámonos, la dice: si es forzoso,
moriré de dolor en mi agonía;
soy débil... y las fuerzas me abandonan.
Muera mi triste amor, y mi honor viva.

Y hacia la torre, triste y vacilante,
de nuevo entre las sombras se encamina,
cuando escucha la voz del nazareno,
que a detenerse, a su pesar, la obliga.

Trémula de emoción, turbada y loca,
al escuchar la voz que la fascina,
los brazos rechazando de su esclava,
vuelve a emprender la marcha interrumpida.

Ya aquel vago temor no la detiene,
que su abrasado aliento comprimía;
su ilusión desvanece los peligros,
las sombras se esclarecen a su vista
y atraviesa el jardín con firme paso,
y a la opuesta muralla se aproxima;
que el corazón ardiente solo escucha
la voz del nazareno tan querida.

VI

Dilatados corredores,
envueltos en densas sombras,
conducen de aquel castillo
las lóbregas mazmorras.

La noche a su fin avanza;
negras nubes encapotan
el cielo, que, en lo pesado,

parece que se desploma.

Ni una ráfaga de viento
se siente agitar la atmósfera.
El aire que se respira,
más que dilatar, sofoca
los pulmones, que lo absorben
con avidez afanosa.

Los centinelas se ocultan
y las armas arrinconan,
y sentados junto a ellas
se rinden a la modorra.

Abul Seleimán tan sólo
vigila en aquellas horas,
al pie de una estrecha puerta
que un gran cerrojo abarrota;
atiza de cuando en cuando
su enorme linterna sorda;
al cielo mira, bosteza,
en su almalafa se emboza,
y se duerme, el santo nombre
pronunciando de Mahoma.

Mientras que el alcaide moro
a ensueños mil se abandona,
Alguadaira con su esclava,
temblando como las hojas
que de los árboles penden,
se adelanta con zozobra
hacia la prisión oscura
que guarda el bien que ella adora.

Asidas van de las manos,
que se estrechan temblorosas,
si un leve rumor escuchan,
al agitarse sus ropas.

Los ligeros borceguíes
con tanto cuidado posan
sobre el liso pavimento
que el azulejo decora,
que más bien que dos mujeres
se las creyera dos sombras.

Por fin llegan a la puerta,
donde la linterna arroja
los últimos resplandores
de una claridad dudosa.

Sentado en el duro suelo
el temible alcaide ronca,
el codo sobre una piedra
de figura cuadrilonga,

que junto a la puerta yace
y sobre el muro se apoya.

En la piedra se vislumbra
casi sin color ni forma
la linterna, que en su fondo
la luz moribunda ahoga;
y entre el codo y la linterna,
en la penumbra, se nota
un gran manojo de llaves
gruesas, pesadas y toscas.

Detiéndose la princesa,
y soltando presurosa
a su esclava, que temblando
hasta el aliento sofoca,
lleva la mano a la cinta;
sus dedos crispados tocan
el mangoafiligranado
de una finísima hoja,
que de Damasco a su padre
trajeron cual rica joya,
y blandiéndola en su diestra
sobre la figura torva
de Abul Seleimán, se lanza
sobre él, cual fiera leona.

Hallábase aún en el aire
la mano exterminadora,
cuando luz brillante y súbita
rompe las oscuras sombras,
y un trueno horrible conmueve
de aquel recinto las bóvedas.

Un grito de horror exhalan
a un tiempo los tres que forman
aquel fantástico grupo,
que el miedo en estatuas torna.

Cae a los pies del alcaide
el arma ya a herirle pronta;
la luz, antes de extinguirse,
nuevos resplandores brota;
y Abul, que al fin reconoce
a su princesa y señora,
dice, volviéndola el arma,
que ella rechaza y no torna.
-«Aláh consentir no quiso
que mancillaras tu honra,
dando muerte a quien la vida
diera por ti a todas horas.

De niña, velé tu sueño;

hoy guardo en esta mazmorra
al cautivo, que pretende
tu desdicha y tu deshonra.

¿Qué te ha dado el nazareno,
que así, desalada y loca,
hacia su prisión te arrastra
a todo delito pronta?

Yo a este mal pondré remedio;
mas si arrepentida lloras
por el honor de tu padre,
que tus locuras ignora,
haré que callo mi labio,
aunque el corazón se rompa,»

En esto ya por Oriente
asomaban de la aurora
las leves, violadas tintas,
del arbol precursoras.

Alguadaira con su esclava
se retira silenciosa,
devorando entre suspiros
la pena que la acongoja,
y al penetrar en su estancia,
deja que su llanto corra.

Cuando la luz matutina
empezó a dorar las lomas,
que por el Oriente y Norte
se levantan pedregosas,
Abul-Seleimán, solícito,
a las almenas se asoma,
y ve fuerzas enemigas
que un alto cerro coronan.

¡Malas mañanas tenemos!
exclama con gran zozobra;
y, dando la voz de alarma,
a su alrededor convoca
atabales y lelés
para que los aires rompan,
y al rey Ajataf adviertan
que la batalla disponga.

VII

Ya vaga confusa la hueste agarena,
las armas blandiendo con choque infernal,
con gritos feroces la alarma esparciendo,
y al ronco murmullo despierta Ajataf.

Su cota de malla se viste sañudo;
inquiérese qué pasa con fiera altivez;

la causa del miedo ninguno barrunta;
agítanse todos, no saben por qué.

Corona el soldado la tosca muralla,
la vista tendiendo con vaga inquietud,
y al fin a lo lejos se va descubriendo
el rojo estandarte que ostenta la cruz.

Delante de todos, la hueste guiando,
los lomos oprime de negro corcel,
y al aire el mandoble con bravura esgrime
Pelayo Correa, Maestre de Euclés.

Y Pedro Quintana con Nuño Mancilla,
y Guillán Piera siguiéndole van,
y Ruy de Medina, que monta ligera,
la yegua africana del moro Alí-Athar.

Y Gonzalo Pérez, después don Benito
sigue, y Blas Gallego de heroico valor,
duro en el combate y en las luchas ciego,
gallardo ginete, rigiendo el bridón.

Y gira entre todos, la brida en los dientes,
rayo en la siniestra su espada sutil,
certero y temible, Gutiérrez el zurdo,
que el brazo derecho perdió en buena lid.

Y en pos van los tercios del rey granadino,
que marcha a su frente, Aben-Alhamar,
y ante el gran Fernando doblega la frente,
más bien que aliado, vasallo leal.

Y Ajataf escucha la voz del guerrero,
que en el atalaya tremola el pendón;
y al ver al cristiano, su aliento desmaya,
y anubla su frente sombrío dolor.

Y vuelve a la torre turbado y confuso,
cuando el viento hiere la voz del clarín.
Que audaces defiendan su castillo quiere;
pero él entre tanto prepárase a huir.

VIII

Suspirando está el rey moro,
porque su castillo pierde.
Abul-Seleiman le habla,
pero Ajataf no le atiende.

-Despierta, señor, le dice;
alza la abatida frente,
que en medio de sus desgracias
deben ser grandes los reyes.

Ajataf alza los ojos,
y al fin pregunta: -¿Qué quieres?
El alcaide del castillo

responde con voz solemne:

-«El grande Aláh no permita
que yo tu dolor aumente;
pero es preciso que escuches
lo que saber te conviene.

En la torre hay un cautivo,
llamado Garcí-Meléndez,
que con infames conjuros
y sortilegios aleves
a la princesa Alguadaira
de su amor prendada tiene.»

El rey levanta los ojos
y dice al alcaide: -«¡Mientes!
que en las venas de mi hija
la sangre agarena hierve,
y ella a los perros cristianos,
tanto como yo, aborrece.»

Alguadaira, que escuchaba,
su temor doblarse siente;
pero el amor le da bríos,
y, aunque poco esperar puede,
ante Ajataf se presenta
exclamando: -«Abul no miente.»

Oye el moro estas palabras;
darles crédito no puede;
y las manos a los ojos
se lleva, por ver si aún duerme.

-«¿Es posible, al fin le grita,
que ante un padre te presentes,
a quien con tu amor ultrajas,
y con tu labio envileces?

Dí: ¿qué fatal bebedizo
te dio ese cautivo aleve?
¿quieres mancillar mis canas?
¿quieres humillar mi frente?
¿quieres que Aláh nos maldiga,
hija miserable y débil?...

-Piedad, señor: así habláis,
porque no le conocéis.

Esto dijo la princesa;
sus ojos raudales vierten,
que los pies del moro bañan,
y el corazón lo enternecen.

Ama Ajataf a su hija
más que a su vida mil veces,
y el peligro de perderla
le obliga a ser más clemente.

El nombre la fama encumbra
del bravo Garcí-Meléndez;
y aunque el rey no lo conoce,
de él hartas noticias tiene.

Quizá el amor de Alguadaira
a su ley podrá atraerle...
Esto pensaba el rey moro;
y a Abul, que estaba presente,
manda que el cautivo traigan,
que el rey conocerlo quiere.

IX

Ya en la presencia de Ajataf se mira
el bravo nazareno,
contemplando a la hermosa Alguadaira
con semblante sereno.

El africano rey no lo acobarda
con su ademán esquivo,
los brazos cruza y en silencio aguarda
su sentencia el cautivo.

Pálida la princesa, inmóvil, muda,
baja los tristes ojos.
La mirada de Abul, fiera y sañuda,
anuncia sus enojos.

Hasta que al fin el rey con grave acento,
con voz firme y severa,
esforzando el aliento,
diz que al cautivo habló de esta manera.

X

-Hanme dicho, nazareno,
que es tan grande tu osadía,
que has levantado los ojos
hasta mirar a mi hija;
que con infames conjuros
tiénesla a tu amor rendida,
sin ver que con tu cabeza
pagarás tu alevosía.

Garcí-Meléndez responde:
-En poco aprecio la vida;
y por el Dios, en quien creo,
jamás diré una mentira.
Si no bastan mis palabras,
que respondan mis heridas.

Si he levantado los ojos
hasta mirar a tu hija,
es porque nunca mi sangre

envilecerla podría.

No amo en ella a la princesa
de regia stirpe nacida;
amo a la mujer, que supo
cautivar el alma mía.

No ambiciono tus riquezas,
ni tu blasón me da envidia;
que en los campos de batalla
los blasones se conquistan.

No hay encantos ni conjuros;
sólo el corazón nos guía;
y, si dárme la no quieres,
has de quitarme la vida,
o de entre tus lanzas moras
sabré arrancártela un día.

Miró Ajataf al cristiano,
que con arrogancia altiva
entre cadenas hablaba,
y a amenazar se atrevía.

-Gallardo eres, nazareno,
le dice: lo que publica
de tus acciones la fama
demuestra bien tu osadía.

Ese valor extremado
te hace digno de mi hija.
Tuya será: Aláh lo quiere;
su voluntad patentiza
por medio de tus palabras.
no quiero más resistirla.

Capitán de mis legiones,
la ley que seguiste olvida,
y abraza la del Profeta,
que te recibe este día
entre los fieles que ama
y el grande Aláh patrocina.»

Así le hablaba el rey moro,
y ya Abul se prevenía
a arrancarle las cadenas
que sus miembros oprimían,
mientras de gozo lloraba
la princesa Alguadaira,
besando del rey su padre
la mano, que él le tendía;
cuando el cautivo cristiano,
alzando la frente altiva,
dijo al alcaide: -Detente:
no en desatarme prosigas;

que tal condición no acepta
quien buen cristiano se estima.

La ley del Crucificado,
única santa y divina,
que siguieron mis mayores,
será la ley que yo siga.

Creo en Jesús y en su Madre
la Virgen Santa María;
y, si es amor verdadero
el amor de Alguadaira,
abjurando los errores
que de Dios la hacen indigna,
ante el ara sacrosanta
será mi esposa algún día.

Así habló Garci-Meléndez.
La rabia mal comprimida
del rey dilata los ojos;
fuego lanzan sus pupilas;
trémulo y convulso el labio,
con las manos contraídas,
dijo al alcaide: -¡Qué muera!

Desmáyase Alguadaira;
el rey sale presuroso,
para no verla, ni oírla,
y el cautivo nazareno
con lento paso camina
para entregar su garganta
a la agarena cuchilla.

XI

Cartas llegan al rey moro
de Alhamar el granadino,
que en nombre del rey Fernando
cercado tiene el castillo.

Pídese en ellas la entrega
con término breve y fijo,
y demanda que se guarde
la vida de los cautivos,
so pena de entrar a saco,
y de pasar a cuchillo
cuantas personas se encuentren
en el murado recinto.

Consulta Ajataf el caso
con sus mejores caudillos;
y a entregar la fortaleza
todos se muestran propicios.

Entre el parecer unánime

sólo un voto hay negativo:
Abul-Seleimán propone
que se tenga por indigno
de ser hijo del Profeta
al que, cobarde y mezquino,
vaya a entregarse indefenso
a merced del enemigo.

-Si como hombres valerosos
luchamos y resistimos,
dice, el triunfo lograremos;
o, al no poder conseguirlo,
daremos al mundo pruebas
de ser osados y altivos,
y no mujeres cobardes
o seres envilecidos.

La voz del moro soberbio
infunde en los otros brío,
y el mismo Ajataf se muestra
inclinado al sacrificio.

De Alhamar los mensajeros
al punto son despedidos.
Sobre sus pesados goznes
se alza el puente levadizo,
y los sitiados se aprestan
a defender el castillo.

Corónanse las murallas
de ballesteros activos;
previéndose los honderos
de proyectiles mortíferos;
las picas y los alfanjes
muestran su acerado filo;
de los corceles fogosos
se oye en la plaza el relincho;
el regatón de las lanzas
suena, al tocar los estribos;
los tambores y atabales
lanzan bélicos sonidos,
y la enseña del Profeta
recorre todo el recinto.

XII

En hombros de cuatro moros,
que de su esfuerzo hacen gala,
un grueso y tosco madero
camino va de la plaza.

De oscura sangre, aún no seca,
se ven en él grandes manchas.

Sobre aquel leño han caído
cien víctimas inmoladas.

Apenas llegan al centro,
donde el piso se levanta
en estrecha plataforma
de grandes piedras cercada,
el leño arrojan al suelo
por una acción simultáneas,
y de sus pechos robustos
al mismo tiempo se exhala
el aliento comprimido
por el peso de la carga.

No bien estiran los brazos
y se sacuden la espalda,
hace el Alcaide una seña,
y los cuatro se adelantan
hacia un lugar, en que un hombre
de la etiópica raza,
de musculatura atlética
y de gigantesca talla,
entre sus nervudas manos
sostiene una cimitarra.

Al llegar los cuatro moros
vuelven a empuñar sus lanzas,
y tras del negro gigante
y Abul, que con faz airada
delante de todos sigue,
echada atrás su almalafa,
llegan hasta la mazmorra
donde el nazareno aguarda.

La llave en la cerradura
sonido estridente arranca;
rechina sobre sus goznes
la puerta tosca y herrada;
húmedo, fétido y frío
sale el aire en bocanadas,
cuando penetran los moros
en aquella horrible estancia,
donde eterna noche reina.

Nada a vislumbrar alcanzan,
hasta que ya sus pupilas,
por las sombras dilatadas,
en un ángulo descubren
como una figura vaga,
que en la oscuridad se yergue
y con paso lento avanza.

Es el cristiano cautivo

que presto a morir se halla.
No bien llegan sus verdugos,
a encontrarlos se adelanta;
y, elevado el pensamiento
a la celeste morada,
con el corazón tranquilo
y en el pecho la esperanza,
resignado y valeroso
mártir de la fe cristiana,
-«¡llevadme a morir, les dice,
que la muerte no me espanta!»

Pesada y gruesa cadena
sus movimientos embarga;
esposas lleva en las manos
y a ellas la sangre agolpa;
fugitivo un pensamiento
a la princesa consagra,
y de sus serenos ojos
brotó una furtiva lágrima.

El negro se le aproxima,
y lo empuja hacia la plaza,
la cadena en una mano
y en la otra la cimitarra.

XIII

Al dejar los sombríos corredores
aquel triste cortejo de la muerte,
la Princesa abismada en sus dolores
llora su triste suerte.

Su fiel esclava, la gentil Zulima,
el rumor escuchando,
que fuera crece, cuanto más se acerca,
a la abierta ventana se aproxima;
y al ver al nazareno,
exhala un grito, y, de pavor temblando,
vuélvese horrorizada a su señora,
que, ahogada en su dolor, suspira y llora,
-¡Alza! le dice: ¡hacia el fatal madero
conducen al cristiano;
Abul le sigue con semblante fiero,
y el negro Alí con cimitarra en mano!

No bien estas palabras
escucha la princesa conmovida,
cuando de un sólo salto se levanta
como leona herida:
se asoma a la ventana; ve el cortejo;
exhala un grito ahogado;

y, sin otro consejo
que el de su corazón despedazado,
la escalera torcida
baja, de dos en dos los escalones;
dirígese a la puerta,
do el levadizo puente encuentra alzado,
y por dobladas fuerzas custodiado.
-¡Abrid! les grita: que Ajataf lo manda!
-Señora... dice el jefe. -¡Abrid, os digo!
-Ved que está el enemigo en la muralla.
-¡Abrid! repito ¡En nombre de mi padre
he de hablar al ejército cristiano!
¿Aguardáis que abra con mi propia mano?

Las palabras, la acción, el duro acento
de la princesa mora
ejercen sobre el bárbaro soldado,
para todos violento,
una especie de hechizo;
oponer resistencia no lo es dado,
y al fin se baja el puente levadizo.

Al salir la princesa,
un grupo de ginetes castellanos
se acerca presuroso.

-¡Corred! ¡corred! les grita:
¡en la plaza!.. ¡la muerte!..
¡Ya aprestan la cuchilla!..
¡Mis lágrimas os muevan!..
Corred ¡que a morir llevan
al mejor caballero de Castilla!

Sin pararse a escuchar otras razones,
sueltan los castellanos sus bridones;
con lanza en ristre por el puente cruzan,
penetran en la plaza
rápidos como el viento...
sobre la plataforma ya amenaza
el cuello del cristiano
del esforzado Alí golpe violento;
ya la cabeza el noble castellano
hacia el madero inclina...
alza el negro feroz la airada mano...
se oye un grito de horror, un grito horrible...
Abul la noble sangre ya olfatea...
pero... se abre la gente en oleada;
de la mano de Alí fiera y terrible
cae la cimitarra: él bambolea...
y es... que de una lanzada
le partió el corazón Pelay Correa.

XIV

Atónitos y espantados,
ante aquella heroica escena,
los soldados del rey moro
mudos e inmóviles quedan.

Los caballeros cristianos
aquel asombro aprovechan
para romper del cautivo
la abrumadora cadena.

Abul Seleimán en tanto,
repuesto de la sorpresa
grita a sus huestes: «¡Cobardes!
¡cómo sufrir tal afrentas!»

Al decir estas palabras,
brilla el alfanje en su dicha;
y arrebatando en su empuje
a los que estaban más cerca,
a los cristianos embisten
como embravecidas fieras.

De un salto Garci-Meléndez,
que desarmado se encuentra,
salvando el lago de sangre
en que el negro aun se revuelca,
de la cimitarra mora
prontamente se apodera,
y entre el grupo de cristianos
el choque a afrontar se apresta.

Pocos son los caballeros
para tan ruda pelea,
y los hijos de Mahoma
por centenares se cuentan.
-«¡Santiago y cierra España!»
exclama Pelay Correa;
y a los moros acometen,
con tal bravura y presteza,
que, antes de empuñar las armas,
no pocos muerden la tierra.

Como el mar embravecido
en la más ruda tormenta
contra el peñón formidable
sus olas furioso estrella,
sin que al titánico empuje
tiemble en su asiento la peña,
en tanto que el oleaje
brama y al aire se eleva
para convertir en llanto

el dolor de su impotencia,
así las huestes moriscas
son en el choque deshechas
por el grupo valeroso
que doquier la muerte siembra.

Mucho dura la batalla;
el moro tenaz no cesa
porque a cada paso acude
nueva gente a la pelea.

Los cristianos adalides
ni desmayan ni flaquean;
mas sus fogosos bridones
van ya perdiendo las fuerzas,
y en sangre y sudor bañados
poco obedecen la rienda.

Inminente es el peligro,
y a cada paso se aumenta.
Pelayo grita a los suyos:
-¡Tengámonos...y a la puerta;
que nuestros bravos ginetes
deben hallarse muy cerca!»

Y esto diciendo, se agrupan
para aumentar la defensa;
y hasta el puente levadizo
con Garci-Meléndez llegan,
cuando las huestes cristianas
a la muralla se acercan.

Abul Seleimán furioso
cerrarles el paso intenta,
con la pérfida esperanza
de que en el recinto mueran;
pero el puente aún les da paso,
y ya los cristianos llegan,
y las víctimas se escapan,
y el muro indefenso queda.
-¡Ah de Puente! ¡arriba el puente!
el fiero Alcaide vocea;
pero ni el torno rechina
ni se mueven las cadenas.
-¡Arriba el puente! repite
con imprecación horrenda,
y arrojando por la boca
espuma sanguinolenta.

Sobre la muralla entonces
una figura se muestra,
que, en su gallarda apostura
y actitud firme y resuelta,

une a la gracia del ángel
del titán la fortaleza.

En su delicada mano
damasquino alfanje ostenta;
de sus ardientes pupilas
se ven brotar dos centellas;
los músculos de su rostro
y el ángulo de sus cejas,
la rigidez de su cuerpo,
su linda boca entreabierta,
y su pecho jadeante,
y su abundosa melena
flotando sobre la espalda
en desordenadas trenzas,
hacen de aquella figura
gallarda, altiva y soberbia,
la encarnación más sublime
del valor y de la fuerza.

Es la Princesa Alguadaira,
que impone con su presencia,
con su palabra intimida
y con su actitud aterra.

Al verla, el altivo moro
baja humilde la cabeza,
y un ¡ay! comprimido exhala
que ardiente sus labios quema.
-¡Basta! grita a sus soldados.
¡Aláh sus vidas preserva!

Los soldados obedecen
y a la batalla dan tregua,
Los caballeros cristianos
cruzan el puente y se alejan,
delante Garci-Meléndez
y detrás Peluy Correa.

Al ver ya libre a su amante,
la conmovida Princesa,
perdido el nervioso influjo
de su excitación violenta,
deja que el alfanje caiga
desprendido de su diestra;
pierde su apacible rostro
aquellas líneas severas
que el amor pidió prestadas
a la varonil rudeza;
de sus apagados ojos
brotan dos líquidas perlas,
y en los brazos se desploma

de sus esclavas que llegan.

XV

El cerco del castillo cada día
se estrecha y aproxima a la muralla.
De las tropas cristianas el asalto
temen las de Ajataf desconcertadas.
Retirada Alguadaira en su aposento
acerbo llanto sin cesar derrama,
y de su amante padre a las caricias
con suspiros responde, pero calla.
-Hija, dice Ajataf con triste acento,
el Profeta a su siervo desampara;
ya muy de cerca la muralla ciñen
las soberbias falanjes castellanias;
y si más a la entrega me resisto,
irá hasta el exterminio su venganza.
Hija del corazón: Aláh, lo quiere;
la luz de mi grandeza ya eclipsada,
no volverá a alumbrar. Pero, ¡qué importa,
si me queda tu amor, hija del alma!
Oro me sobra: libertad nos brindan
las ardientes arenas africanas.
Para acabar mi vida miserable,
con tu amor solo, con tu amor me basta.
Aquí llanto y dolor son nuestra herencia;
allá, paz y ventura nos aguardan.
Aquella tierra por Aláh bendita
la cuna fue de nuestra noble raza;
pidámosle una tumba, por la sombra
de la altiva palmera cobijada,
y durmamos el sueño de la muerte
en perdurable paz y eterna calma.

Inclinados los ojos hacia el suelo,
del rey su padre escucha las palabras
la abatida princesa, y no responde,
porque el fiero dolor su voz embarga.

Ajataf la contempla pesaroso;
desea y teme que sus labios se abran,
y a su afligido corazón la estrecha,
y juntas corren sus dolientes lágrimas.

-Hija, huyamos de aquí, repite el padre,
estrechando en sus manos descarnadas
la débil mano de la tierna niña,
que, temblando, pretende retirarla.
Huyamos, pues la suerte lo dispone.
-Padre, no puedo huir. -¡Qué oigo!... ¡no! ¡Calla!

no salga de tus labios la blasfemia...
-Perdóname, señor: tu hija es cristiana.
-¡Ah! que Aláh te... -¡No, padre! Y la princesa
al cuello del anciano se abalanza,
y con su labio virginal le impide
pronunciar la fatídica palabra.

XVI

Después de tres asaltos
con gloria resistidos,
Ajataf se resuelve
a entregar el castillo.

El ejército moro
con sus tristes caudillos
salen con lento paso
del murado recinto.

Las huestes castellanas,
por honor al vencido,
formadas junto al arco
del puente levadizo,
ven pasar en silencio
aquellos rostros lívidos,
que con dolor se alejan
de tan amado sitio.

De las tristes mazmorras
sacan a los cautivos,
que, al ver la luz del cielo,
lloran de regocijo;
y postrados de hinojos,
al Señor uno y trino
el corazón elevan
tiernos y agradecidos.

Sobre dos hacaneas
de brillante atavío,
dos damas castellanas
con séquito lucido
de pajes y donceles,
llegan con el designio
de asestar al rey moro,
como padre, abatido,
como rey, humillado,
del alma en lo más íntimo,
el golpe más tremendo
que cual padre y cual rey pudiera herirlo.

Entre las condiciones
de entrega del castillo,
hay la tremenda cláusula

de dejar al arbitrio
de la noble princesa
seguir la fe de Cristo
y dar mano de esposa
al cristiano cautivo,
o aceptar de su padre
y de su raza el mísero destino.

Alguadaira llorosa,
ante Ajataf esquivo,
postrada está de hinojos,
el corazón transido;
y con tiernas palabras
y acento persuasivo
la paternal clemencia
en vano implora del anciano altivo.

Al fin el llanto acerbo,
el sollozar continuo
de la hija desolada,
hieren en lo más vivo
el corazón del padre,
sin tregua combatido.

-¡Levanta, hija del alma!
dice en ahogado grito.
Y alzándola en sus brazos
con temblor convulsivo,
de besos y de lágrimas
la cubre en su delirio.
- ¡Hija, Aláh lo dispone!
-¡Ah! ¡Perdón, padre mío!
-Hija, yo te perdono.
¡Para qué resistir, si estaba escrito!

XV

Media legua no más al Occidente,
y sobre unas colinas poco extensas
que vienen a morir al manso río
de apacibles y plácidas riberas,
dando vista a Sevilla la famosa,
al par que a la morisca fortaleza,
entre grupos de higueras y de olivos
del rey Fernando alzábanse las tiendas.

La madre del gran Rey lo acompañaba
con su corte de damas y doncellas,
de belleza y lealtad nobles dechados,
de aquel sol de virtud dignos planetas.

Al rey cristiano, en sus piadosos sueños,
se había aparecido en forma espléndida

la bellísima imagen de María
bajando de los cielos a la tierra.

Cuenta la tradición que aquel monarca,
ansioso de obtener la imagen bella
de la Madre de Dios, como los ojos
de su piadoso espíritu la vieran,
convocó los más hábiles artistas;
de su santa visión dioles la idea;
pero ninguno realizarla pudo,
y los más ni aun supieron comprenderla,

Estando ya en el cerco del castillo,
dos mancebos llegaron a las puertas
de la tienda del rey, solicitando
obtener como artistas una audiencia.

Recibíolos Fernando con cariño;
y todos admiraron la belleza,
donaire, juventud y gallardía
y la clara y precoz inteligencia
de aquellos dos, al parecer hermanos,
que de la pubertad saliendo apenas,
del éxito seguros, prometían
dar forma del monarca a las ideas.

Contraído el empeño, se encerraron
en una estancia retirada, estrecha,
y ofrecieron salir a los tres días
con la devota imagen ya perfecta.

Muy grande de la corte fue el asombro,
al ver que los artistas no exigieran
para la ejecución de su escultura
ni material alguno ni herramientas.

Los nobles caballeros, el rey mismo,
acercábanse a veces con cautela,
por ver si algún ruido denunciaba
de los dos escultores la tarea;
pero nada escuchaban, y el silencio
más absoluto hallaban por respuesta,

Al fin los tres interminables días
pasaron; de la corte la impaciencia
excita más y más la del monarca...
de su obra los mancebos no dan cuenta...

Fernando al fin decide que la estancia
se abra, forzando la cerrada puerta,
donde una y otra vez tocan en vano,
y al rudo golpear nadie contesta.

El rey ya, de un engaño temeroso,
con paso firme en el local penetra;
los mancebos no están; pero ¡oh, prodigio!

en lugar de los jóvenes, encuentran
la santa imagen por el rey soñada
que en el gótico templo se venera.

De rodillas la corte el gran milagro
adora con profunda reverencia:
el hecho por Castilla se difunde;
ángeles puros los mancebos eran;
y la Virgen llamose de los Ángeles,
y advocación tan grata aún hoy conserva.

XVIII

En poco más de ocho días
y con justa admiración,
en el lugar do la imagen
al santo rey se mostró,
un humilde santuario
alzó a la Madre de Dios
la piedad siempre alentada
por el cristiano fervor.

Rendida la fortaleza,
Ajataf de ella salió,
huyendo a suelo africano
para ocultar su dolor.

Antes de partirse, él mismo,
partido su corazón,
a las damas de la reina
hace entrega en su aflicción
de la joya más preciada
de su paternal amor,
joya que abraza y bendice
con noble resignación.

La princesa ahogada en llanto
da a su padre un tierno adiós;
mas ya no lo pertenecen
su conciencia ni su amor.

Garci-Meléndez, su esposo,
gloria del nombre español,
con otros diez caballeros
de nobleza y distinción,
a las damas de la corte
sirven de guardia de honor.

De Fernando al campo llegan
en la solemne ocasión
de ver terminado el templo
que la piedad levantó.

La reina, abiertos los brazos,
recibe con efusión

a la princesa Alguadaira,
que con sencillo candor
su breve historia le cuenta
y su santa aspiración
de abrazar la fe cristiana
abjurando de su error,

XIX

Apenas el alba alumbra
aquel bullicioso campo,
cuando músicas guerreras
turban los ecos lejanos.

Las armaduras lucientes
brillan del sol a los rayos;
las damas visten de corte;
de gala están los soldados;
llevan los palafreneros
de la brida los caballos,
que inquietos muestran su orgullo
al mirarse enjaezados.

Todo es placer y alegría.
Óyense los martillazos
de los que en una explanada
junto al pueblo improvisado,
para la lidia de toros
un coso están levantando.

De yerbabuena y de juncia
está el suelo tapizado.
Cien banderolas ondean
del templo humilde en el atrio,
y seis pequeñas esquilas
sobre un tosco campanario
con vez argentina llaman
a los alegres cristianos.

¿Por qué son tan grandes fiestas?
¿Por qué regocijo tanto?
Porque una princesa mora
va a recibir en un acto
el bautismo, que las puertas
abre del cielo a su paso,
y el matrimonio, que dichas
en su hogar le está brindando.

Los reyes son los padrinos;
los caudillos más bizarros
van a lucir en el coso
su gran destreza y su garbo.
Y habrá toros y sortijas,

y luego un convite magno,
que el mismo rey ha dispuesto
para honrar los desposados.

XX

El sol lleva recorrido
un tercio de su carrera.
Hacia las puertas del templo
gentío inmenso se acerca.
La corte brillante sale
en dirección a la iglesia,
do la imagen milagrosa
ya en el altar se venera.

La princesa Alguadaira
al lado va de la reina,
vestida de blanco lino
y adornada la cabeza
de jazmines y azahares,
que en su perfumada esencia
y en su color simbolizan
la virtud y la pureza.

Las miradas del concurso
fíjanse todas en ella,
porque allí rival no tienen
su apostura y su belleza.

Garci-Meléndez, gallardo,
va del rey a la derecha,
puesto de honor que aquel día
Fernando le concediera.

El santo obispo de Burgos
con sus insignias espera
en el templo la llegada
de la comitiva regia,
y en procesión se dirigen
al pie de la imagen bella.

Administrado el bautismo
a la donosa princesa,
y el sacrificio incruento
ya terminado, se acercan
al altar do el sacerdote
va a recibir su promesa.

La mano de Alguadaira
Garci-Meléndez ya estrecha;
la unión santa, indisoluble,
con su fórmula severa
van a pronunciar los labios
de aquel que a Dios representa...

Se oye un ligero tumulto;
se agita la concurrencia;
y un hombre, abriéndose paso,
a los esposos se acerca,
y rápido como el viento,
alza un puñal en su diestra,
y en el corazón lo clava
de la inocente doncella.

Al grito de horror que exhalan
cuantos el acto presencian,
una carcajada horrible
del asesino contesta.

-¡Abul Seleimán la amaba!
el moro con voz tremenda
grita; y antes que se acerquen
ni que aprisionarlo puedan,
con el puñal homicida
en que caliente aún humea
la inocente y pura sangre
de la infelice princesa,
su propio pecho traspasa,
y espira allí junto a ella.

Epílogo

El Cerro de los Ángeles se llama
aquel lugar, hoy triste y solitario,
de un extenso olivar todo cubierto,
y de elevadas cercas rodeado.

Las ruinas del templo aún se descubren
entre grupos de escombros hacinados,
cubiertos hoy por la silvestre higuera
y por la zarza de espinoso tallo.

La tradición refiere que algún día
de aquél templo guardábase en los ámbitos
un modesto sepulcro por las flores
del tomillo y romero perfumado;
que un sacerdote oraba de continuo
y renovaba con piadosa mano
las flores por el tiempo marchitadas,
tributo de un amor sublime y santo;
que, después de su muerte, en aquel sitio
fueron también sus restos sepultados;
y que aún resuena su plañir doliente,
que el campesino escucha con espanto.

La sombra ven de la princesa mora,
con su blanco cendal; sienten los pasos
de su esposo infeliz, que anda en su busca,
cubierto el cuerpo con el tosco sayo;
y del moro la horrible carcajada
con el graznido del siniestro cárabo,
retumban al compás de la tormenta
que lanza el trueno y que despide el rayo.

La zona intertropical

Ventajas e inconvenientes de sus diversos climas

(Correspondencia íntima)

A mi querido amigo de la niñez D. Nicolás Díaz Benjumea

Carta primera

Sobre las delicias de la tierra templada

Ahora si estoy contento, amigo mío:

Vivo en una constante primavera:
Ni el calor me molesta del estío,
Ni busco, tiritando, contra el frío
Abrigado rincón junto a la hoguera.
De la vida de Europa fatigado,
Donde es todo ilusión, engaño y dolo,
Aquí encontré un asilo sosegado.
No siendo ni envidioso ni envidiado,
No hay hombre más feliz de polo a polo.

De nuestra culta sociedad recuerdo
Los caprichos, sandeces y manías,
Que en perderlos de vista nada pierdo.
Lejos de esa Babel, me juzgo cuerdo
Y doy gracias a Dios todos los días.

Recuerdo, en el vestido, en el calzado,
Al hombre siempre convertido en mono;
A la moda ridícula amarrado,
Sin atreverse a rechazarla airado,
Confundiendo el buen tino y el buen tono.

Recuerdo el frac y el ajustado guante,
La corbata que el cuello mortifica,
Las apretadas botas rutilantes,
Y otras muchas lindezas semejantes...

Mas ¿quién a la deidad no sacrifica?

Recuerdo las visitas de etiqueta,
Donde sólo es verdad el cumulo y miento;
El enemigo que la mano aprieta;
La forzada sonrisa, que completa
Un saludo en que todo es fingimiento.

Y el paseo en lugar determinado,
En que no entra por nada el ejercicio:
Especie de revista o de mercado,
Donde el trapo mejor es máspreciado
Aunque venga del crimen o del vicio.

Recuerdo las violentas emociones
Del baile, en que, arrastrando un alma inerte,
Va el pobre cuerpo haciendo contorsiones,
El rostro rebosando de ilusiones
¡Y herido acaso el corazón de muerte!

Recuerdo... Pero basta ya de ultrajes
A la humana razón; mi alma delira
Sólo por emprender largos viajes;
Pero detesto ya los carruajes,
Que son del movimiento una mentira.

No, no más obelisco en la cabeza,
Aunque allá lo ponderen con encomio.
Basta ya de locura o de simpleza;
Porque la Europa a caducar empieza,
O forma ya un inmenso manicomio.

No más colmenas de la raza humana.
Basta ya de ciudades populosas,
Donde la gente por vivir se afana;
Donde a nadie te alcanza lo que gana
Para exterioridades fastuosas;

Donde entre nubes de humo el sol se esconde;
Donde están las ideas subvertidas,
Y a la voz del deber nadie responde;
Do corren todos, sin saber a dónde,
Atmósfera y conciencia corrompidas.

Vaya el ferrocarril en hora mala:
Sus sentidos en él el hombre anula,
Y a su maleta o su baúl se iguala.
Aquí Naturaleza me regala
Con sus encantos viajando en mula.

Los campos siempre verdes y floridos,
Las aves siempre alegres y canoras
Embelesan de gozo los sentidos
No hay días en el tedio consumidos,
Rápidas como instantes son las horas.

Los frutos del invierno y del verano,

Los de la primavera y los de otoño
Cógense a un tiempo al extender la mano:
La odorífera poma, el rubio grano,
La roja fresa, el áspero madroño.

El nardo y el clavel se balancean
Entre los tallos de la rosa esquiva;
Las pasionarias en el aire ondean;
Vistosos colibríes revolotean
En torno a la modesta sensitiva.
La mirla blanca, el de plumaje de oro,
Toche gentil, con melodioso acento
Su voz confunden en sublime coro,
Y su canto dulcísimo y sonoro
Entre olas de perfume arrastra el viento.

Desatándose en perlas la cascada,
Bríndame su corriente cristalina;
En sus linfas me encuentra la alborada,
Y exclamo sin cesar: ¡Tierra templada,
Tú eres de goces mil fuente divina!

Aquí, entre los placeres inocentes,
Rodeado de libros y de flores,
Agasajado por sencillas gentes,
Escuchando el murmurio de las fuentes
Y los trinos de amantes ruiseñores,

Las tristes consecuencias desafío
Del pecalo fatal de Adán y Eva:
Ven a tierra templada, amigo mío;
Edén eterno sin calor ni frío...
No hay pena ni dolor que a esto se atreva.

Aquí el poder divino resplandece
En bellezas sin término y sin nombre;
Todo lo grande, allá, se empequeñece,
Y hasta la obra de Dios desaparece
Ante la obra raquílica del hombre.
Colombia, Agosto 1881

Carta II

Sobre los inconvenientes de la tierra templada

Hace días te escribí
Con el alma entusiasmada,
Y tan ampuloso fui,
Que habrás dicho para ti:
-«Me voy a tierra templada»

Sabes que mi corazón,
A todo cálculo extraño,
Cede a cualquiera impresión,
Por más que a cada ilusión
Siga pronto un desengaño.

Dirás que la inexperiencia,
A mi edad, es censurable;
Que es un cargo de conciencia;
Pero... soy por excelencia
Un ser tan impresionable!...

Los defectos que hay en mí
No quiero ocultarlos, no;
Te dije lo que sentí.

Ya ves, si Dios me hizo así,
¿Qué he de remediarle yo?

Vi el campo verde y risueño;
Sentí el aire perfumado;
De mi emoción no fui dueño;
Y dije: esto no es un sueño,
Es un Edén encantado.

Mas pasó uno y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y todo igual subsistía,
Y al fin la monotonía
Por aburrirme acabó.

En fuerza de la costumbre,
El placer se me hizo extraño,
Y dábame pesadumbre
No hallar calor para el baño
Ni frío para la lumbre.

Los insectos abundaban
De tierra fría y caliente;
Los reptiles me asustaban,
Porque doquier me asechaban
Con su venenoso diente.

Las niguas, bicho fatal,
Mis pobres pies invadieron
Con saña tan infernal,
Que en cada uno establecieron
Una colonia formal.

Con situación tan penosa
Llegué a familiarizarme,
Y hasta la encontré sabrosa,
Sin cuidarme de otra cosa
Que estar tendido y rascarme.

Falta de fuerza y de acción
Mi sangre, ya entumecida,

Con lenta circulación,
Me arrastraba a la inacción;
Se me agotaba la vida.

 Mi goce más deseado
Era el sueño a grandes dosis,
Y mi cuerpo demacrado
Estaba ya extenuado
Por la anemia y la clorosis.

 La lectura era imposible;
El ejercicio, quimera;
Llegó a hacérseme insufrible
Del ave el canto apacible
Y el verdor de la pradera.

 De la flor en el aroma
Hallaba cáustica esencia;
Cansancio al subir la loma,
Amargo en la dulce poma
Y fastidio en la existencia.

 El rumor de la cascada
Convirtiose en ruido fiero;
Tristeza hallé en la alborada,
Lobreguez en la enramada
Y en todo funesto agüero.

 Tal era mi situación,
Cuando, al saberla, un amigo
Llegó lleno de aflicción,
Diciendo: -Sin remisión
Ahora te llevo conmigo.

 Aún es tiempo todavía.
-¿A dónde llevarme quieres?
Dige con melancolía.
Y él contestó: -¡A tierra fría,
Que aquí te mueres, te mueres!

 Salgamos ya sin demora.
-Pero, hombre, por Belcebú...
-Aquí la muerte es traidora.
Mátete Dios en buen hora;
Pero no te mates tú.

 Y, sin dejarme pensar,
Puso en orden mi equipaje,
Mi mula mandó ensillar,
Y ayudándome a montar,
Emprendimos el viaje.

 Con un pié ya en el estribo
Y el alma desencantada,
Estos renglones te escribo.
Salgo más muerto que vivo.

¡Huye de tierra templada!
Colombia, Agosto de 1881.

Carta III

Sobre las delicias de tierra fría.

Respiro al fin. Sobre la verde loma,
De opulentos trigales matizada,
En púrpura teñido Febo asoma.
De purísimas perlas adornada
La flor despide su fragante aroma
Por el rayo de luz acariciada,
Y en su cáliz henchido de ambrosía
Recibe el casto beso que le envía.

El amoroso llanto de la Aurora
Convertido en vapores se levanta
Y el aterido páramo decora,
Todo a mi alrededor la vista encanta:
Brilla la nieve allá deslumbradora,
Que el duro lecho sin cesar quebranta,
Y de la roca oculta entre la breña
El cristalino arroyo se despeña.

De la humilde cabaña del labriego
En gallarda espiral el humo asciende;
La familia agrupada junto al fuego
la yerta mano hacia la llama extiende;
De espesa leche el tarro llega luego
Que por la espuma su calor desprende,
Y los peones van, uno por uno,
Recibiendo el sabroso desayuno.

La pareja de bueyes enyugada
La voz del labrador tranquila espera;
La tierra no está seca ni mojada;
Sale el indio, calada su montera;
Y, lanzando a su yunta una mirada
Paternal, cariñosa y placentera,
Se hace una cruz desde la frente al pecho,
Y emprende su camino hacia el barbecho.

Recatando del viento la megilla,
Poco después, en su chircate envuelta
Con sombrero raspón y ancha mantilla
Al cercano redil la india da vuelta;
El rocío en las hojas ya no brilla,
Y al verde prado las ovejas suelta;

Ella las sigue por doquiera ufana,
Hilando un copo de menuda lana.

En tanto yo, sobre mi potro altivo,
Delante el perro, la escopeta al lado,
En la sabana un círculo describo,
La torcaz persiguiendo apresurado;
Y, aunque en el burdo bayetón cautivo,
El plomo alguna vez sale acertado,
Y a la hora de almorzar vuélvome a casa
Con envidiable humor y hambre no escasa.

Hecha la digestión con un paseo,
Tranquila el alma y de placer henchida,
Sin que nadie me turbe, escribo o leo,
Gozando por completo de la vida,
Al declinar la tarde, me recreo
Con la nube de púrpura teñida,
Donde la ardiente luz del Sol refleja
Y una erupción volcánica semeja.

Por la noche, aunque el lecho está algo frío,
Con mi propio calor pronto lo templo;
Allí del mundo y su ambición me río,
Y libre de su influjo me contemplo.
El sueño viene al fin; ya no soy mío;
Y, cerrados los ojos, no hay ejemplo
De abrirlos, sin que, entrada la mañana,
Pase un rayo de luz por mi ventana.

El tiempo está sereno y delicioso;
Del páramo no sopla el viento helado;
La brisa matinal me hace dichoso
Y salgo a respirarla embriagado.
Con esta vida activa y de reposo
Me voy poniendo gordo y colorado.
¡Existencia feliz! yo no sabía
Que se gozara tanto en tierra fría.

Aquí, a nueve mil pies sobre los mares,
No hay ya reptil de venenoso diente,
Ni insectos insufribles, que a millares
Infestan lo templado y lo caliente.
Lo mismo en la campiña que en sus lares
Descuidada y feliz vive la gente,
Sin temor de una muerte prematura
Causada por aleve mordedura.

Todo cuanto apetezco y necesito
Lo encuentro en abundancia incomparable;
Comidas succulentas, apetito,
Sueño reparador, inalterable;
Y como a honestos goces me limito,

Disfruto una salud tan envidiable,
Que, a pesar de mis muchos desengaños,
Quiero y pienso vivir hasta cien años.
Colombia, Septiembre de 1881.

Carta IV

Sobre les inconvenientes de la tierra fría.

¡Cierrenme esa ventana, que me hielo!
Pónganme aquí, a los pies, una frasada
Siquiera la del último sirviente;
No importa, la paciencia ya me falta...
He aquí la exclamación, que a cada paso
Mi labio triste con dolor exhala.
Van dos meses eternos que la lluvia
Ha convertido en lago la sabana;
No hay más variación que densas nieblas
Y horribles, destructoras granizadas.
Cerrado está el camino a la parroquia
Y nuestras provisiones ya se acaban...
¡Oh! cuán lenta circula por mis venas
La sangre con el frío coagulada.
Y ese viento del páramo incesante,
Y ese manto de nieve que amenaza
Sepultar nuestra mísera vivienda...
¡Cómo las ilusiones nos engañan!
Si al lado del hogar busco un abrigo,
El humo, que me asfixia, me rechaza;
Si demando calor al movimiento,
Apartarme no puedo de mi estancia,
Por doquiera es el suelo una laguna
O un cenagal profundo que me espanta.
¡Qué situación! Perdona, amigo mío,
Que, a pesar de mis años y mis canas,
Seducido otra vez por apariencias,
Sufra de nuevo decepción amarga.
Esta vida no es vida, es peor que muerte;
Es el vacío aterrador... la nada,
Las escenas de idilio, que hace poco
Mi candorosa pluma te pintaba,
Nacieron en mi pobre fantasía,
Y al fin la realidad vino a borrarlas,
Y la espumosa leche me repugna,
Servida en negra y miserable taza.

El establo y redil, que a mi aposento
Están harto cercanos por desgracia,
Hácenme respirar a todas horas
Una atmósfera fétida y pesada.
Aquí no se conoce la limpieza;
Un invencible horror tienen al agua,
Y sólo la utiliza en la chicha
Con que constantemente se embriagan.
La mujer que me sirve el alimento
Tiene corteza ya dura y coriácea,
Formada por el humo y por la mugre,
Que al olfato repugna a gran distancia
Ya de mis ojos huye el grato sueño,
Que en tiempo más feliz me acariciaba;
Las pulgas, refugiadas por millones
En mi lecho de juncos y de cañas,
Y otros insectos viles y asquerosos,
Que conserva el indígena y propaga,
No me dejan dormir ni un solo instante,
Mi sangre encienden, mi paciencia acaban...
Por único alimento sólo resta
Una especie de engrudo o de argamasa,
A que el nombre le dan de masamorra
Invención tan absurda y endiablada,
Que nadie, si se come o si se bebe,
Puede afirmar con plena confianza,

.....

Ya el catarro nos tiene consumidos;
No ha perdonado víctima en la casa,
Y hay un coro de toses perdurable,
Sin momentos de espera ni de pausa.

.....

Hoy no puedo moverme de mi lecho.
¡El reuma articular! ¡Oh, suerte aciaga!...
pero mi amigo y salvador ya llega,
Venciendo hasta imposibles su constancia.
Los brazos a mi cuello, silencioso,
Echa, al verter una furtiva lágrima,
Y da la orden expresa a seis peones.
Seis Hércules, diré, que lo acompañan,
para que el guando al punto esté dispuesto
A sacarme de aquí sin más tardanza.

-¿A dónde me conducen? le pregunto.
Donde a tu horrible mal remedio se halla.
¡A la tierra caliente!- Dios lo quiera.
¡Basta de tierra fría... basta, basta!
-¿Está ya todo?- Todo. -Adiós, amigos.

-Muchachos, un buen trago. ¡Arriba! ¡En marcha!
Colombia, Septiembre de 1884.

Carta V

Sobre las ventajas de la tierra caliente.

Ahora sí, no me engaño,
Amigo, éste es el colmo
Del bien que ansiar pudiera
El ser más ambicioso.
Treinta grados centígrados
Marcando está el termómetro.
Lento corre a mis plantas
Un río caudaloso,
Y extensa platanera
Con murmurio sonoro
El blando sueño arrulla
Que hace entornar mis ojos.
Los anzuelos y redes
Nos dan en grande acopio
Bocachicos y bagres,
¡Alimento sabroso!
Guacharacas y pavas
Y paujés y loros
Y guacamayos lindos
De colores vistosos
Pueblan las arboledas
Que nos sirven de toldo,
Y ya alegran los ecos
Con su canto sonoro,
Ya sirven en la mesa
De manjar delicioso.
Las garzas y los patos.
Cruzan de un lado a otro,
O en la arenosa playa
Forman grupos armónicos,
Que dan vida al paisaje
De matizado fondo.
El yucal nos ofrece
Sin un trabajo incómodo
Sus frutos sazonados,
Blancos y tuberosos;
El arrozal, su espiga;
La caña, el dulce pródigo

Con que el fresco guarapo
Fermenta en odres hondos.

Del plátano el racimo
Doblega el tallo herboso,
Y a las manos se viene,
Ya amarillo cual oro
Y almíbar destilando,
O ya duro y verdoso,
Del pan émulo digno,
Asado entre el rescoldo.

Nuestro apetito sacian
El viudo y el sancocho
Sirviéndonos de plato,
Limpio siempre y lustroso,
Del plátano las hojas
Cercanas al cogollo.
Del caney en el centro,
Tendido en mi chinchorro,
Fumo el mejor tabaco
Que produce el contorno.

Mi ligero vestido
No me sirve de estorbo,
Pues sólo uso las prendas
Que me exige el decoro.

Por tarde y por mañana
Tomo en el río undoso
Un baño placentero
Para entonar mis órganos;
Duermo una larga siesta,
Cuando el sol cae a plomo,
Y alégranme en la noche
De mis vecinos todos
Las traviesas muchachas
Con sus rendidos novios
Que bailan ya el bambuco,
Ya el torbellino airoso,
Acompañando el tiple
y el alfandoque ronco
Sus dulces movimientos,
Sus cantos voluptuosos.

¡Qué vida! ¡Esto sí es vida!
¡Bien hayan de los trópicos;
La paz nunca turbada,
Los días calorosos,
La molicie envidiable...
Hasta para un canónino!

Ven a tierra caliente,

Si quieres ser dichoso,
Y vivir sin cuidados
Del placer en el colmo.

Alimento, vestido,
techo feliz y umbroso
Los da Naturaleza,
Con un afecto insólito,
Al ser, por Dios creado
Para gozar de todo.

Aquí, para ser rico,
Es inútil el oro:
El suelo, el agua, el aire.
Nos brindan bondadosos
Inagotables frutos,
Espléndidos tesoros.

La sombra de una palma
De penacho vistoso,
De una copuda ceiba
O de un cámbulo rojo
Vale más que el palacio
En que el arte orgulloso
Ha aumentado el fastidio
Del que vive en el ocio
De las ciudades míseras
Entre el cieno y el polvo.

En fin, amigo mío,
Si quieres ser dichoso,
Ven a tierra caliente;
Y, si vienes, ven pronto;
Que aquí nada nos falta
Para ser venturosos.
Colombia, Octubre de 1882.

Carta VI

Sobre las desventajas de la tierra caliente.

¡No puedo más! ¡Estoy desesperado!
Este clima no es clima para el hombre.
Aquí todas las plagas se han juntado,
Y es un infierno con distinto nombre.
Do quier que uno se mueva,
Halla enemigo cruel que lo persiga:
Si de alejarse trata
Diez pasos del hogar, en él se ceba

Ya en ruda enjambre despiadada hormiga,
Ya tenaz e invisible garrapata.
Si a coger una fruta
El capricho o la sed la mano lleva,
Con su agujón punzante
La ansiosa avispa audaz se la disputa,
Cuando no se revuelve y aun lo acosa,
Erguida en espiral y amenazante,
Alguna horrible sierpe venenosa,
 Si en la mitad del día
Treguas a mi dolor pido a Morfeo,
Despiértanme con terca algarabía
El constante gruñir de los marranos,
De la inquieta gallina el cacareo,
(Pues viven con nosotros como hermanos),
O el estridente son de la chicharra
Que los oídos míseros humanos
Aturde sin piedad, rompe y desgarrar.
 A veces, cuando al sueño ya rendido
Busco en la noche el plácido sosiego,
Entran de pronto a atormentar mi oído
Turbas de extraña gente,
De quien en mi alma con furor reniego,
Que cantan y que tocan y que bailan
Con infernal ruido
Y un entusiasmo bárbaro y creciente,
Y cuando ya su efecto ha producido
El guarapo mezclado al aguardiente,
Crece el ardor, el huracán estalla,
Y la fiesta conviértese en batalla.
 Otras, cuando dormido voy quedando,
En lugar del gegén de dardo agudo,
Con la nocturna sombra llega luego
El molesto zancudo
De cuya horrible música reniego;
Chinches y pitos vienen a montones
A clavarme sus fieros agujones
Y mi sangre chupando,
Dejan sobre mi piel ronchas de fuego.
Otras veces, del techo removido
Por el ratón inquieto o la culebra,
De quien es codiciado y perseguido,
Gran lluvia de alacranes o escorpiones
Sobre mí se desata y dolorosa,
Herida me abre su uña ponzoñosa.
 Del techo y las paredes las rendijas,
Que franco y libre paso

Dan a mil repugnantes sabandijas,
Permiten que el murciélago asqueroso,
De vuelo silencioso,
En mi estancia famélico penetre,
Y cual ladrón osado,
Junto a mis pies con precaución posado,
A morderme se atreva,
Y, mientras duermo yo, mi sangre beba.
¡Horrible batalla! Por la mañana
Encuéntrome molido y fatigado.
Mi sangre hierve, mi cerebro arde;
Corro al bario a buscar un lenitivo,
Y el aguijón me espera de la raya,
Con su veneno activo
Entre el fango o la arena de la playa,
Cuando no del caimán el corvo diente,
Para coger mi cuerpo
Con su tenaza poderosa y dura,
Hundirme en la corriente
Y en su estómago darme sepultura.
Al desabrido y bárbaro brevaje,
Que es de esta tierra el único alimento,
De acomodarme trato;
Pero a un tiempo con fuerza lo rechazan
Mi paladar, mi estómago y mi olfato.
Vencer mi repugnancia en vano intento,
Y ¡ay! en vano también al cielo imploro
Que me vuelva el instinto primitivo
Y los gustos sencillos del salvaje.
El guarapo a beber ya no me atrevo,
Porque apenas lo bebo,
En licor corrosivo se convierte.
El sancocho y el viudo
Cáusanme indigestiones dolorosas.
En balde de un lugar a otro me mudo;
La humedad y el calor do quier elevan
Mortíferos miasmas
Que la pesada atmósfera envenenan;
Y la fiebre, minando mi organismo
Debilitado, lánguido e inerte,
Abre a mis pies profundo y ancho abismo
Y hacia él me empuja en brazos de la muerte.
¡No más! Aquí me espanta mi destino:
El carate y el coto
Asoman ya en mi faz y en mi garganta;
Mi efigie demacrada y macilenta
Es de la humana forma

Sarcasmo peregrino;
Mi cuerpo no es ya más que una osamenta
Oculta entre arrugado pergamino.
Un paso más, un palmo, una pulgada,
Y tornarase en polvo, en humo, en nada.
Colombia, Marzo de 1883.

Mis esperanzas

Conclusión de la zona intertropical.

¡Oh, dulce aire natal! brisa amorosa
De la sierra Morena y la Rondina;
Del Guadaira y del Betis
Margen fresca y umbrosa;
Florida primavera,
Cuyo aliento purísimo reviste
De perfumada alfombra la pradera;
Tesoro de la mies, pródigo estío,
Con tus bellas y alegres excursiones
A la era polvorosa,
A la orilla del mar o al claro río;
Lánguido otoño, cuya sien corona
Abundante guirnalda
De frutos de Sileno y de Pomona;
Invierno deseable
Con tu cortejo amable
De espectáculos bellos,
Donde luce en artísticos destellos
La ardiente inspiración del genio hispano:
Cadena de saraos suntuosa,
Donde la grata, femenil belleza
Entre esplendores brilla,
Para ostentar al mundo
El donaire, la gracia y gentileza
De las apuestas damas de Castilla...
¡Ay! yo anhelo volver a tu regazo,
Patria siempre adorada,
Y a mi pecho, estrechar con tierno abrazo
La familia harto tiempo abandonada,
Los amigos queridos
Que en la dicha conmigo disfrutaron,
Y que en la amarga pena
El llanto de mis ojos enjugaron.
Quiero posar mis labios amorosos

Sobre el altar en que por vez primera
Su sentida plegaria
Me enseñó a pronunciar mi tierna madre;
Besar la triste losa funeraria
Que oculta las cenizas de mi padre;
Reposar a la sombra del olivo,
Do en mi niñez la frente refrescaba,
Al esquivar del sol el rayo estivo.

Quiero, en la misma fuente,
A que llegué cien veces fatigado,
Por una vez siquiera
Beber arrodillado,
Y en su linfa apagar mi sed ardiente.
Quiero posar mis pies en la pradera
Que feliz en mi infancia recorría;
Ver el jugar amado
Donde, al volver del África ardorosa,
Su nido un año y otro suspendía
Alegre y placentera
La golondrina cándida y parlera;
y contemplar a Oriente y a Occidente
El sol que con sus rayos me inundaba;
Que, al nacer, en las tímidas violetas
Del rocío las lágrimas secaba,
Y, al espirar el moribundo día,
En sus tintas de fuego me envolvía.

Quiero alegrar mis ojos
Con la flor del almendro y del manzano,
Cuando la savia a circular empieza,
y deja el campo su sudario triste,
Y con matices rojos
Espléndido y galano,
para dar más realce a su belleza,
su rico y verde manto se reviste
Nuestra madre común, Naturaleza.

Quiero ver los montones
De la segada mies en el verano,
Llenar el ancha era,
y henchir las trojes con el rubio grano;
Y luego en el lagar la fruta eximia,
Que da el mosto en la prensa a borbotones,
Aumentando el placer de la vendimia;
Y cojer del nogal y del castaño
Y otros árboles bellos
Del otoño los frutos sazonados
Y con ávidos ojos contemplados
Des que empezaron a brotar en ellos.

Quiero junto al hogar, que nunca olvido,
Pasar las largas noches
Del invierno inclemente,
Viendo al tronco de encina ya encendido
Lanzar su llama ardiente
Entre el humo sutil que al aire sube
Y forma en el espacio densa nube.
Quiero, de mi familia rodeado,
Saborear del delicioso moka
A sorbos una taza bien caliente,
Mientras la lluvia en el cristal golpea,
Y en la herrada ventana inútilmente
Por penetrar el viento forcegea.

Allí, todos pendientes de mis labios,
Quiero contar la peregrina historia
De mis largos viajes,
y cómo entre las tribus de salvajes,
Cuyo recuerdo es grato a mi memoria,
Sin recibir agravios,
Viví siempre contento,
Lo cuál es vano intento

A veces entre cultos y entre sabios,
Quiero, por no, cuando la frágil nave
De mi agitada, efímera existencia
En el puerto fatal su curso acabe,
Depositar mis restos
En tierra por los míos bendecida;
Donde, al llegar al borde de mi losa,
de alguna oración corta y sentida,
alguien pronuncie con amor mi nombre,
Y diga a los demás. «Aquí reposa»;
Donde, en pos de una vida humilde, honrada,
Al dejar de este mundo los desvelos,
Descansaron mi padre mis abuelos.
Colombia, Octubre de 1885.

Vasco Núñez de Balboa

Leyenda histórica

A mi ahijado, el estimable e inteligente joven D. Antonio Pérez Orrantia

Introducción

Las Sombras de la edad media

Con su manto aún envolvían
La Europa, que se agitaba
Por luz nueva y nueva vida.

Los sectarios de Mahoma
Por su mal perdido habían
Con el cetro de las ciencias
Su preponderancia antigua.

Ya de Córdoba ahuyentados
Los opulentos Califas,
Al musulmán no quedaba
De sus extensas conquistas
Sino un rincón limitado
En la bella Andalucía,
De donde al cabo lo arroja
De Cristo la humilde insignia.

Roma se hace omnipotente;
Al mundo sus leyes dicta,
Y la conciencia aprisiona
Con fuerzas tan excesivas,
Que entre la fe y las hogueras
No hay ya un medio que se admita.

El entendimiento humano
En círculo estrecho gira,
Y hace tímidos esfuerzos,
Siempre ocultando sus miras,
Por romper la férrea valla
Con que su vuelo limitan.

Esclavas del fanatismo
Las artes, sólo se miran
Como medios indirectos
Que lo obedezcan y sirvan.

No hay ya ciencia cultivada
Fuera de la teología,
Ni más porvenir que el claustro,
Ni más libros que la Biblia,
Y esa interpretada siempre
Con restricciones mezquinas.

Tal era de Europa entonces
La moral fisonomía,
Cuando un hombre se presenta
Con la idea peregrina
De que hay allende los mares
Regiones desconocidas,
Donde entre flores y aromas
Humanos seres habitan;
De que la tierra no es plana

Como algún iluso afirma;
Que el planeta es habitable,
Y no hay barreras que impidan
Recorrer su superficie
Con la brújula por guía;
Que el temor es un fantasma
Y el non plus una mentira.

A tales proposiciones,
Con firmeza sostenidas,
La ciencia se ensoberbece
Y los teólogos gritan
Que el hombre aquél está loco
Y su absurda teoría
Es delirio de su mente
Por el orgullo engreída,
O es una impiedad notoria
Y una tremenda heregía.

Al hombre que ofrece un mundo
Todos con desprecio miran;
Pero él conserva el aliento
Que la convicción inspira.

Cuando todos le abandonan,
Una mujer noble y digna
Su real apoyo le presta;
Los mares surcan las quillas
Y un Nuevo Mundo aparece,
Que la humanidad admira,
Y el loco, triunfante, deja
La ignorancia confundida.

- I -

No bien el gran Colón demostró al mundo,
Con su admirable genio y con su audacia
La existencia de pueblos apartados
Y ocultos aún entre la niebla vaga
En que el humano espíritu se agita
Cuando el instinto y la razón batallan,
Legiones de fogosos adalides,
Que el ocio de sus armas lamentaban,
Rendido el estandarte del Profeta
en los altivos muros de Granada,
Lanzáronse al indómito Océano
Ansiosos de aventuras y de fama.

La gloria del intrépido marino
Era en todas las lenguas celebrada,

Y a proseguir su estela luminosa
Corazones heroicos se aprestaban,
Como los astros que, a su sol siguiendo,
Recorren las esferas planetarias.

La fiebre de lo incógnito ardorosa
Por ideales sueños exaltada;
La aparición de espléndidos verjeles,
Ríos profundos, deliciosas playas,
Bosques de dulce brisa y sombra eterna,
Tierras de oro y de perlas esmaltadas,
Amorosas mujeres que los brazos
A las caricias del amor brindaban;
El varonil carácter que al ibero
Presta el valor de su potente raza,
Todo era un incentivo que al arrojado
Su aventurero espíritu arrastraba.

En vano los azares de la suerte,
Para algunos tan pérfida y avara,
Marchitó con horribles desengaños
La flor de lisonjeras esperanzas;
Donde el más esforzado sucumbía,
Otro la suerte próspera buscaba.

-
II -

El descubridor de un mundo

Ya descansaba en la fosa,
Después de haber apurado
Del dolor la amarga copa,
Llena por la ruin envidia
Y la ingratitud odiosa
De Fernando, a quien en vano
Disculpar querrá la historia.

El hijo del Almirante
Mandaba en la Isla Española,
Poblada de aventureros
De alta alcurnia o baja estofa,

Por ser la famosa isla
Capital de las colonias,
En ella se proyectaban
Mil empresas seductoras
En que el oro iba mezclado
Siempre a la ambición de gloria.

Ojeda, Nicuesa, Enciso
Y otros jefes de gran nota,
Cuyas hazañas eclipsan

Las fábulas mitológicas,
Allí aprestaron sus velas
Para ir a playas remotas,
Con la espada en una mano
Y el Evangelio en la otra,
A conquistar con su esfuerzo
Tierras para la corona,
Almas para Jesucristo
Y para ellos prez y honra.

Mientras Ojeda y Nicuesa,
Víctimas de sus derrotas,
Andaban tristes y errantes
Con los restos de sus tropas.
Acosados por las fiebres,
Por el hambre asoladora
Y por las flechas mortíferas,
Que iracundos les arrojan
Los que al avaro extranjero
La altiva cerviz no doblan,
Sale el bachiller Enciso,
Hombre de espada y de toga,
A buscar de Costa-firme
Las riquezas fabulosas.

Un tropel de vagabundos
Por todas partes le acosa,
Pidiendo puesto en la nave
Que va a entregarse a las ondas:
Unos, deudores fallidos,
A quienes el peso agobia
De acreedores burlados,
Y huyen hasta de su sombra;
Otros, tahures de oficio,
Sin una blanca en la bolsa,
Con la conciencia embotada
Y como sus trajes, rota;
Otros, grandes criminales,
Dignos de estar en la horca:
Desertores de galeras,
Y otros, que a voces pregonan
Con su cara y con sus hechos
Sus costumbres licenciosas;
Gente, en fin, sin Dios ni ley,
Plaga horrible, asoladora,
De la sociedad vergüenza,
De la humanidad escoria.

Para alejar esta plaga,
Que porfía y que alborota,

La autoridad interviene,
Y un barco la nave escolta,
Hasta que libre de asaltos
Pueda seguir su derrota.

En alta mar ya navega,
Cuando arrimado a la borda
Ven un tonel que se rompe,
Y de sus entrañas brota
Un hombre joven y apuesto,
Que tranquilo y sin zozobra
Con la mirada recorre
La nave de proa a popa.
Seis lustros contará apenas
Y es gallarda su persona;
Su aventajada estatura
Y sus atléticas formas
Singularmente contrastan
Con su cabellera blonda,
Sus ojos color de cielo
Y su tez blanca y hermosa;
Al cinto lleva una espada
De ancha y toledana hoja,
Y su carácter resuelto
Su franca actitud pregona.

Al ver a aquel personaje,
La tripulación absorta
Al bachiller lo presenta,
Refiriéndole la historia
De su aparición extraña,
Que a todos pasma y asombra.

Enciso con faz severa
Su grave falta le enrostra;
Y sus quejas y amenazas
Son tan duras y enojosas,
Que hacen que el aparecido
Al fin el silencio rompa.

-«Señor, le dice, he tomado
Resolución tan heroica,
Por seguir vuestra bandera
Y para salvar mi honra.

Soy un hidalgo extremeño;
Trájome a la Isla Española
El afán de hacer fortuna,
Lo cual no logré hasta ahora,
Porque navegué sin rumbo
En empresas desastrosas.

Mancebo y enamorado,

Gasté, reñí; mi tizona
Derramó sangre; mis deudas
Y mi conducta me estorban
Vivir en paz en la Isla;
Valor y fuerzas me sobran
Para seguir vuestra suerte:
Si ella fuere venturosa,
Mi ardid no habrá sido inútil
Mas, si nos fuere traidora,
No abandonaré mi puesto;
Y ya en la mar borrascosa,
Ya en la selva solitaria
O entre las tribus indómitas,
Sucumbirá a vuestro lado
Vasco Núñez de Balboa.

- III -

Pintan ciega a la fortuna,

Y la experiencia demuestra
Que tienen razón sobrada
Los que la pintaron ciega.
No siempre el valor heroico
Victoria segura cuenta,
Ni planes bien concertados
Dan buen éxito a una empresa.
Díganlo las aventuras
Del desventurado Ojeda,
A quien maltrecho dejaron
Los Indios de Cartagena;
Y díganlo las desgracias
Del intrépido Nicuesa,
Cuyas huestes numerosas,
Aguerridas y soberbias
Fueron bien pronto mermadas
Por las continuas peleas,
Por los rigores del clima
Y las discordias internas.
Cuando el bachiller Encise
Llegó a las tristes riberas
Con los recursos que en vano
Aguardara su colega,
Este abandonado había
La inhospitalaria tierra.
Los hombres que allí quedaron
Envueltos en la miseria,

Esqueletos ambulantes,
Más bien que soldados eran:
Su vida, continua alarma;
Su descanso, estar en vela;
Sus dominios, el espacio
De una empalizada estrecha;
Su palacio, un cobertizo;
Su alimento, crudas yerbas;
Sucios harapos, sus galas;
Y, para colmo de penas,
Las fiebres que los devoran,
Los indios que los asechan.

En tan lamentable estado
nadie a resolver acierta
El lugar que ha de escogerse
Para futura vivienda.

Unos opinan que a España
Es preciso dar la vuelta;
Otros, que hacia el Sur o el Norte
Deben buscar otras tierras.

Así todos discutían,
Sin que nada se resuelva,
Cuando el joven Vasco Núñez
Les habló de esta manera:

-«Hace algún tiempo, señores,
Que visité estas riberas
Con Rodrigo de Bastidas
En mi expedición primera,
y un bello lugar conozco
Donde las fiebres no reinan,
Donde el agua es abundante,
Fertilísima la tierra,
Rica en víveres y en oro;
Gentes sencillas la pueblan,
Que no tienen la costumbre
De usar veneno en sus flechas.»

Estas razones bastaron
A resolver el problema,
Y con risueña esperanza
Se dan de nuevo a la vela.

En las orillas del Darien
Lugar oportuno encuentran;
Hacen toscas enramadas
Conque una ciudad empiezan;
Danle por nombre La Antigua,
Cumpliendo así una promesa
Que ante una devota imagen

El jefe en Sevilla hiciera.

- IV -

Apenas instalados

En la incipiente y pobre ranchería
Que, por vanidad sólo
De los que las cabañas edifican,
Lleva el pomposo nombre
De ciudad, que conserva todavía,
Enciso, recorriendo
Las fértiles comarcas más vecinas,
De víveres y de oro
Gran cantidad recoge sin fatigas.

En busca de Nicuesa,
Antes perdido entre las verdes islas,
Dos buenos bergantines
De exploración el bachiller envía.

Propicios y amigables,
A la ciudad acuden los indígenas
A cambiar oro y perlas
por cuentas de cristal y fruslerías.

Excítase en el jefe
La miserable y sórdida codicia,
Y a sus gentes prohíbe
Tratar de una manera clandestina,
Para adquirir riquezas,
Sin que el erario su porción reciba.

Los soldados murmuran
De tal orden para ellos depresiva;
Y como del disgusto
En un plazo muy breve se camina
A negar la obediencia,
Contra el decreto y contra el juez se indignan.

En vano éste reclama
El fuero de la ley, de la justicia;
Que en las remotas playas
A la bárbara fuerza sometidas,
Otro poder no impera
Que el que en la audacia y el acero estriba.

De Vasco y de Zamudio
Que son la autoridad constituida
En calidad de Alcaldes,
A quienes sigue el regidor Valdivia,
Enciso exige en vano
Para su autoridad desconocida

Obediencia y apoyo
Contra aquella traidora rebeldía.
Los tres, indiferentes,
Contemplan el motín, si no lo agitan;
Y al fin éste, triunfante,
Depone al jefe; entre cadenas míseras
A una prisión lo arrastra;
Sus tesoros espléndidos confisca,
Y por merced y ruegos
La libertad le otorgan con la vida.
Encontrado Nicuesa
A la colonia turbulenta arriba,
Y su poder reclama
Con notable entereza y energía;
Pero entre los colonos
Sólo provoca su furor a risa,
Y de allí lo rechazan
Con el desdén que la impotencia inspira.
El infeliz caudillo
Clama, pero su voz ya no es oída;
Y con su frágil barco
A la Isla Española se encamina,
Sin sospechar que el piélago iracundo,
Va a sepultarlo en su tremenda sima,

-
V -

Carácter franco y resuelto,
Valor de infortunio a prueba,
Juventud llena de bríos,
Noble audacia, hercúleas fuerzas,
Escaso amor a la vida
y menos a las riquezas,
Sencillez en las costumbres,
Ambición de gloria inmensa,
Constancia hasta el heroísmo,
Fe inquebrantable en su estrella,
Sobriedad en la fortuna,
Ambición en la suerte adversa,
perspicacia en los combates,
En las victorias prudencia,
Dignidad sin necio orgullo,
Humildad sin ser bajeza,
Sonrisa afable en los labios,
Palabras siempre discretas,
Levantados pensamientos

Y un alma grande y serena,
Eran todas cualidades
Que en público y sin reserva
En Vasco Núñez hallaba
La colonia casi entera.

Lejos de allí para siempre
El bachiller y Nicuesa,
Por jefe todos lo eligen
Y le juran obediencia,
Fundando en él la esperanza
De su futura grandeza

Ya el poder asegurado,
Fue su primer diligencia
Mandar a España a Zamudio
Con oro abundante y perlas,
Razones muy poderosas,
Para que allí lo defienda.

Igual misión da a Valdivia,
A fin de que con cautela
Le busque en la Isla Española
Opinión, apoyo y fuerzas;
En lo cuál Vasco probaba
Tener muy grande experiencia
Y viva fe en el proverbio:
«Dádivas quebrantan peñas.»

- VI -

En el nuevo ejercicio de su empleo

Ansioso Vasco Núñez deseaba
Probar que era tan útil para el mando
Gomo para el manejo de las armas.

He aquí lo que, pensando en lo futuro,
Consigo mismo en su interior hablaba:

-«Si logro osado conducir mi gente
A las ricas y espléndidas comarcas,
Donde el metal precioso encontrar pueda
Sin grave exposición y en abundancia;
Si en breve plazo remitir consigo
Oro en gran cantidad, que satisfaga
A la corte española y al Consejo,
Tengo ya mi fortuna asegurada,
Aunque una sedición sea el origen
De este poder que entre mis manos se halla;
Poder que, por el oro sostenido,
Inclinará a mi lado la balanza.»

Causábale inquietud la escasa gente
Allí dispuesta para empresas magnas,
Y pensar que el retorno de Valdivia
Largo tiempo quizás necesitaba.

Resuelve entonces enviar sus velas,
por ver si en la colonia desgraciada,
que en el Nombre de Dios fundado habían,
Algunos restos míseros hallaban.

Los pocos infelices que quedaron,
Perdida ya del todo la esperanza,
Elevaban al cielo sus clamores
Y de su vida el término anhelaban.
Mas cuando el bergantín llegó a la costa,
Al ver a sus valientes camaradas,
Que con amor los brazos les tendían
Y sabroso alimento les brindaban,
Súbito su honda pena y su amargura
En inmenso placer vieron trocadas;
Que no hay dicha mayor que un bien que llega
cuando ya recibirlo no se aguarda.

Al regresar la nave hacia La Antigua,
Navegando muy cerca de la playa,
Vieron dos indios que con grandes voces
Y en castellano puro los llamaban.

Causoles grande asombro aquel lenguaje,
Al verlos con sus flechas y su aljaba,
Desnudos y pintados, cual solían
Los individuos de las tribus bárbaras;
Mas, al verlos a bordo, comprendieron
Que eran dos hombres de española raza,
Que, por salvar la vida, las costumbres
Del salvaje adoptaron sin tardanza.

La tribu entre la cual se confundieron
Era de manso instinto, hospitalaria,
Y su jefe el intrépido Careta
De justo y gran prestigio disfrutaba
Por su rudo valor en los combates
Y en la paz su clemencia extraordinaria.

Recibió Vasco Núñez el refuerzo,
Que la velera nave le llevaba,
Con placer indecible, y sobre todo
Por aquellos intérpretes, que hablaban
El dialecto de algunas de las tribus
Que tenían su asiento en la comarca.

Los dos le refirieron que el cacique,
Que amparados los tuvo en su morada,
Gran cantidad de víveres y de oro

En su nativo pueblo conservaba;
Que el llegar desde allí a su residencia
Era cosa, a lo más, de una semana,
que el botín de guerra merecía
Emprender sin demora la jornada.

¡Horrible ingratitud! conducta aleve
La de aquellos dos hombres, que pagaban
Con ofensa cruel los beneficios
Del que les dio su apoyo en la desgracia.

¡Y llamaban salvaje a aquel guerrero!
¡Y ellos su ilustración preconizaban!
¡Qué sangriento sarcasmo de la fuerza!
¡Qué contraste entre el hecho y las palabras!

.....

Con ciento y treinta hombres escogidos
Y aquellos dos ingratos, que guiaban
La numerosa hueste, Vasco Núñez
Se encamina animoso a la comarca
De Coiba en que Careta residía.
Muy ageno del mal que le amagaba.

Sin hallar resistencia, el pueblo invade
Gamboa con sus fuerzas ordenadas,
Y el cacique contento lo recibe
Y con pródiga mano lo regala.

Hácele Vasco Núñez la exigencia
De que víveres lleve en abundancia
Para dar alimento a la colonia,
Y como a ello Careta se negara,
Pretextando escasez en sus dominios,
Uno de los dos guías se adelanta
Y al caudillo español dice en reserva:
Que, fingiendo creer en la palabra
Del indio, satisfecho se retire,
Y que a la noche de improviso caiga
Sobre el pueblo dormido y descuidado,
Y así verá qué víveres no faltan.

El plan, cual fue ideado, se ejecuta;
al regresar, entre las sombras vagas,
Queda el pobre cacique prisionero
Con todos los que fieles lo acompañan.

En vano son las súplicas fervientes,
En vano los lamentos y las lágrimas
Para aplacar al español guerrero,
Que un enojo profundo simulaba,

Careta entonces, con acento triste
Pero con voz segura y reposada,
Ante el caudillo ibero así se expresa,

Haciendo que traduzcan sus palabras:

-«Si eres hijo del cielo, como dicen,
Escucha, por piedad, mi queja amarga,
Y examina después nuestra conducta,
Y nuestro mutuo proceder compara.

Tú y tus gentes aquí sois extranjeros;
Al llegar a las puertas de mi casa,
De par en par las abro como amigo;
Con buena voluntad y sin tardanza
En ella os doy reposo y alimento.

¿Puedes algún delito echarme en cara?

¿Por qué entonces, oculto y a deshora,
Y en ademán hostil mi pueblo asaltas?

¿Por qué con mis mujeres y mis hijos
Prisionero de guerra me declaras?

¿Por qué, si vales más, no eres más justo,?

¿Acaso obrar así tu ley te manda?

Déjame en libertad. Cuanto poseo,
Cuanto las gentes de mi tribu guardan
De hoy más es para ti. ¿Viveres quieres?
Pues viveres tendrás en abundancia.

Sellemos hoy nuestra amistad perpetua,
Si mi amistad te place; y al sellarla,
La prenda te daré que más estimo.

Y asiendo de la mano a una zagala
Que en humilde actitud ante el cacique
Obediente se postra y resignada,
-Toma esta joven, dice conmovido;
Es mi hija predilecta; en tu compañía
Llévala a tu servicio; ámala mucho;
Y nuestra noble sangre, así mezclada,
Vínculo eterno entre nosotros sea,
Igual que en la fortuna en la desgracia.

Miró Balboa a la doncella india,
Cuya actitud modesta, realzada
por todos los encantos juveniles,
poderosa impresión causó en su alma.

Tomando a la doncella de la mano,
Dijo al cacique: -«Acepto tu alianza;
Eres ya libre; mi amistad te ofrezco
Como la tuya invariable y santa;
Tus amigos, desde ahora, mis amigos
Serán también; y si enemigos hallas.
Vengaré tus ofensas como mías
Con el tajante filo de mi espada.
En la paz y en la guerra, unidos siempre;
Y esta inocente joven, cuyas gracias

De temor se sobrecojen.

Después de un estrecho abrazo,
En que las lágrimas corren
De hija y padre, confundiendo
En ellas sus corazones,
Caretas a sus pueblos torna,
Donde en su noticia ponen
Que ponen, jefe enemigo,
Al son de los atambores
Reúne muchos guerreros
Con hostiles intenciones,
Jurando tomar venganza
De él y de los españoles.

Vasco Núñez la noticia
Recibe de estos rumores
Por los indios que de nuevo
Van a llevar provisiones.

Ochenta hombres esforzado
Entre los suyos escoge,
Y a defender a su amigo
Veloz como el viento corre.

- VIII -

En un bergantín ligero

Vasco Núñez de Balboa
Arriba pronto a las playas
de los dominios de Ponca,
Sale el indio a la cabeza
De sus aguerridas tropas,
Y es tan grande el entusiasmo
Con que a combatir se arrojan,
Que ni a las espadas temen,
Ni el arcabuz los asombra.

¡Nubes de flechas despiden
Que en los escudos se embotan;
Sus gritos el aire atruenan;
Su voz estridente y ronca
En las selvas se repite
Y los ecos las retornan.

El plomo hace horrible estrago
Entre las compactas hordas,
Mientras que el tajante acero
Desnudas carnes destroza.

Los más fuertes de la tribu

Grandes pelotones forman,
Y con su violento empuje
A los contrarios acosan.

Ya con la indígena sangre
Corre la Sangre española,
Tiñendo la blanca arena
De infinitas manchas rojas,
Y los cadáveres cubren
El campo en inmensa alfombra,

El último esfuerzo intentan
Ya con insistencia loca;
Mas, viendo a los extranjeros
Cubiertos de férrea cota,
Que ante el número no ceden,
Ni sus filas se aminoran,
Por seres invulnerables
Los juzgan; miedo les cobran,
Y, huyendo despavoridos,
Arcos y flechas arrojan
Y cuantos objetos llevan
Que para la fuga estorban.

Fue el pánico tan horrible,
Y tan grande la derrota,
Que ni el hogar los detiene,
Ni sus deudos les importan.

Mujeres, niños y ancianos,
Al ver cuál los abandonan
A su suerte los guerreros,
De la noche entre las sombras
Huyen, pidiendo un amparo
A las selvas más recónditas.

Las gentes de Vasco Núñez,
En jornada tan heroica,
De muertos y fugitivos
Inmenso botín acopian,
Y en el pueblo abandonado
Su afán de riquezas colman.
Animosos y triunfantes
La vuelta dan hacia Coiba,
Donde Careta, instruido
De su completa victoria,
De nuevo los agasaja
Con fiestas muy suntuosas,
Mientras que sus protectores
De las fatigas reposan.

- IX -

Cerca de Coiba la pujante tribu

Del cacique Comagre tiene asiento,
Tribu que por valiente es reputada,
Y que puede aprontar tres mil guerreros.

Fama tiene también por las riquezas
Y la fertilidad de su terreno,
Donde nunca faltaron provisiones
Para la dicha y bienestar del pueblo.

Con tan gratas noticias, confirmadas
Por Careta y sus jefes más expertos,
Vasco Núñez resuelve visitarlo,
Y al efecto se envían mensajeros.

Después de descansar algunos días,
Pónense en ordenado movimiento
Las huestes españolas; Colmenares,
Famoso capitán, bravo y resuelto,
Toma de orden del jefe la vanguardia;
Careta envía en su acompañamiento
De sus indios de carga los más fuertes
Y un grupo numeroso de flecheros.

Cuando supo Comagre la llegada
Del invicto español, salió a su encuentro
Con siete de sus hijos, valerosos,
Inteligentes y ágiles mancebos.

Pasadas las primeras cortesías,
Promesas de lealtad y mutuo afecto.
Condújolos Comadre a su morada,
Que era una especie de pajizo templo
Con tres naves extensas y anchurosas,
Bien repartidas en departamentos
Por tabiques de sólidas cortezas,
Bejucos y bambúes gigantesco.

Eran unas, despensas bien provistas
De frutos conservados con esmero;
Otras, de su familia habitaciones,
Donde en grato y armónico concierto
Moraban las esposas del cacique
Con sus esclavas e hijos pequeñuelos;
Pero lo más notable que allí había
Era un extraño y fúnebre aposento,
Donde en momias se hallaban conservados
De cien caciques venerables restos,
Ya con profuso adorno de oro y perlas,
Ya en ricas mantas de algodón envueltos.

De Vasco Núñez de Balboa al lado,

Sin cesar admirando al extranjero,
Iba un gallardo joven, del cacique
Orgullo y esperanza: el primogénito.

De genio observador, el joven indio
A comprender llegó por varios gestos,
La impresión que a sus huéspedes causaba
El oro que él miraba con desprecio;
Y para dar al jefe castellano
Una prueba palpable de su afecto,
Terminado el espléndido convite,
Dado de aquellos hombres en obsequio,
El hijo de Comagre se presenta,
A unos cuantos esclavos precediendo,
Que en anchas y hondas conchas de tortuga
Conducen un presente, magno, regio,
De piezas de oro de distintas formas
Y de un valor extraordinario, inmenso.

De la casa en el pórtico se hallaban,
Y, al ver el jefe el asombroso efecto
Que en todos sus soldados producía
La vista de aquel oro, en el momento
Mandó que sin tardar se repartiese,
Después de separar el tesorero
El quinto real o parte que al Monarca
Español le tocaba de derecho.

Vivamente excitada la codicia
De aquellos hombres rudos y groseros,
Su parte recibían, la guardaban
Con ademán desconfiado y fiero,
Y los ojos fijaban con envidia
En la ansiada porción del lote ajeno.

Disputa acalorada, interminable,
Imprecaciones mil y juramentos
La insaciable ambición manifestaban
Del altivo y procaz aventurero;
Visto lo cual, el joven generoso,
El autor de regalo tan espléndido,
El salvaje ignorante, que sentía
La triste humillación de aquellos hechos,
Adelántase altivo; a la balanza,
Llena del vil metal, golpe tremendo
Asesta con el pié, desparramando
Todas las piezas de oro por el suelo,
Y con la frente erguida, así les dice:
«-No corresponde, altivos extranjeros,
A vuestra condición y a vuestra fama
Lo que ahora por mis ojos estoy viendo.

¿Merece ese metal tan despreciable
El afán que mostráis en poseerlo?
¿Merece abandonar patria y familia,
Arriesgar la existencia, extraños reinos
Invadir, y turbar la dulce calma
De los que nunca, en nada, os ofendieron?

Si es tanta y tanta vuestra sed de oro,
Cese vuestra inquietud, que yo os prometo
Que lo obtendréis en cantidad tan grande,
Que sobrepujará vuestros deseos.

¿Veis aquellas montañas elevadas?
(señalando hacia el Sur siguió diciendo):
Pues más allá sus claras ondas riza
Un mar profundo, dilatado, inmenso.

A orillas de ese mar viven naciones
Cuyos monarcas son tan opulentos,
Que se sirven del oro, cual vosotros
Del tosco barro o abundante hierro.»

Emoción tan profunda en Vasco Núñez
Las palabras del indio produjeron,
Que el llegar a aquel mar no sospechado
De entonces fue su solo pensamiento.

Ni el templo de Dobaybá henchido de oro,
Que allí fijaban los indianos cuentos,
Y que fue una ilusión como El Dorado,
Y cual la sacra fuente de Juvencio,
Que del noble Quesada y de Juan Ponce
Acariciaron los felices sueños;
Ni las riquezas que con mano pródiga
Del Darien le brindaba el fértil suelo:
Ni el poder soberano que ejercía,
Ni el amoroso y grande y puro afecto
Que en fáciles beldades encontraba,
Eran ya un incentivo a su deseo.

Sólo aquel ancho mar desconocido,
Su famoso y feliz descubrimiento,
Su espíritu ardoroso preocupaba.
Unir su nombre a tan glorioso hecho
Y ser otro Colón, era el resumen
De su única esperanza y de su anhelo.

En estos pensamientos embebido,
Llamó aparte al intrépido mancebo;
Hízole mil preguntas, mil promesas,
Inquirió la distancia, el derrotero
Que debiera seguir, no los escollos
Que oponerse pudieran a su esfuerzo,
Porque no hubo jamás dificultades

Para la voluntad de firme acero
Conque aquellos titanes realizaban
De epopeyas sublimes los portentos.

Oyole entusiasmado el joven indio;
Pasó del entusiasmo al ardimiento,
Y díjole por último: «-La empresa
Es muy difícil y abundante en riesgos.

Dos mil hombres armados cual los tuyos
Y un jefe de tu arrojo y de tu aliento
Podrán realizarla, si la suerte
Su favor no les niega; y pues resuelto
Estás, según lo indican tus palabras,
De mi amistad en nombre yo te ruego
Que con algunas gentes de mi tribu
Me aceptes como humilde compañero,
No a compartir tu gloria, sino sólo
A ser testigo y a admirar tus hechos.»

Asombrado escuchole Vasco Núñez,
Y por respuesta lo estrechó a su seno,
Ofreciendo avisarle de antemano,
Y entre los suyos reservarle un puesto,
Luego que para empresa tan grandiosa
Estuviesen ya en orden los aprestos.

- X -

De regreso Vasco Núñez

A la ciudad de La Antigua,
Con oro en grande abundancia
Y con tan faustas noticias,
Halló que una carabela
Al puerto llegado había
Con algunas provisiones
Transportadas por Valdivia,
Como éstas eran escasa,
Y acelerar pretendía
Su acariciado viaje,
Dispuso nueva partida,
Em que el mismo mensajero
Vuelva a la Española isla,
Con gran provisión de oro
Y perlas de las más finas,
A pedir al Almirante
Recursos, que le permitan
Acometer la ardua empresa,
Que es la ilusión de su vida.

De España, en tanto, Zamudio
Con dolor le comunica
Que las gestiones de Enciso
Triunfado en la corte habían,
Y que la sentencia aguarda,
Que contra Vasco se expida,
Para que de su gobierno
Cuenta ante el Consejo rinda.

El jefe de la colonia
Siente una profunda herida
En su corazón abierta;
Pero en su estrella confía,
Pensando en que, si al fin logra
Dar a sus proyectos cima,
El esplendor de su triunfo
hará impotente la envidia.

Con escasa gente cuenta;
Pero es gente decidida,
y por su franco carácter,
Casi toda le es adicta.

El tiempo es breve y precioso,
Y al cabo se determina
A no perder un momento;
Y a sus tropas comunica
El pensamiento grandioso
que exalta su fantasía.

Los bravos aventureros,
Que alma bien templada abrigan,
Todos su ayuda prometen
Y a salir pronto lo animan.

Escoge ciento noventa
Entre todos los que había,
Y, armándolos de arcabuces,
O escudo, ballesta y pica,
Toma doscientos guerreros
De las falanges indígenas
Y algunos perros de presa,
Que tanto al indio intimidan,
Y embarcados hasta Coiba,
Y en Dios fiados, inician
Un hecho de los más grandes
Que las historias registran.

Si llegaran a faltarle,
Pudieran ser un escollo
Para seguir adelante,
Decidió dejar en Coiba,
Para custodiar las naves,
La mitad de los guerreros
Resueltos a acompañarle.

Algunos de los soldados
Se quedan de mal talante,
Pero obedecen al jefe,
Que la promesa les hace
De que el botín que se junte
Será por iguales partes
Entre todos repartido,
Luego que allí regresaren.

De los indios aliados
En la expedición no salen
Sino los que necesitan
Para llevar el bagaje;
Y por las tierras de Ponca
Llenos de entusiasmo parten.

Amedrentado el cacique,
Se oculta en las soledades
De sus montañas; mas luego,
De Vasco a invitación sale,
Y su amistad le promete
Y le presta auxilios grandes
De víveres y cargueros
Y guías que le señalen
Los caminos de las selvas
Que ellos solamente saben.

Ponca, en reserva, al caudillo
Da noticias importantes
Sobre la región que busca
Y el mar que sus costas lame,
Y a sus súbditos previene
Que lealtad sumisa guarden.

Hechos los preparativos,
Emprenden luego el viaje,
Después de rogar al cielo
Que sus designios ampare.

Poco, sin embargo, avanzan
Por aquel país salvaje,
Donde los bosques espesos,
Los ríos invadables,
Las murallas de granito,
Y los pantanosos valles

Son otras tantas barreras,
A veces tan formidables,
Que casi el valor agotan
De aquellos rudos titanes.

Los víveres escasean,
Mas ninguno osa quejarse,
Por sostenerse a la altura
De su fama en aquel trance.

Ya de la empinada sierra
Llegando a la última base,
Los dilatados dominios
De un fiero cacique invaden,
Que, estando en guerra con Ponca,
Sale el paso a disputarles
Con los más bravos guerreros
Que cuenta entre sus falanjes.

Muchos de los españoles,
Extenuados por el hambre,
Por el cansancio y la fiebre,
No sirven para el combate;
Vasco Núñez cuenta apenas
Con un grupo miserable
Para luchar con las huestes
Que amenazan destrozarle;
Pero resuelto, animoso,
Su serenidad le vale;
Y aprovechando el momento
Que juzga más favorable,
Los arcabuces dispara,
Y con el estruendo que hacen,
Y los indios que sucumben
Del Plomo al terrible alcance,
y los perros que acometen,
Ansiosos, fieros, voraces,
Lanzando agudos ladridos,
Pronto el ánimo decae
De aquella gente espantada
Ante prodigios que nadie
Puede explicar, ni comprende
Como cosas naturales.

Al huir despavoridos,
Muchos prisioneros caen,
Que utiliza Vasco Núñez
Para cargar sus bagajes
Y para servir de guías
Por aquellas soledades.

En el pueblo abandonado

Oro de muchos quilates
Hallan, que al punto recogen
En enormes cantidades;
Y, libres ya de enemigos,
Logran seguir adelante.

- XII -

Aquella larga noche se detienen

Al mismo pie de la escarpada cumbre,
Desde la cuál del suspirado Océano
Las argentadas olas se descubren.

¡Noche de afán! En el cerebro hirviente
Del activo, incansable Vasco Núñez
Vagos ensueños de ambición y gloria
Se agitan, se atropellan y confunden.

La predicción de un sabio nigromante
Se le presenta como oscura nube;
De ella un fantasma ensangrentado brota
Que en rojo manto sus heridas cubre.

Mientras le anuncia un eco que su nombre
De la inmortalidad al templo sube,
Lanza el espectro horrible carcajada,
Se burla de su fe, hiérole y huye.

El héroe se despierta horrorizado,
Su espada empuña, el estupor sacude,
Mira en redor, y por la vez primera
La densa oscuridad miedo le infunde.

Cuando el primer albor de la mañana
Dora los montes con su tenue lumbre,
El capitán anima a sus guerreros
Que, firme el paso, por la loma suben,
Ansiosos de añadir a sus laureles
Un hecho grande, que su nombre illustre.

Ya el almo sol a su zenit se acerca:
El hombre, que a la gloria los conduce,
Quiere ser el primero que su planta
Fije del monte en la empinada cúspide.

Se oye la voz de mando, que detiene
Allí la entusiasmada muchedumbre.
El jefe asciende sólo... al alto llega...
Absorto se arrodilla... se descubre...
Y, extendiendo los brazos adelante,
¡Gracias, exclama, Oh Dios, que verlo pude!

- XIII -

Cuando las tropas llegaron

Del monte a la enhiesta cima,
Vasco Núñez de Balboa
Aún estaba de rodillas.

De placer dos gruesas lágrimas
Por su faz lentas corrían,
Y él, trémulo y silencioso,
Y con la mirada fija,
Contemplaba el horizonte
Que allá en el mar se perdía.

Dos jornadas más... y tocan
Las encantadas orillas,
Donde las perlas y el oro,
En abundancia infinita,
Colmar pueden los deseos
De la insaciable codicia,

Luego que a las playas llegan
Dan a Dios gracias rendidas;
Y el descubridor intrépido,
Con el agua a la rodilla
Y el estandarte en la mano,
La espada en el aire agita,
Y de aquel mar insondable,
De aquellas frondosas islas,
De aquellas tupidas selvas,
De aquella tierra bendita
Toma posesión, en nombre
De los reyes de Castilla.

Epílogo

Del cacique Careta en territorio

Vese una nueva población alzada.
Por el protagonista de esta historia,
Cuando llevó su incomprensible audacia
Hasta cruzar las mágicas riberas
Del mar del Sur con naves trasportadas
Desde la orilla opuesta del de Atlante,
Al través de las ásperas montañas,
En fragmentos por hombres conducidos:
¡Maravilla sublime de constancia!

Acla se llama el incipiente pueblo;
Pero ¿qué es lo que está pasando en Acla,
Que nadie cruza sus desiertas calles;

Que, cerradas sus puertas y ventanas,
Parece abandonado cementerio?

En medio de su plaza solitaria
Aquel espanto general produce
Un cadalso que en ella se levanta.
Sólo turba el silencio algún sollozo
De un pecho comprimido, que se escapa,
A pesar del esfuerzo en ocultarlo,
Para evitar de un monstruo la venganza.

.....

De un arcabuz el estampido suena,
Y un ¡ay! doliente por do quier estalla.
¡Es la señal!... Redoblan los tambores;
Ábrese la prisión, y de ella sacan,
Entre soldados, que el temor revelan
En su triste y recóndita mirada,
Un hombre por cadenas aherrojado,
Que a paso firme hacia el suplicio avanza.
A un lado y otro su mirada extiende...
Nadie... sino la escolta que lo guarda,
El sacerdote que hacia Dios lo guía
Y el verdugo que al hombro lleva el hacha.

Sólo un espectador aquella escena
Espía oculto, devorando en su alma
El tormento feroz que la destroza,
De la conciencia el grito que lo espanta,
Profundo, aterrador, inexorable,
Tortura más cruel y despiadada
Que el castigo terrible que él impone.

¿Quién es el hombre aquél? Pedrarias Dávila,
Nuevo Gobernador de la colonia,
Encarnación del mal, fiera taimada
En cuyo inmundo corazón anidan
Las pasiones más viles y bastardas:
La ambición que alimenta el egoísmo,
La envidia que corroe las entrañas,
El rencor que la ofensa no perdona,
El orgullo que aturde y ciega y mata.

¿Quién es la pobre víctima, que llega
Y sube del patíbulo las gradas?
Es un joven apuesto y vigoroso,
Es Vasco Núñez, cuya suerte ingrata
Un rival desalmado, inicuo, aleve,
Para hacer su infortunio le depara.

La actitud imponente de la víctima
Sus celos dobla y su furor exalta.
A la muerte va impávido y sereno,

En su frente espaciosa se retrata
La inteligencia que su ser anima;
Su carácter entero, en su mirada;
El profundo dolor que su alma siente,
En el calor de una furtiva lágrima,
Y el desdén por la vida y por los hombres,
En la que eleva a Dios, tierna plegaria.

Aureola de gloria le circunda;
Su nombre es difundido por la fama;
Consérvanle su amor en la colonia
Y lloran los soldados su desgracia;
Mas ni uno solo a provocar se atreve
La cólera del tigre desbordada.

Cuando el pregón sus crímenes denuncia,
Y de infame y traidor al Rey lo trata,
Se oye una voz que grita: ¡Miente! ¡Miente!
Y una mujer, que el sello de su raza
En su tostado rostro impreso lleva,
Hasta las gradas del cadalso avanza;
Los brazos tiende; con ahogado grito
¡Perdón! ¡Perdón! entre sollozos clama;
Pero, al ver levantada la cuchilla,
Un, ¡ay! desgarrador su pecho exhala;
Entrambas manos elevando al cielo,
Cae sobre sí misma desplomada,
Y, cual si un rayo el corazón le hiriese,
Su vida, a un tiempo, y su dolor acaban.

Entre la doble fila de soldados
Sordo rumor, al verla, se levanta;
Pero de nuevo la señal escuchan
Y todos tiemblan y sumisos callan.

Desciende airado el vengativo acero;
Corta de Vasco Núñez la garganta;
Rueda entre el polvo su cabeza altiva;
Su egregia, ilustre sangre el suelo empapa,
Y el alma de aquel mártir se remonta
Hasta el seno de Dios purificada.

Vasco dejó en el mundo por herencia
Sus altos hechos, que la historia guarda,
Y un claro nombre, venerado siempre,
Mientras que dure aquí la raza humana.
En cambio, el mundo llamará asesino
Al vengativo y bárbaro Pedrarias,
Acompañando a su execrable nombre
Imborrable baldón, eterna infamia.

El invierno en Madrid

Historia de dos constipados

Primera parte

I

Era a fines de Octubre.

En las crestas del alto Guadarrama
Ya una grande extensión la nieve cubre;
El viento Norte su hálito derrama
Sobre la áspera arruga del planeta,
Que en una contracción de su envoltura
Se frunció cual se frunce una coqueta
Que, sintiendo eclipsar su poderío,
Algo de su calor guardar procura
Antes que a sus entrañas llegue el frío.

II

En una ancha explanada,
De graníticas moles erizada,
Donde al través de mil generaciones
Nunca el blanco sudario
Alcanzó a derretir del sol la lumbre,
Sobre la enhiesta cumbre
De un gran peñón erguido y solitario,
Que por un lado su dominio extiende
A la ondulosa tierra segoviana
Y por el otro al arenal terciario
Que en sus extensos límites comprende
La capital de la nación hispana;
Bajo una nube de color plumizo
Que entre rayos y truenos despedía
Avalanchas de nieve y de granizo,
Asomó una figura gigantesca,
De aspecto aterrador y faz sombría.
Pielas de oso polar eran su manto,
Bajo el cuál convulsivos trepidaban
Sus miembros colosales,
Difundiendo en redor miedo y espanto.
De sus fosas nasales
Poderosas y rápidas corrientes
De helada y densa niebla se escapaban,
Y rechinaban sin cesar sus dientes
Movidos por el frío sempiterno:

Aquel horrible mónstruo era el Invierno,

III

A su voz estridente y poderosa
Acudió la falange numerosa
De sus hijos amados,
Todos de inanición extenuados
Por el forzoso ayuno
A que los obligó con sus calores
El verano importuno:
Los catarros, que en alas de los vientos
Entran como traidores
En los más abrigados aposentos;
Los simples resfriados,
Los duros y tenaces constipados,
Los tercos romadizos
Que afean de las damas los hechizos,
Tornando sus narices y sus labios
De rosado color o blanco mate
En el rojo subido del tomate;
Los morados y fieros sabañones
Que, no contentos con hacer agravios
En las manos y pies a los pacientes,
Que exhalan de dolor amargas quejas,
Alguna vez se ceban inclementes
Con saña singular en las orejas;
Y por último, el grupo innumerable
De horribles pulmonías,
Bronquitis, pleuresías,
Asmas y reumatismos,
Que en serie interminable
Son el tormento de la raza humana,
A quien persiguen con su furia insana
Hasta hundir su existencia en los abismos.

IV

De su inmensa cohorte rodeado,
Por cien coros de toses aclamado,
El Invierno gritó con voz de trueno:
«¡Hijos del alma mía!
Con el mes de Noviembre llega el día
De nuestra dicha y del dolor ajeno.
En esa extensa y árida llanura,
Allá, hacia el Sur, mirad cuál se destaca
La presa que indefensa y bien segura
Nos entregó la dinastía austriaca;
Aquel monarca austero, de alma fría

Y corazón cual páramo desierto,
Que halló en su rencorosa alevosía
El modo de matar después de muerto.
Allí están nuestras víctimas; los años
De lucha, sostenida inútilmente
Con mi aguerrida y valerosa gente,
No han podido formar sus desengaños;
Y cuanto más y más se civilizan,
Van remachando más los eslabones
Conque unidos están a nuestro yugo;
En vano serán ya sus maldiciones,
Pues voluntariamente se esclavizan
Al que ellos llaman su cruel verdugo.»

V

«Los caminos de hierro,
Las costosas y espléndidas moradas
Que en su recinto sin cesar construyen,
Y sus instituciones malhadadas,
Como amarrado a su cadena el perro,
En siervos del dolor los constituyen.
La clase proletaria
Cede a nuestros ataques voluntaria,
Y en su covacha tétrica y sombría,
Por falta de calor y de alimento,
Para librarse pronto del tormento
Recibe con amor la pulmonía.»
«En cambio, el orgulloso
Magnate, en su palacio suntuoso,
Desafiando al cielo y a la tierra,
Todas sus puertas con cristales cierra;
Entre alfombras y pieles perfumadas,
Butacas abrigadas
Y Persianos tapices,
Se resguarda del frío,
Elevando el calor en ocasiones
A la temperatura del estío.
Si, buscando el placer, las diversiones
Le obligan a salir, el coche encuentra;
Baja siempre cubierto y bien tapado
Para no respirar el viento helado...
Pero ¡ay! que mientras sale, o cuando entra,
Por más que al arte en su socorro llama,
Lo hace víctima suya un hijo mío,
Que a herirle sin piedad bajó con brío
Entre el viento sutil del Guadarrama.»

VI

Cuando los combatientes agrupados
Formaban ya compactos pelotones
Dirigidos por jefes denodados,
Llevando como insignia en sus pendones
El dolor y la muerte retratados;
Al ver huir al desabrido Otoño,
Clemente por demás e inofensivo,
Fijolos desde luego el atractivo
De la villa del oso y del madroño.
El Invierno inclemente
La última arena dirigió a su gente,
Para que en las batallas formidables,
Esgrimiendo sus armas poderosas,
Fuesen con el vencido inexorables.
Movi6 Aquil6n sus alas procelosas,
Las masas se agitaron,
Y de este himno al comp6s todos marcharon.

Himno

Honor al gran Felipe
Que dej6 en nuestra mano
Su cetro de tirano,
Su aliento destructor.
6l fij6 su morada
Donde reina la muerte,
Haciendo de esa suerte
Perpetuo su rencor.

Aires sutiles,
Vientos lijeros
De las quebradas
Y ventisqueros:
Venid, venid,
Y llevadnos propicios
Sobre Madrid.

VII

Cual furioso torrente desbordado
Baja de la alta sierra a la llanura,
As6 el feroz ej6rcito, impulsado
Por los vientos del Norte,
Penetr6 con fam6lica bravura
En el recinto de la Villa y Corte.
Los bailes, los brillantes coliseos,
Las tertulias de tono,
A donde van ef6meras beldades

A cimentar su trono
Sobre ardientes e impúdicos deseos,
Con el seno desnudo,
A despecho del padre o del esposo
Que son, fuera de allí, sostenedores
De la moral, y su mejor escudo
Contra estos tiempos libres, destructores
Del doméstico hogar y su reposo;
Las dementes orgías,
Los sucios lupanares,
Los cafés concurridos y lujosos,
Donde pasan las noches y los días
Centenares de ociosos,
Desventuradas gentes
Sin familia, sin patria y sin hogares,
Respirando un ambiente envenado,
Lleno de emanaciones
Acres y pestilentes,
Casi siempre de oxígeno privado,
Que lleva la opresión a los pulmones;
Todos estos lugares
Fueron sitio estratégico elegido
Por el activo ejército, engreído
En lo fácil, espléndida y notoria
Que fue siempre a sus armas la victoria.

VIII

En la ruda campaña
De aquel Invierno, como todos crudo,
Sufrió y lloró la capital de España
Las desgracias sin cuento
Que no quiso evitar, o que no pudo;
Elevose fastuoso monumento
Al que murió opulento;
Hubo una tosca cruz pobre y sencilla,
O tal vez no hubo nada,
Para el que falleció en una buhardilla
Cual víctima del mundo abandonada;
Y al asomar la alegre Primavera,
Derritiendo la nieve
El aliento de Abril blando y suave,
Quedó en el Guadarrama un manto leve,
Deshecho ya en jirones;
Tocaron retirada las legiones
Del Invierno aterido,
Y los muertos y el susto y los cuidados
Fueron por los vivientes arrojados

En el profundo seno del olvido.

Segunda parte

I

Dos de los Constipados más audaces,
Fieros y pertinaces,
Que acababan más tarde su tarea,
Concibieron la idea,
Al llegar a Madrid, de volver juntos,
Después de hacer su respectivo ensayo;
Y se alejaron por diversos puntos,
Dándose cita para el Dos de Mayo,
En el lugar donde Madrid entero
Celebra el patriotismo
Del pueblo generoso
Que prefirió morir con heroísmo
A soportar del pérfido extranjero
El yugo abrumador e ignominioso.

II

Érase una mañana
Envuelta entre perfumes y armonía:
Desde Atocha a la Fuente Castellana
La tropa engalanada se extendía;
Las campanas su fúnebre lamento
Con lenguas de metal daban al viento;
En la iglesia mayor se congregaban
Entre el mundo oficial que presidía,
Los venerables restos que aun guardaban
Recuerdos personales de aquel día
En que la audaz manola y el chispero,
secundando el ardor del artillero,
A la Europa asombrada demostraron
Que un pueblo varonil no se amedrenta,
Y que los que al tirano rechazaron
Sufren la muerte pero no la afrenta.

III

Desfiló luego el fúnebre cortejo
Entre la abigarrada muchedumbre
Que acude por costumbre
A admirar el valor del Madrid viejo,
Y que, si un caso igual sobreviniera,
Hoy, tal vez, asustada,
Débil y afeminada

Por huir del peligro se escondiera.
Tronó el cañón; descargas a porfía
Hizo la infantería,
Pasó la procesión cual todo pasa,
Y una o dos horas antes de la noche,
Todos para la ajena o propia casa
Fuéronse, unos a pie y otros en coche.

IV

Ya espiraba la tarde
Cuando, sentado al pie del obelisco
Que en honor de Daoiz y Velarde
El pueblo de Madrid ha levantado,
Viose, solo, apoyado sobre un risco,
Un triste y macilento Constipado,
De aspecto miserable y faz sombría,
Que fantástica sombra parecía.
A poco asoma por el lado opuesto
Otro individuo, del primero hermano,
Gordo y rollizo y de agradable gesto,
Que al ver al débil le tendió la mano.

V

-¡Hermano de mi alma!- el flaco grita
Con la voz gutural casi apagada;
Ya creí que mi suerte malhadada
Lejos de este lugar me detuviera,
Sin dejarme acudir a nuestra cita.
¡Dichoso tú que vuelves gordo y bueno
Hacia el paterno hogar! Yo... ¡desdichado!
Estoy de tal manera
Débil y extenuado,
Que no podré llegar aunque quisiera.
-¿Qué te ha pasado? el gordo le replica.
-Que por ser testarudo e impaciente,
Desdeñoso olvidé la gente rica
Y mi tiempo gastó con mala gente.
Escucha, hermano, mi infeliz historia,
Y procura guardarla en tu memoria.

VI

Apenas, al llegar, nos separamos,
Entré por una calle estrecha, umbría,
Donde estaba el taller de un carpintero,
Al ver el poco abrigo que tenía,
Me apoderé del hombre por entero,
Y el infeliz y yo nos abrazamos.

Con fría indiferencia
Mi abrazo recibió; siguió tranquilo;
Trabajó sin cesar, con impaciencia,
Hasta sudar el quilo,
Y yo, al cabo de un mes, viendo mi trama
Inútil y deshecha,
Pues en tan larga fecha
Ni un sólo día se quedó en la cama,
Me aparté de él mohino y cabizbajo,
Perdiendo así mi tiempo y mi trabajo.

VII

Como salí de allí con tanta prisa
Por hallar fácilmente otro acomodo,
Vi un albañil en mangas de camisa
Y de él me apoderé de todo en todo.
Tampoco el albañil me tomó en serio;
Siguió con sus tareas,
Y a no ser porque a veces
Con ademanes torpes y soeces
Y palabras muy feas
Solía dirigirme un improperio,
En nada revelaba el desdichado
Llevar en su interior un constipado

VIII

Una de esas mañanas
Frías, desapacibles y angustiosas
En que de nuestro padre el soplo fiero
Doblaba las escarchas de Febrero,
Después de tres semanas,
Para mí cuanto estériles, penosas,
Subió el pobre albañil helado y yerto
A un andamio elevado
Que daba frente al tremebundo puerto;
Allí, tras de una tos y un estornudo
Que lo dejó del todo trastornado,
Se quiso sostener, pero no pudo,
Y exclamando: ¡Dios mío!
Dejó volar su cuerpo en el vacío,
Y cayendo entre escombros, quedó muerto.

IX

Del cadáver huí precipitado;
Y a pesar de tener naturaleza
Propia de constipado,
Sentí también un frío penetrante.

Con la mayor presteza
Seguí siempre adelante;
Hallé al paso la fragua de un herrero,
Donde un cíclope altivo, de dos ojos,
Sobre un hierro candente machacaba.
El infeliz sudaba,
Mientras con golpe rápido y certero
Hacía desprender chispazos rojos
Del hierro incandescente.
A pesar de lo mucho que sudaba,
A la puerta salió desprevenido;
Yo le enfrió el sudor, y prontamente
Lo dejé a mi influencia sometido.

X

El despiadado herrero,
igual que el albañil y el carpintero,
De mí no se cuidó poco ni mucho;
Por meterlo en la cama
Una vez y otra vez en vano lucho;
De la fragua el calor me desespera
Cuando no con el humo, con la llama;
Y aunque tose mil veces y estornuda,
Su trabajo no altera,
Y sigue machacando, y suda, y suda...
Hasta que, viendo que el sudor me ahogaba,
En la víspera ya de nuestra cita,
Aunque cansado y débil me encontraba,
Salí de aquella casa tan maldita.

XI

-¡Desventurado hermano! -exclamó el gordo;
Todo el que loco en su interés no piensa,
Y a sus justos clamores se hace sordo,
Suele alcanzar la misma recompensa.
Yo también pude acomodarme presto
Con la gente ruin que me encontraba,
Mas preferí buscar un alto puesto;
Y como todo el que a medrar se aplica,
En dos días hallé lo que buscaba.
A la Plaza de Oriente,
Donde suele vivir gente muy rica,
Encaminé mis pasos diligente.
A un cuarto principal subí ligero,
Después de averiguar por el portero
Que en él un buen canónigo vivía,
Rollizo y colorado,

Por dos santas mujeres muy cuidado.
Busqué al punto la alcoba en que dormía
Y planté junto al lecho mis reales,
Confiado en que acaso la fortuna,
Pocas veces propicia a los mortales,
A mi anheloso afán presentaría
Ocasión oportuna
Para, salvo el respeto a la corona,
Entrar en posesión de su persona.

XII

Así el tiempo pasaba,
Y nunca el buen señor se descuidaba:
Con doble o triple abrigo
Lo hallaba al acostarse y levantarse;
Difícil era entrar por ningún lado.
Yo estaba ya cansado
De aguardar y aguardar inútilmente...
Otro llegara ya a desesperarse;
Pero yo eché mis cuentas bien conmigo
Y sufrido y paciente
Esperé con cachaza,
Recordando el refrán tan elocuente
De que aquél que porfía mata caza.

XIII

Una mañana... entraba la doncella
A llevarle a la cama el chocolate;
La muchacha era joven, limpia y bella
Y de pudor el corazón le late.
Al dar con humildad los buenos días,
El señor se incorpora
A recibir la taza de su mano,
Diciendo: -Ya pensé que no venías,
¿Es muy tarde? -Señor, aún es temprano
Y esta noche ha caído mucha escarcha.
-Entonces, hija mía, al punto marcha
-Y trae una bayeta bien caliente
Que me abrigue los pies, y me la pones,
A ver si se me van los sabañones.

XIV

La muchacha azorada
Llegó con la bayeta de puntillas,
Mientras él apuraba el refrigerio
Del rico soconusco y la ensaimada;
La ropa levantó con gran misterio...

Pero al pobre señor le hizo cosquillas,
Dio un salto, se cayó la cobertera...
Y yo, aquella ocasión aprovechando,
Con él al punto me metí en el lecho,
Mientras la chica se escapó ligera,
Exclamando con risa: -¡Buen provecho!

XV

Apenas el canónigo panzudo
Dio el primer estornudo,
Gritó desesperado:
-¡Sea todo por Dios! ¡Qué aciago día!
¡Al fin me he constipado
Tal vez por culpa de ella... o por la mía!
Aquella misma tarde
Llegó el médico a verlo con premura,
Y haciendo vano alarde
De extraño tecnicismo,
Declaró que tenía calentura
Y le mandó aplicar un sinapismo.

XVI

Por más de cuatro meses el cuitado
Del todo se entregó a la medicina,
Y yo estuve con él muy regalado
Con pavo, con jamón y con gallina.
Para excitar del padre el apetito
Llevaban siempre vino generoso,
Y como era también algo goloso,
Un dulce de las monjas exquisito.
Ya, concluyendo Abril, el lecho blando
Dejó, para seguir entre vidrieras,
En mi sólo pensando;
Y cuando ya las auras placenteras,
Envolviendo purísimos aromas,
Entraron con calor por sus balcones,
Huyeron los molestos sabañones,
Y yo con pena grave e infinita
Lo dejé, recordando nuestra cita.

XVII

Y esto diciendo, a su infeliz hermano
Tomó con gran cariño de la mano
Para poder llegar a su destino.
Ayudándole siempre en el camino
La jornada emprendieron,
Y al cabo de Madrid se despidieron

Como suelen hacer los pretendientes:
Unos llenos de gozo y sonrientes,
Cuando llevan jamón, gallina y pavo,
Otros alicaídos,
Cuando, tras de un trabajo infructuoso,
Su esperanza y su tiempo ven perdidos,
Y el madroño y el oso,
De que fueron imbéciles esclavos,
Les arrancan los últimos ochavos.
Alcalá de Guadaira, 31 de Diciembre de 1888.

Alfa y omega

Trilogía leída (la primera parte) en el ateneo de Madrid el 15 de diciembre de 1889

Primera parte

El canal interoceánico

Oda dedicada al Genio del ingenio, Mr. Ferdinand de Lesseps.

Comprende el Génesis de nuestro globo, según la ciencia, y los principales triunfos de la humanidad, según la historia.

Dios, el genio del hombre, que adivina,
La ciencia, el interés de las naciones,
El afán de progreso inextinguible
Que, cual buitre insaciable,
Las entrañas devora
Del nuevo Prometeo,
Buscando en lo asombroso, en lo imposible,
Saciar la inmensidad de su deseo;
Todo a la ansiosa humanidad revela
Que ha llegado la hora
De convertir en realidad palpable
Lo que el genio del hombre presentía,
Lo que el progreso humano ambicionaba,
Lo que la ciencia demostrar quería,
Lo que de Dios el dedo señalaba,
Lo que no es ya un prodigio sobrehumano:
Unir un Océano a otro Océano.

Desde el principio, el Universo entero

En la mente creadora ya existía.
Cuando a su voluntad omnipotente,
La cósmica materia obedeciendo,
Se agrupó en los espacios infinitos
Para formar el globo incandescente
Que completar debía
De la serie de mundos la armonía;
Átomo imperceptible
Ante la inmensidad de lo creado,
La esfera en que existimos
Se lanzó por el éter insondable,
Describiendo su elipse interminable.

Masa de fuego líquido, primero,
De una atmósfera inmensa circundada,
Donde en horrible confusión hervían
Sus varios elementos;
Los metales en gases convertidos,
Por la gravitación siempre impulsados
Hacia el núcleo candente,
Y siempre por el fuego rechazados;
Ocultaba en su seno
Los gérmenes fecundos
De bellas y admirables creaciones,
Que en miradas de mundos
Atestiguan de un modo peregrino
Del Supremo Hacedor la omnipotencia
Y su sabia y activa providencia.

Girando sin cesar sobre sí misma,
Y alrededor de un foco inmensurable
Su órbita recorriendo
Con una rapidez vertiginosa
Por millares de siglos,
El calor lentamente fue perdiendo;
Los metales, al núcleo descendiendo,
Formaron la corteza impenetrable,
Que en los lentos períodos sucesivos
Su débil espesor fue acrecentando
Con las materias leves y sutiles,
Que en cristalina forma
Y en número infinito
Convirtiéronse en pórfido y granito.

Los vapores acuosos,
En líquidos cristales transformados,
Ocuparon su asiento;

Y, aunque rápidamente evaporados
Por el calor violento,
Cayeron sin cesar, y su constancia
Alcanzó al fin victoria duradera,
Para cubrir con su movable manto
La extensa superficie de la esfera.

Por el frío creciente
La corteza del globo comprimida
Y a más pequeño espacio reducida,
Quebrantó sus estratos formidables;
Y haciendo gravitar su pesadumbre,
Cual vencida techumbre,
Sobre la masa líquida inflamada,
Inició las violentas explosiones
Que con voz elocuente
Hablan de aquel período sorprendente.

El fuego contenido en sus entrañas
Que a la expansión tendía,
Y lanzar pretendía
Las materias extrañas de su seno,
Rompiendo la corteza deleznable
Que su inmenso poder aprisionaba,
Estalló en espantoso cataclismo;
Y vomitando de profundo abismo
Basalto a borbotones
Y furiosos torrentes
De materias hirvientes,
Betún y azufre y encendida lava,
Levantó formidables cordilleras
De formas singulares,
Y el agua huyó para formar los mares.

Apenas descubierta
La árida, que inundada e infecunda
Permanecido había,
Los gérmenes que encierra,
Por el soplo divino fecundados,
Cobran vigor; osténtase la vida;
Y seres colosales
Del reino vegetal cubren el suelo,
Y rudos animales,
Que por vivir sostienen cruda guerra,
Pueblan los hondos mares y la tierra.

Cuando esta obra de Dios hubo adquirido

La calma y el reposo necesarios,
Mostrando en su progreso indefinido
Nuevas creaciones, desarrollos varios,
Que los tipos primeros
En forma o magnitud modificaban,
La sabia Providencia
Quiso que entre los seres,
Que el divino poder manifestaban,
Se ostentase también la inteligencia,
Capaz de comprender las maravillas
Que brotan de las manos del Eterno,
Y bendicen su nombre:
De este gran pensamiento nació el hombre.

Destello del Espíritu increado,
De nobles cualidades adornado,
El poder creador sintió en sí mismo;
Fue idea sobre idea acumulando;
Y el abismo salvando
De indecisión, de duda y de ignorancia,
En que pasó su infancia,
Halló su actividad nuevo camino
Y ancho horizonte a su ambición abierto.
Apenas en sus manos vio trocada
La piedra por acero diamantino,
Dejó la humilde choza del desierto,
La cueva abandonó del troglodita
Con sus costumbres bárbaras, cruentas,
Y edificó ciudades opulentas.

Un vestido de piel tosco y grosero
Con que el pudor ingénito cubría
Su desnudez en el albor primero,
Pronto reemplazaron
Del lino y de la seda los primores
Y la plata y el oro
Engastando soberbia pedrería.
De la orilla del Éufrates y el Tigris
Y del remoto Oriente
La antorcha del saber alumbró el Nilo,
Donde los Faraones
Con obras colosales.
Fueron pasmo y asombro de la gente
Relámpagos de luz también brillaron
En Babilonia, en Menfis y en Corinto,
Y en Tiro y en Sidón, cuyas ruinas
Nos revelan grandezas peregrinas.

La Fenicia y la Grecia y después Roma
De la ciencia y del arte
Empuñaron el cetro poderoso,
Hasta que el Hijo humilde de Judea,
Con su doctrina santa,
Del Paganismo derrumbó el coloso,
Y dio al mundo otra forma y otra idea.

En vano el sensual politeísmo
Luchó con el naciente cristianismo:
La cruz del Nazareno vencedora
Fue la sublime aurora
De libertad y vida
Que alumbró las naciones de Occidente.
El Norte desbordado,
Con el feroz Atila por caudillo,
Traspassando los Alpes y el Pirine,
Asentó allí su poderosa planta;
Pero el godo, y el vándalo y alano
Erigieron basílicas soberbias
Al Dios de las alturas,
Con delicada y generosa mano,
Fueron de perfección rico elemento,
Y amoldaron su espíritu violento
Al amor del espíritu cristiano.

Segunda vez la Europa
Fue por extrañas gentes invadida:
Los hijos del Profeta,
Generación pujante,
Sabia, artista y poeta,
Saliendo de sus playas arenosas,
Las orillas tocó del mar de Atlante
Ocho siglos de lucha
Formaron del ibero
El carácter indómito y guerrero,
Los árabes que a España dominaron,
En Córdoba, en Granada y en Sevilla
Monumentos dejaron
Que son hoy de las artes maravilla,
Compitiendo en detalles primorosos
Con los góticos templos majestuosos.

Boabdil, último resto
Del poder musulmán ya aniquilado,
Rinde a Isabel su cetro y su corona
Y la Alhambra abandona.

El astro de Castilla
Esplendoroso brilla;
El humano saber sus alas tiende;
La brújula constante,
Señalando su rumbo al navegante,
Del no explorado mar lo enseñorea;
Las intrépidas naves lusitanas
Dirígense al Oriente,
Costeando las playas africanas
Guttemberg, de su siglo abandonado,
Eterniza la idea;
Newton, Kepler, Copérnico sorprenden
Las leyes admirables
Que la materia rigen
Y los astros espléndidos dirigen.
Víctima de su ciencia, Galileo
El movimiento de la tierra afirma,
Y con su muerte la verdad confirma.
El ibero impaciente ya no cabe
En el mundo de Plinio y Ptolomeo;
Su alta misión comprende,
Y el Non Plus Ultra desmentir pretende,

Un pobre genovés con su presencia
Irrita la ignorancia de la ciencia;
Isabel, la gran reina y gran señora,
Lee en el pensamiento de aquel hombre;
Y, para dar aliento a su esperanza,
Vende las ricas joyas que atesora,
Y a aquel sublime loco se confía.
Hincha el viento las velas
De las tres animosas carabelas,
Y, atravesando el piélago profundo,
El genio de Colón encuentra un mundo.

¿Qué buscaba Colón? Colón buscaba
A través de los mares de Occidente
El paso, que su genio adivinaba,
Para llegar hasta el remoto Oriente.
¿Soñó Colón? ¡Su sueño fue su gloria!
Con insistente y pertinaz porfía,
Las costas explorando
Del golfo de Urabá, do la elevada
Andina cordillera
Su frente humilla y su cerviz abate,
Cual si ceder quisiera al rudo embate
Con que ambos Océanos

Aniquilar pretenden la barrera,
Y darse al fin un ósculo de hermanos,
«¡Por aquí debe ser... por aquí solo,
Mil veces repetía,
O el muro que a mi frente se levanta
Se extiende, por mi mal, de polo a polo!

Y lo que el noble genio presentía,
Lo que el progreso humano ambicionaba,
Lo que la ciencia demostrar quería,
Lo que de Dios el dedo señalaba,
Estaba allí, imperfecto todavía,
Pero ¡oh poder del genio! allí, allí estaba!
Y, a pesar de su triunfo
Espléndido y brillante,
Lo que no es ya un secreto sobrehumano
Solo fue duda y misterioso arcano
Para aquel inspirado navegante.

La imponente belleza,
La majestad sublime, la grandeza
Del ancho mar del Sur, guardada estaba
Para hacer en la historia
Perpetua la memoria
De otro hombre, cuanto ilustre, infortunado,
Alma sencilla, corazón valiente,
Que a la traición de un déspota inclemente
Rindió animoso libertad y vida;
A quien la justa fama
Cubrió de eterna loa,
Y a quien la historia llama
El mártir Vasco Núñez de Balboa.

La inteligencia humana, en aquel tiempo,
De limitadas fuerzas disponía;
Pero el trabajo lento e incesante
Alcanzó nuevos triunfos cada día.
El agua, en férrea carel encerrada
Y en vapor transformada,
Potencia adquiere y sustituye al viento,
Que la lona impelía
De la velera nave,
Y en el férreo camino
El coche empuja que en espacio breve
Llega con rapidez a su destino;

La palabra transmítese en el rayo;

Taládranse los montes;
Del seno de la tierra
Saca la activa industria el combustible
Que en prodigiosa cantidad encierra;
Y el aeronauta impávido y sereno
Sobre las altas nubes se suspende,
Y como el ave los espacios hiende.

De Dios la predilecta criatura
La materia rebelde al fin domina:
Con el vapor camina;
Con el rayo conversa y aun escribe;
Con hidrógeno elévase a la altura;
Y con diáfana lente
Del sol el fuego misterioso arranca,
Las imágenes fija;
Y, los astros remotos contemplando,
Mide la luz que en ellos reverbera,
Y anuncia su distancia,
Su peso y su tamaño y su carrera.

Dueño ya de las fuerzas colosales,
Que Dios en su adorable omnipotencia
Poner quiso al servicio
De la atrevida humana inteligencia,
El hombre, por su espíritu alentado,
Emplea su poder en obras grandes
Que vivan de su audacia en testimonio.
Siempre adelante va; nada le arredra.
En el Asia, en el África, en Europa
Deja su historia traducida en piedra;
Allá eleva murallas portentosas;
Levanta allí pirámides altivas,
Monumentos drúidicos gigantes,
Cuyas moles inmensas
A una altura se ven incomprensible;
Aquí las catedrales suntuosas,
Que la idea de Dios hacen sensible;
A las olas del mar impetuosas
Opone anchas barreras;
Las corrientes enfrena de los ríos
Con diques a su fuerza inquebrantables;
Lanza soberbios puentes
Sobre los hondos valles de los montes
Y los anchos y horrisonos torrentes;
Y, el lecho perforando
Del río caudaloso,

El natural impedimento humilla,
Y pasa por debajo a la otra orilla.
Un istmo se interpone entre dos mares,
Y de Lesseps el genio poderoso
Abre cauce anchuroso;
Los mares junta; el líquido elemento
Acorta la distancia;
La vela y el vapor no se detienen...
¡Oh, sublime arrogancia!
¡Dichoso y atrevido pensamiento!
¡Gloria eterna a la Francia!
¡Inmarcesibles lauros al talento!

Entre las playas de la vieja Europa
Y las tierras lejanas
De Australia y del Oriente
Se alza el americano continente.
A un lado y otro lado inmensos mares
Brindan al hombre su anchurosa vía;
El hierro que los une
Lleva de mar a mar el amoroso
Suspiro de las olas;
Pero eso no es bastante
A saciar el afán que el mar y el hombre
Sienten por abatir esa barrera.
¡Llega, Lesseps! Al escuchar tu nombre,
Ya el Istmo se extremece;
La humanidad te espera.
Aquí nueva victoria
Nuevo laurel añadirá a tu gloria.
Todo el mundo te ayuda.
Llega, ve y vence. Llega presuroso...
Tu genio portentoso
Tornará en realidad con tu firmeza
Lo que el hombre inspirado presentía,
Lo que el progreso humano ambicionaba,
Lo que la ciencia demostrar debía,
Lo que de Dios el dedo señalaba.
Aunque las rocas fueran de diamantes
Pronto verás cumplidos tus deseos.
Ven: como ayer uniste a dos pigmeos,
Ahora vendrás a unir a dos gigantes!
Bogotá, 7 de Septiembre de 1879.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

